

Las Aventuras de Lando Calrissian

Lando Calrissian y el Arpa Mental de los Sharu

Lester Neil Smith

Autor: Lester Neil Smith

Titulo Original: Star Wars: Lando Calrissian Adventures: Lando Calrissian and
the Mindharp of Sharu

Editor: Boxtree

Revisión: 10 de Abril de 1996

ISBN: 0-7522-0321-5

Traducción: Dukesoft (2006)

Edición Electrónica: Dukesoft (2006)

Prólogo

—¡Sabacc!

Hacía un calor inhumano. Lanzando sus fichas-cartas sobre la mesa, el joven jugador, sin entusiasmo, recogió lo que había ganado. Una insignificante suma en sus enormemente insignificantes ganancias aquella noche. Algo así como unos quinientos créditos.

Quizás era el calor. O solamente su imaginación.

Aquel maldito asteroide, Oseon 2795, a la vez que era el más cercano al sol, también tenía más soporte de vida y aire acondicionado que cualquier otra roca desarrollada en el sistema. Aún así, podía sentirse el implacable flujo solar martillando sobre la marchita y seca superficie; la radiación a través de los minerales de níquel y hierro y el indeseable resplandor en las paredes en cada habitación.

Especialmente aquella.

Aparentemente, los residentes lo sentían también. Se habían quitado la ropa hasta quedar en pantalones y mangas de camisa después de la segunda mano dos horas antes, y parecían sentirse tan fatigados y mugrientos como se sentía el joven jugador. Tomó un sorbo de su vaso; la necesidad de moderación cortesa no existía en aquel lugar por lo que estaba bebiendo felizmente. Allí no existían tonterías sobre el consumo de alcohol. La mayoría de ellos consumían agua helada y les gustaba.

Las gotas de humedad se habían condensado en la cara exterior del vaso y gotearon sobre su muñeca entrando en la manga de su uniforme ribeteado de oro.

¡Qué forma de vivir! Oseon 2795 era un saco de pobreza en un paraíso de ricos. El monótono asteroide minero empujado cruelmente cerca de la incineración y que orbitaba alrededor de un sistema de centros de recreo y residencias vacacionales para los súper ricos de la galaxia, parecía un basurero errante.

El jugador, estaba deseando en ese mismo momento no haber tenido nunca noticias de aquel lugar. Eso era lo que le había aconsejado el encargado del espaciopuerto. Una gota de sudor bajó a través de su nuca colándose dentro del recto cuello de la camisa de su uniforme semi formal. *¿Quién había dicho que los duros mineros eran siempre ricos?*

Barajó las sobredimensionadas fichas-carta una vez, dos veces, tres veces, y nuevamente dos veces más, y en un proceso ritual sin emoción, las pasó al jugador sentado a su derecha para que cortase. Distribuyendo las fichas-carta a su alrededor, dos a cada uno de los jugadores, esperó impacientemente a que los novatos evaluaran su mano. Real o imaginario, el calor parecía retrasar los procesos mentales de todo el mundo.

Las apuestas iniciales se sumaron en la mitad de la mesa. No era una gran fortuna estándar para nadie exceptuando quizás para los jugadores prudentes en la ejercitación nocturna de las matemáticas de probabilidad. Para ellos, el jugador era una figura romántica, un aventurero profesional de fuera del sistema con su propia nave estelar privada y una reputación de extraordinaria suerte. Los especuladores de microcréditos de la trastienda estaban intentando impresionarlo desesperadamente, comprendió tristemente,

y estaban lográndolo: a este ritmo, tendría que vaciar la carga de su afeitadora eléctrica en el sistema de almacenamiento de energía de la nave sólo para despegar de aquel planeta olvidado por el Núcleo.

Tener tu propia nave estelar no quería decir en primer lugar que tuvieses que comprarla (había ganado la suya en otra partida de sabacc en el último sistema que había visitado), al igual que fuese capaz de pilotarla. Hasta ahora, solamente había perdido dinero con aquel trato.

Mirando hacia abajo, vio que tenía menos nueve: la carta del equilibrio y el dos de Espadas. No era especialmente prometedor, incluso en los mejores momentos, pero el sabacc era un juego que cambiaba dramáticamente a menudo, cambiando los valores de una sola ficha-carta. Miraba el dos de Espadas con un escalofrío que nunca había sentido cuando la figura dentro del marco electrónico de la ficha-carta se nubló y decoloró, reenfocándose de nuevo y solidificándose como el siete de Báculos.

Eso le daba un menos cuatro: un progreso insignificante, pero al fin y al cabo un progreso. Mirando hacia la apuesta actual, lanzó una ficha de treinta créditos hacia el centro de la mesa, pero rehusó elevarla.

Aquello significaba que el siete de Báculos, en manos de alguna de aquellas personas o en el montón sobre la mesa se había cambiado por otra muy diferente. Observó las caras sonrojadas por el calor de los jugadores sin descubrir nada. Cada una de las setenta y ocho fichas-cartas cambiaba a intervalos aleatorios, a menos que fuese colocada dentro del campo de interferencia de la mesa de juego. Eso lo convertía en un juego rápido e irritante.

El joven jugador lo encontraba relajante. Normalmente.

—Tomaré una carta, por favor, capitán Calrissian. —Vett Fori, la jugadora ataviada con ropas parcheadas y descoloridas a su izquierda, era la jefa supervisora de operaciones del asteroide minero, una pequeña mujer de edad difícil de calcular y con una sonrisa sorprendentemente tierna escondida tras unos rasgos de preocupación. Ella había estado apostando (fuertemente contra aquel populacho indigente) de cualquier manera y perdiendo sin parar toda la noche; como si se preocupara por algo más que por el calor. Un puro apagado yacía sobre el borde de la mesa al lado de su codo.

—Por favor, llámeme Lando, —contestó el joven jugador, entregándole una ficha-carta—. "*Capitán Calrissian*" suena igual que el nombre de un comandante tuerto de un acorazado Imperial renegado. Mi *Halcón Milenario* es solamente un pequeño carguero modificado, y bastante viejo, me temo. —La miró buscando alguna indicación de qué carta había obtenido. Nada.

Un cloqueo nasal resonó a través de la mesa. Arun Feb, el asistente de la supervisora, también cogió una carta. Tenía un hueco deshilachado a la altura de la barriga en su camiseta cubierta de suciedad, y manchas oscuras de sudor bajo sus brazos. Al igual que su superior, era pequeño de estatura. Todos los mineros parecían tener esa complexión. La forma compacta, era indudablemente una virtud entre ellos. Tenía una gruesa y oscura barba cuidadosamente recortada y una calva rosada brillante. Moviendo su propio puro, frunció el ceño a la vez que sumaba lo que había obtenido a la pareja de fichas-cartas en su mano.

Repentinamente: —¡Oh, por el bien del Borde Exterior! ¡Simplemente soy incapaz de decidirme! ¿Puede ayudarme, capitán Calrissian? —Preguntó a Lando. Así había sido como había pasado toda la noche hasta ahora; el que hablaba, *Ottdefa* Osuno Whett, a pesar de todo su titubeo había sido el ganador más afín, quizás a causa de su táctica de continua molestia a los demás. Completamente desconocido en Oseon al igual que el joven capitán, hasta el momento, estaba interviniendo considerablemente de mala fe.

—Lo siento, *Ottdefa*. Sabe que no puedo. ¿Quiere una carta o no?

Whett contrajo una expresión de profunda concentración que habría producido efecto en sus clases universitarias. *Ottdefa* era un título, algo académico o científico, descubrió Lando, otorgado en el sistema Lekua. Era un equivalente a "*Profesor*".

El poseedor de aquel título era como un fantasma; ridículamente alto y completamente gris, con una voz agudamente chillona y crónicamente indecisa. Se había tomado veinte minutos para pedir una bebida al principio de la partida e incluso había cambiado de idea justamente cuando le era servida.

A Lando no le gustaba.

—Oh, muy bien. Si insiste, cogeré una carta.

—Bien, —Lando se la dio. O bien los académicos tenían una excelente cara inmutable, o estaba demasiado distraído para advertir si el resultado de su mano era bueno o malo. Lando miró a su derecha—. ¿Alguacil Phuna?

El tipo rechoncho, de pelo rizado y con pinta de matón a quien hablaba Lando era T. Lund Phuna, el representante local de la ley y orden bajo las órdenes del Administrador General de Oseon. No era aparentemente la más dichosa de las asignaciones en el campo de asteroides. La túnica de su uniforme estaba colgando inestablemente sobre el espaldar de su silla y parecía tan consumida como las ropas de trabajo de sus compañeros. Encendía cigarrillo tras cigarrillo con unos dedos nerviosos y sudorosos, impregnando la ya sofocantemente estrecha habitación con más contaminación. Pasó un paño absorbente sobre el sudor de su mandíbula.

—Servido. No quiero ninguna.

—El repartidor coge una carta.

Era la carta del idiota, cuyo valor era cero. Dadas las circunstancias actuales, Lando juzgó que era perfectamente apropiada. Si se hubiese dirigido al sistema Dela como tenía pensado, en vez de a Oseon... Había visto ganancias más suculentas en campamentos de refugiados.

Las nuevas apuestas fueron colocadas otra vez. Vert Fori cogió otra carta, su cuarta, al igual que hizo su asistente, Arun Feb, pidiendo alrededor de la mesa un cigarrillo. *Ottdefa* Whett se plantó. Un rey de Espadas trajo a la mano de Lando un valor de diez positivo a medida que una ronda de apuestas de cierre comenzaba.

Arun Feb y Vert Fori, ambos sucumbieron con un nueve positivo y nueve negativo respectivamente. El alguacil Phuna esperó torvamente, con sus anchos rasgos empañados por el sudor. Lando estaba a punto de conformarse cuando Whett excitadamente lloró: — ¡Sabacc!, —dejando caer la dama de Báculos, el cuatro de Vasijas y el seis de Monedas sobre la desgastada superficie de la mesa.

Ottdefa se inclinó sobre la escasa apuesta: —Bien... no es exactamente el valor de las joyas de la corona Imperial, ni el fabuloso tesoro de Rafa, pero...

—¿El tesoro de Rafa? —repitió Vert Fori.

Había hecho una buena pregunta, pensó Lando, pero no se está haciendo a sí misma ningún bien jugando de ese modo.

—He oído hablar sobre el sistema Rafa, —continuó la supervisora— en realidad todo el mundo lo conoce. Es el más cercano al nuestro. Pero nunca he escuchado nada sobre un tesoro.

El académico aclaró su garganta con un ridículo sonido de ganso. —El tesoro de Rafa o de los Sharu, como también suele llamarse, no es por el sistema Rafa querida, pero sí por la antigua raza que una vez existió allí y posteriormente desapareció sin dejar huellas. Es un asunto de indiscutible interés.

Aquello había sido recitado en los mejores tonos profesionales de Whett. La cara curtida de Vert Fori, suficientemente impasible cuando jugaba a las cartas, sencillamente exteriorizó contrariedad al ser auspiciada. Cogió su puro, lo hincó entre sus dientes y miró encolerizadamente a través de la mesa.

—¿Sin dejar rastro? —Bufó Arun Feb con incredulidad— he estado allí amigo, y las ruinas de los que llama emm... ¿Sharu?, son los pedazos más grandes de ingeniería de la galaxia conocida. Es más, cubren cada cuerpo planetario en ese sistema más grande que mi dedo meñique. Ellos...

—Ellos no son los Sharu mi estimado compañero, de quienes no hay huellas, —asintió Whett, con un tono a caballo entre la pedantería y una reacción de ofensa—. Estoy seguro de ello pues hasta hace poco fui investigador antropólogo para el nuevo gobernador del sistema Rafa.

—¿Para qué necesita un burócrata a un antropólogo domesticado? —preguntó Feb insípidamente. Sopló un último anillo de humo y machacó su puro sobre el borde del cenicero de vacío, tomando un largo trago de agua. El agua goteó a lo largo de su barbilla, mojando el cuello de su camisa sucia.

—Porque supongo, —Whett inhaló por la nariz—, quería familiarizarse con todos los aspectos de sus nuevas responsabilidades. Como usted sin duda sabrá, hay una raza humanoide nativa en Rafa; todas sus prácticas religiosas giran alrededor de las ruinas de sus leyendas sobre los desaparecidos Sharu. El nuevo gobernador es un tipo sumamente concienzudo. Efectivamente, muy concienzudo.

—Si, —dijo Lando finalmente, preguntándose si el antropólogo iba a repartir la siguiente mano—, pero, ¿estaba usted hablando de un tesoro?

Whett se impresionó. —¿Que?, si, si lo hacía. —un aire sagaz apareció en los ojos del académico—. ¿Está usted interesado en tesoros, capitán?

Más interesado que en lo que he acumulado en esta partida, pensó Lando. Deseó haber puesto rumbo al sistema Dela por más fácil que fuese aterrizar una nave en un asteroide que en un planeta. Tan pronto como terminara aquella partida era precisamente lo que pensaba hacer ganase o perdiese, aunque hacer los cálculos de astronavegación le llevase veinte años.

—¿No lo tiene todo el mundo? —respondió Lando imparcialmente. Extrajo un purito del bolsillo de su uniforme y lo encendió. *Tesoro ¿eh?, tal vez sí habría algo interesante que descubrir allí, después de todo.*

—No exactamente todo el mundo. —entonó el científico hablando por sí mismo, comenzando al fin a barajar las setenta y ocho gruesas fichas-cartas—. Mi interés es puramente científico. ¿Qué uso podría dar yo a las riquezas de un mundo? Una para usted, una para usted, una para usted, y una para mí. Una para usted, una para usted, una para usted...

—¡Bien, entonces ha venido usted al lugar correcto! —Vett Fori se rió a carcajadas, recogiendo sus cartas—. ¡Aquí no hay ningún tipo de riquezas! Pero, de todos modos, ¿Qué está haciendo usted aquí? No contratamos antropólogos.

Encendiendo otro cigarrillo, el alguacil Phuna habló amargamente. —Viendo como vive la otra mitad, ¡eso es! Vi sus documentos de identificación de entrada. Investiga la forma de vida de la gente pobre en un sistema rico, con una autorización Imperial hablando de riquezas mundanas. Somos especímenes y él...

—Por favor, por favor, mi querido compañero, no ofendamos. Solamente aspiro a aumentar nuestra comprensión del Universo. Y sepa, que las cosas que pueda aprender yo aquí, podrían hacernos las cosas mejores en el futuro, no para ustedes o yo, sino para otros, como...

Vett Fori, Feb Arun y T. Lund Phuna dijeron casi simultáneamente: —¡No nos haga ningún favor!

—Hágame uno, —dijo Lando rompiendo el tenso silencio subsiguiente—. Cuénteme más sobre ese tesoro. Y déme amistosamente una carta mientras lo hace, ¿quiere?

Las apuestas fueron colocadas nuevamente en la mesa y las cartas adicionales repartidas. Lando, actualmente habiendo perdido el interés en las cada vez más pequeñas ganancias, observaba distraídamente como la ficha-carta de su mano se transmutaba de una figura y aparecía otra. Prestaba mucha más atención a lo que el antropólogo iba a decir.

—Los Toka son los nativos primitivos del sistema Rafa. Ellos y los actuales colonizadores establecidos allí coexisten entre las ruinas de los antiguos Sharu; como dijo el asistente del subinspector Feb, enormes edificios que ocupan cada kilómetro cuadrado de los planetas habitables. Veo la apuesta y subo cien créditos.

Arun Feb sacudió su cabeza, pero tiró al centro de la mesa un par de fichas de cincuenta créditos de su disminuyente montaña. Vett Fori se retiró con una mueca de disgusto en su cara colocando su puro aún sin encender en el borde de la mesa.

Phuna subió otros cincuenta. —Bien, pero lo realmente importante de Rafa son los árboles cristalinos que cultivan allí. —dijo manoseando una joya diminuta que colgaba en el trasfondo de una delgada cadena alrededor de su sudoroso cuello.

Whett inclinó la cabeza. —Importante para usted quizás, buen Alguacil. Es cierto, los huertos vitales y los árboles cristalinos cosechados allí son el producto de exportación de la colonia, pero mi interés y por lo que fui pagado profesionalmente fue por las leyendas Toka; especialmente aquellas referidas al *Arpa Mental*.

Recorriendo con la mirada sus fichas-carta, Lando vio que tenía una dama de Monedas, un tres de Báculos y un cuatro de Espadas. Dejó caer la

cantidad de créditos necesarios en la apuesta a medida que el tres de Báculos se convertía en el cinco de Vasijas: veintitrés, pero aquello realmente no tenía importancia; los cincos en cualquier caso eran comodines.

—¡Sabacc! —Recogió la apuesta más grande de la noche hasta el momento—. *¿Arpa Mental?* —Preguntó el jugador—. ¿Qué en nombre del Núcleo, es eso?

Ottdefa Whett arrugó la nariz, pasando el resto de la baraja a Lando. — Oh, solamente es una ridícula superstición nativa. Se supone que es un artefacto mágico perdido diseñado para contactar con los Sharu y con el que los Toka de algún extraño modo los llaman cuando los necesiten. Estúpidos como los Toka no pueden haber sido contemporáneos de una civilización avanzada de hace millones de años, igual que los humanos y los dinosaurios.

—Yo he visto dinosaurios. —Interrumpió *Arun Feb*—. En *Trammis III*. — Los gigantescos reptiles de *Trammis III* eran famosos por toda la galaxia, y una risa ahogada corrió alrededor de la mesa.

—Creo, no obstante, —dijo Lando a medida que barajaba y repartía las fichas-carta y observando el montón de las apuestas otra vez—, que usted tiene sus propias teorías. —en cierta forma, la conversación sobre el tesoro, parecía haber aumentado un poco las finanzas, excepto quizás para *Vett Fori* y su asistente. El jugador dio una calada a su purito. —¿Le importaría hablarnos de ello?

El antropólogo miraba como si no prestara atención del todo, como si le hubiesen pedido un discurso descalzo sobre un gran bloque de hielo mientras se pegaba fuego a su amplio pelo gris.

—Bien señor, las ruinas, para todos son omnipresentes e impenetrables; cerradas completamente por todas sus caras y sin ningún signo de entrada. Me atrevo a decir que todos esos tesoros acumulados durante un millón de años de cultura alienígena avanzada esperan al primer aventurero que logre encontrar una forma de entrar. No me importa confesarles a todos ustedes que yo mismo lo intenté en varias ocasiones. Pero las ruinas no sólo son impenetrables; son definitivamente sólidas. Ninguna herramienta conocida o energía utilizada han logrado hacer siquiera una mancha en su superficie. Lo veo y subo quinientos. ¿Alguacil?

A regañadientes, el policía tiró la cantidad en cinco fichas de cien créditos. Lando vio la apuesta con asombro y subió él mismo los cien créditos.

—¡Sabacc!

Hmmm. La cosa se ponía un poco mejor. Ahora estaba sobre los dos mil créditos. Repartió las cartas por tercera vez, preguntándose cuales serían las perspectivas de un jugador en *Rafa*. La idea era tentadora: solo había que navegar en línea recta un puñado de años luz si no recordaba mal y disponía de un puerto espacial con buenas instalaciones especializadas, lo que para él significaba asistencia desde control de tierra. El *Halcón Milenario* era completamente nuevo para él. Estaría jugando en el sistema *Dela* ahora mismo si no fuese un piloto completamente novato. Había aplazado el largo y complicado viaje y la aproximación supuestamente difícil al campo de aterrizaje situado en la cima de una montaña, a pesar de los rumores bien fundados de unas ganancias sustanciosas en una atmósfera amistosa para su profesión.

Pero *Rafa*...

Ganó la tercera mano y la cuarta, y estaba ahora sobre los cinco mil quinientos créditos. La perspectiva de acción pareció animarle, y ya no sentía el calor tanto como antes.

—Oh, esto..., capitán Calrissian, —era Whett otra vez. A medida que se acumulaba la apuesta, el antropólogo parecía el único cuyo interés en la conversación casual no había menguado.

—¿Sí?, —contestó Lando mientras barajaba y repartía las cartas.

—Bien, señor, yo... esto, me encuentro un poco limitado económicamente en este momento. Vera, he perdido la cantidad de dinero en efectivo que podía permitirme para el entretenimiento nocturno de hoy, y yo...

Lando se recostó decepcionado y cogió su purito. *Era demasiado, reflexionó, haber pensado hacerse rico a costa de aquel anoréxico profesor universitario.* —Me muevo demasiado para conceder créditos, *Ottdefa*.

—Admiro eso plenamente, señor, y quisiera... bien, ¿cuanto podría considerar concederme por un droide clase dos multifásico, si se puede preguntar?

—Efectivamente, puede preguntarlo, —contestó el jugador molestando. —Treinta y siete microcréditos y un pasaje de lanzadera usado. No estoy en el negocio de los autómatas mí querido *Ottdefa*. —Aquello, sin embargo le dio una idea: podía contratar un droide piloto para llevar la nave desde allí hasta Rafa o cualquier otro lugar al que quisiera ir. Lo reconsideró. Un clase dos era un buen negocio; quizás la mitad del valor de su nave. En aquellas circunstancias...

—Muy bien, mil, ni un microcrédito más. Tómelo o déjelo.

El profesor parecía disgustado. Abrió su boca para regatearle a Lando, pero viendo la expresión de determinación en la cara del jugador, inclinó la cabeza. —Mil, entonces. No puedo darle ningún uso al droide de todos modos, lo adquirí para tratar de forzar la entrada de las ruinas de los Sharu, y yo...

—¿Quiere una carta, Supervisor Fori?, —interrumpió Lando.

—Estoy fuera; este juego se ha puesto demasiado duro para mí, y entro en servicio dentro de quince minutos. —Lo mismo le pasaba a Arun Feb, pero se quedaron sentados disfrutando viendo quién más perdía esta vez.

Osuno Whett, sin embargo, apostó fuertemente con su préstamo de mil, quizás intentando que el jugador se retirase. Fue igualado en esta ocasión por el alguacil Phuna. El dinero en la mesa creció y creció a medida que Lando colocaba la apuesta, aumentándola. Quería acabar el juego, de un modo u otro.

Lando se había dado a sí mismo un dos de Espadas y un cuatro de Monedas, cogiendo una ficha-carta adicional después que sus dos oponentes habían aceptado la apuesta. De improviso, el cuatro se convirtió en el tres de Vasijas y su ficha-carta extra que había sido un nueve de Báculos se transformó en la carta del idiota.

—¡Sabacc!, —gritó Lando por su doble triunfo. Evaluar el dinero sobre la mesa frente a él y la ausencia del mismo frente a Whett y Phuna, era parte del juego—. ¿Dónde puedo recoger ese droide, *Ottdefa*? Voy a ponerlo a trabajar inmediatamente como naveg...

—En Rafa IV, capitán. Lo dejé allí bajo la custodia de una empresa de almacenamiento y bajo llave teniendo la intención de venderlo allí, ó enviarlo a buscar. Por favor, no se enfade. Tengo aquí el título de propiedad y una

evaluación oficial indicando su valor de mercado. Puede coger esto y llevárselo con usted, o puede conseguir un precio justo por el droide aquí.

Lando se había levantado con su mente pidiéndole a gritos que desatara la violencia que se acumulaba en ella. Que había sido engañado como un novato fue su primer pensamiento coherente. Que tuviese un pequeño lanza rayos aguja de alta potencia escondido en su fajín ornamental, fue el segundo. Que podía terminar muerto o en la prisión de aquel ardiente asteroide fue el tercero.

No tuvo tiempo para un cuarto.

—¡Conténgase, hijo!, —dijo el alguacil, cogiendo el brazo de Lando—. No hay necesidad de problemas. Todos somos amigos. —apuntó con su mano libre hacia los documentos de identificación que Whett tenía—. *Ottdefa* puede consignar un mensaje con la garantía de que puede conseguir el droide.

Lando sintió algo pequeño, circular y frío, empujado bajo su manga bordada. Echó una mirada hacia abajo en el momento que Phuna fingía quitárselo y gimió. Era un disco plano, redondeado y de quizás un centímetro de grosor y cuatro de diámetro. Sabía exactamente lo que era, aunque nunca había poseído uno en su vida.

—¡Un actuador!, —exclamó indignado el alguacil—. ¡Tuvo todo el tiempo un actuador! ¡Podía cambiar las cartas para favorecerle en el momento que quisiese! No me extraña...

Con un gruñido de animal, Osuno Whett se aprovechó de la mínima gravedad del asteroide y se lanzó a través de la mesa sobre Lando. Justamente cuando su flaco cuerpo estaba a medio brazo de distancia de su blanco, una chaqueta sucia se posó sobre su cabeza, seguida de un conjunto de nudillos nudosos pertenecientes a la mano derecha de Arun Feb. Se produjo un golpe sordo al contacto y un chirrido apagado del antropólogo.

—¡Sal de aquí, chico! —gritó Feb—. ¡Vi a Phuna colocarte ese actuador!

El alguacil, hizo girar el puño sobre Feb. Aparentemente, Vert Fori confiaba en el juicio de su asistente y supo como moverse a falta del tirón de gravedad. Agarró rápidamente el objeto sólido más próximo junto a la maltratada cabeza del antropólogo y los arrojó lateralmente contra el cráneo del oficial de policía. Con los ojos cruzados sufrió un colapso cayendo lentamente hacia el suelo. Aún manteniendo a Whett agarrado por la región occipital, Fori cogió a la fuerza el fajo de documentos de identificación oficiales de los dedos del científico inconsciente.

—Llévese esto y saque su nave de Oseon, Lando. Hablaré claramente con Phuna cuando vuelva en sí. Es deshonesto pero no está loco. Además, en teoría trabaja para mí.

No había sido la primera escapada rápida que Lando había echo en su agitada profesión. Sin embargo, era raro que aquellos a los que había sacado el dinero le hubiesen ayudado. Con una punzada de gratitud y un sentimiento de remordimiento hizo el ademán de soltar sus ganancias sobre la mesa junto al insensato *Ottdefa*.

—¡No te atrevas! —gruñó Vett Fori—. ¿Quieres que pensemos que no lo has ganado legítimamente? —Detrás de ella, Arun Feb golpeó ligeramente a Phuna en la cabeza nuevamente con una jarra de agua de acero inoxidable. *¡Tunk!*. Miró hacia el afable profesional y asintió con la cabeza confirmándolo.

Lando sonrió abiertamente, ondeó una muda despedida saliendo por la puerta. Veinte minutos después, estaba a bordo del *Halcón Milenario*, apretando los pernos de fijación al droide piloto que había alquilado. Diez minutos después de eso, estaba sobre el plano elíptico, saliendo del sistema Oseon y dirigiéndose hacia Rafa. Era el último lugar donde Whett le buscaría.

Se dijo a sí mismo.

I

Con su sombrero de vuelo trenzado en oro y cuidadosamente ajustado en un ángulo garboso, un fino y cortés capitán Calrissian descendió por la rampa de su carguero ultra ligero, el *Halcón Milenario* golpeándose dolorosamente en la frente contra la escotilla.

—¡Ouch! ¡Por el Creador! —pasmado, echó discretamente un vistazo alrededor, asegurándose que nadie le había visto y suspiró. *Ahora, ¿Que demonios quería decir el Control de Tierra con mire a...?*

Le habían hecho descender amablemente...

—*¿Qué es esa basura sobre sus cubiertas de mezcla de impulso, Halcón Milenario? Cambio.*

Bien, podría haber sido algo que dijeron sin intención de ofender refiriéndose a las maniobras de novato que escogió, descendiendo sobre la pista de Teguta Lusat. La entrada en la atmósfera tampoco había sido cosa para alardear. El jugador podría ser un sinvergüenza, aunque prefería pensar en si mismo como "un artista".

Pero definitivamente lo que no era es un piloto.

Frunció el ceño, cuando se acordó de aquel piloto droide de alquiler que había desperdiciado un depósito completo de combustible saliendo de Oseon. *¡Dejémoslos que traten de cobrar el resto de esa factura!*

Caminando, cautelosamente esta vez, cronometró la apertura automática de la rampa hidráulica y echó a caminar saliendo fuera de la pequeña nave de carga que regularmente le recordaba a un imán de herradura hinchado.

—Cubiertas de mezcla... cubiertas de mezcla. ¿Dónde en nombre del Caos encuentro ahora yo...

¡Yeek!

El sonido, llegó a Lando de la horrenda excrecencia parecida al cuero que se había adherido a su nave. Aleteando, agitándose violentamente y mirando encolerizadamente hacia abajo con sus malignos y brillantes ojos amarillos mientras gateaban débilmente sobre el casco, desacostumbrados a la gravedad de Rafa IV.

¡Había dos criaturas correosas!

¡Cuatro!

Lando subió como un rayo rampa arriba cerrando de un golpe la palanca de emergencia y continuó hacia la cabina del piloto. El asiento de la derecha, había sido quitado temporalmente y en su lugar estaba fijado con pernos el brillante e inútil droide piloto de clase cinco con sus luces de monitorización parpadeando estúpidamente.

—Buenas noches, damas y caballeros, —dijo el robot irónicamente, a pesar de la luz del día entrando a través de la cabina del piloto—. Y bienvenidos a bordo de la nave de recreo *Arleen*, en tránsito interestelar rumbo desde Antipose IX a...

El joven jugador gruñó una frustración, y golpeó el botón de apagado del droide, colocándose en el asiento de aceleración izquierdo, justamente cuando uno de los repugnantes parásitos alienígenas comenzó a babear cruzando el cristal, con sus dientes corrosivos oscureciendo el cristal transparente.

—¿Control de Tierra?, esto... ¡Control de Tierra! ¿Qué demonios son esas cosas?

Tras una larga espera, Lando recordó: —*¡Oh, sí... corto!*

—*¡Son mynocks, piloto idiota y torpe! ¡Se supone que debe quitárselos de encima en órbita! Acaba de violar la cuarentena planetaria y tendrá que tener cuidado de que nadie se infecte.*

Con un gruñido, Lando apretó el botón de silencio.

Si no iban a ayudarle, entonces no necesitaba sus consejos. Mynocks... ah, sí: criaturas resistentes, omnívoras, capaces de resistir los rigores del vacío y temperaturas absolutas. Eran ratas del espacio que se adherían a las naves incautas, normalmente en los cinturones de asteroides...

¡El sistema de Oseon no era nada más que asteroides!

Adhiriéndose a un transporte se movían de sol a sol, de planeta a planeta.

—¡Dios mío! —se levantó de un salto, golpeándose la cabeza nuevamente, esta vez contra la junta del obturador sobre él. *¡Estúpido sitio para ponerla!*, pensó mientras se daba prisa corriendo hacia popa donde se encontraban los motores. Acababa de recordar otra cosa que había leído o escuchado acerca de los mynocks: sometidos a la gravedad planetaria, se colapsaban y morían rápidamente....

Después de reproducirse.

En un armario, encontró un traje de vacío para trabajos en el exterior, además de una manguera de vapor y acoplamientos. Metiéndose dentro del grasiento traje de plástico le sobrevino una punzada de pena. ¡Iba a arruinar su uniforme semi formal! Colocando el acople del engranaje en la llave de vapor del reactor, abrió la esclusa superior de la nave y arrastrando la manguera, salió al casco superior.

Un mynock le esperaba ávidamente, alertado por el ruido sordo producido por la cubierta de la escotilla y con sus sacos de esporas brillando e hinchándose. Era desagradable, quizás de un metro de lado a lado, alado como un murciélago, pero quitándole el rabo parecido un aguijón, y con dientes (si es que era la palabra apropiada para ello) venenosos como un...

¡Yeek! Graznó el mynock en ese momento.

Actuando con indecisión se movió hacia él arrastrándose hacia adelante con su ventosa abdominal. La única cosa desagradable de los mynocks, pensaba Lando, eran las larvas que desovaban en las superficies planetarias. Se movió a medida que un zarpazo de una de las alas caía sobre él. Su torpeza sobre la nave, era debida más al desconocimiento de aquel nuevo ambiente que falta de agilidad. Lando giró la boca de la manguera rociando al monstruo con vapor súper caliente del sistema de motores del *Halcón*.

Gritó y se retorció desprendiéndosele la carne y dejando expuesto los cartílagos que tenía en lugar de huesos que también se disolvieron rápidamente rociando la superficie curva de la nave y no dejando nada de él excepto un fango gelatinoso y humeante que chorreaba hacia el asfalto del espaciopuerto.

Se produjo un ruido detrás de él. Con la vista lateral eliminada por efecto del traje, Lando giró rápidamente en el momento justo de abrir por segunda vez la boquilla de la manguera en las fauces del mynock. El monstruo se hinchó y explotó. Quisquillosamente, Lando se roció a sí mismo con vapor para

eliminar los restos orgánicos y luego avanzó acechando. Finalmente, destruyó en total a siete de aquellas repugnantes criaturas.

—*¡Buen trabajo, hacha!* —se burló el control de tierra de Teguta Lusat a través del casco de su traje mientras se contoneaba hacia la escotilla superior de la esclusa de aire—. *¿No obtuvo usted un folleto de instrucciones cuando recibió la prueba de compra de ese montón de chatarra en el que vuela? Cambio.*

¿Encima, la llaman montón de chatarra?

El único montón de chatarra por aquí, pensó Lando sudando dentro de aquel voluminoso traje a medida que hacía girar la escotilla, se deslizaba dentro y plegaba la manguera, era el estúpido droide que había alquilado. Hmmm. Eso le dio una idea.

—¿Hola?, ¿control de tierra?, —dijo agradablemente desde la cabina del piloto unos segundos después de quitarse el traje plástico de vacío—. Le hago saber que esta voluminosa y pequeña nave, a menudo ha hecho la carrera hasta su bola de barro en tiempos record.

Antiguamente. Al menos eso es lo que afirmaba su anterior dueño con pena, cuando puso los papeles del carguero en la olla de una partida de sabacc y que estaba perdiendo de mala manera. El droide alquilado de Lando había fracasado miserablemente al intentar hacer que la nave alcanzara algo cercano a la velocidad anunciada.

Probablemente había algún truco.

—En el trayecto, —continuó Lando—, descubrí que tenía la destreza necesaria para pilotar esta niña. ¿Le gustaría a alguno comprar un droide piloto prácticamente nuevo? Cambio.

—*Hemos oído eso antes, err, Milenario. Esa compañía de alquiler en Oseon no tiene oficinas aquí, pero tiene derechos de traslado. Tendrá que devolverlo en un carguero rápido y caro. Corto y fuera.*

La cosa no estaba tan mal como había pensado.

Lando embarcó el droide de regreso en un carguero lento, balanceando el tiempo de alquiler contra los costes de transporte. La noche había comenzado a caer antes de haber terminado de hacerlo, además de todo el complicado papeleo oficial al descender una nave interestelar en cualquier lugar donde la palabra "*civilizado*" era considerada halagadora.

Esa noche tenía que relajarse.

Lo necesitaba después de viajar con aquel maldito droide. Buscó una primera impresión del territorio, localizando lo que pensaba eran las posibles marcas identificativas que distinguían a los amigos que se juntaban para conversar de los otros que neciamente apreciaban los juegos de azar.

Mañana se encargaría de hacer negocios.

El sistema Rafa era famoso por tres cosas: sus cristales vitales; los peculiares huertos donde eran cultivados; y lo que eran llamadas "*ruinas*", si así se podía llamar a aquellos colosales monumentos dejados por los Sharu y que permanecían en excelente estado.

Los cristales no eran nada especial, si cuadruplicar la esperanza de vida humana no se consideraba "*nada especial*". Variando de tamaño, desde insignificantes a grandes, su mera presencia cerca del cuerpo, se dice que realiza la inteligencia, que rechazaba los efectos de la vejez y tenía algún efecto extraño en los sueños.

Solamente podían ser cultivados en los once planetas, sus lunas o cualquier otra roca con la suficiente atmósfera y calor del sistema Rafa.

Los huertos vitales eran métodos de ejecución famosos (después de la guillotina, cámara de gas, potros de tortura, y la silla eléctrica). No era el tipo de agricultura a la que se le pudiera aplicar la automatización; y el trabajo en los huertos, enfermaba y debilitaba a los cultivadores. Sin embargo, la operación era financieramente atractiva porque tenía una fuente de trabajo barata; para ser exactos dos fuentes: Los nativos sub-humanos de Rafa, además de los criminales y basura política del otro millón de sistemas.

El sistema Rafa era entre otras de sus características distintivas, una colonia penal donde una cadena perpetua significaba la muerte.

También era conocido por cada niño en los colegios del espacio civilizado; *al menos, por aquella minoría con problemas precoces de salud o malsanas trivialidades*, reflexionó Lando a la vez que aseguraba el *Halcón* para la noche. Se paseó a través del asfalto caliente del campo que rodeaba el espaciopuerto con intención de coger un transporte público a Teguta Lusat, lugar donde se encontraba la capital de la extensa colonia.

Un hombre muy viejo, vestido únicamente con lo que parecía ser una tela andrajosa colocada a modo de taparrabos, se encorbaba sobre una escoba en el linde de la pista de alquitrán. Levantó lentamente la mirada a medida que Lando se acercaba. Luego, bajándola nuevamente continuó barriendo las hojas muertas y los restos de grava sin ninguna finalidad aparente.

La puesta de sol cayendo en sentido oblicuo atrapaba extraños ángulos multicolores en la arquitectura alienígena que constituía el primer plano, el último plano y el horizonte hacia cualquier lugar que mirases en aquel planeta. Las pirámides, los cubos, cilindros, esferas y óvalos, cada una de las superficies tenía un brillante matiz diferente. La más pequeña de las estructuras monumentales era inmensamente mayor que la más grande construida por los seres vivos en cualquier lugar de la galaxia conocida. Lo que era considerado una ciudad estaba dispuesto incómodamente entre los estrechos espacios libres entre ellas.

Bajo una diseminación de estrellas, Lando dio un ágil paso para subir a bordo del aerobús vestido con sus pantalones azules del uniforme sobre unas botas de piel de bantha hasta la rodilla. Tenía puesta una túnica suave de manga ancha de color blanco, y un chaleco oscuro de terciopelo. Colocado dentro de su elegantísimo fajín tenía una cantidad suficiente de créditos estándar que le permitirían introducirse en una medianamente saludable mesa de juegos además del pequeño lanza rayos aguja de cinco disparos que era todo el armamento que ordinariamente se permitía. Aquellos que solían llevar armas mayores tendían según la experiencia de Lando, a pensar con ellas en lugar de con su materia gris.

Sólo a bordo del transporte, se reclinó hacia atrás sobre el espaldar de su asiento y de cara a los demás asientos, inseguro de si era el único que

disfrutaba del paisaje. El tráfico era un modesto goteo de vehículos terrestres, aerodeslizadores y speeders repulsores de carga. Un buen número de peatones andaban con paso decidido a través de las arcaicas pasarelas que confrontaban los edificios humanos, y entre ellos, Lando vio a muchos más con el mismo aspecto que aquel viejo del espaciopuerto. Quizás eran viejos prisioneros que prestaban servicio por sus sentencias. El aerobús descendió en el centro de Teguta Lusat. Lando pagó al droide piloto, se apeó y estiró sus piernas.

La colonia era un hormiguero construido en depresiones del suelo y entre las antiguas y artificiales montañas. A pesar del esfuerzo que habían invertido decorando el lugar (cosa que no servía de mucho), parecía monótono en comparación con las torres policromadas que les rodeaban. Las calles eran estrellas y raramente iluminadas. Las casas de escala humana, las oficinas y las fachadas de los comercios, apenas superaban las bases de las titánicas paredes alienígenas.

Lando entró al bar de aspecto menos desaliñado. El grupo usual de gente estaba allí.

—¿Busca un cargamento, capitán?

El bardroide del "*Hombre del espacio*" sacaba brillo a un vaso. Las botellas y otros envases de bebidas para más de cien culturas brillaban suavemente bajo tenue alumbrado. Unos clientes esparcidos, no muchos ya que era la hora de la cena y Rafa IV era principalmente un planeta de familias, llenaba el modesto establecimiento con un murmullo ininteligible igualmente bajo.

Lando negó con la cabeza.

—Lástima, capitán, ¿Que más puedo hacer por usted?

—Cualquier cosa que abraza, —dijo Lando jovialmente y agradecido de que le reconocieran como un piloto espacial. Por otro lado sin embargo, se quedó intrigado, con el pesimismo comercial del droide. Aquella era una colonia sana, próspera y con enormes y crecientes estadísticas de exportación.

—*Retsa*, si puede pagarlo.

En una esquina oscura apoyado sobre una escoba, había un viejo mal vestido que podía haber sido el mismo que vio en el espaciopuerto.

—Marchando, Capitán. —dijo el bardroide seguido por el diestro manejo de objetos de vidrio.

Lando le dio la espalda, colocando los codos sobre la barra y escrutando por encima de su hombro. —¿Dónde se puede encontrar algo de acción por aquí? —había adoptado el acento local de la ciudad, actuando como ellos; como un provinciano. El brillo de la civilización asustaba al dinero—. Precisamente vengo de Oseon y tengo la noche libre.

—¿Cómo libre? —los receptores ópticos del bardroide evaluaron a Lando—. Está el *tugurio de Rosie*, calle abajo. Tiene unas chicas bonitas. Gire en la esquina donde está el cartel luminoso rojo y...

Lando negó con la cabeza. —Tal vez luego. ¿Quizás una partida de sabacc? Algunos compañeros solían decirme que eran buenas.

Con cinismo en su voz, y haciendo gala de pensar profundamente, cosa extraña en sus facciones inmutables, el bardroide dijo: —Bien, señor, no se...

Lando le dio dos veces el precio normal del *Retsa*.

—Creo saber de un juego, pero mis pilas de memoria no son lo que eran, sin embargo, y...

Lando colocó otro billete encima de la barra. —¿Podría esto hacer que se recargasen?

El billete pareció evaporarse.

—No se marche, capitán. Póngase cómodo. Volveré en seguida.

El droide se desvaneció casi tan impresionantemente como el dinero de Lando.

II

El propietario y piloto novato apenas había recogido su bebida, y seleccionado una mesa oscura y pesada de madera sintética donde se sentó ajustando cuidadosamente los pliegues de sus pantalones cuando apareció una persona; un individuo alto, cadavérico y de apariencia humanioides vistiendo algo cómodo y estampado de lunares.

Aquello chocaba escandalosamente con su piel moteada de naranja.

—Permítame que me presente, señor: soy el propietario de este establecimiento. —la criatura acariciando su bigote de dos partes igualadas que poblaban el espacio entre la nariz y el labio superior, cogió una silla a la izquierda del jugador y encendió un largo cigarrillo verde. El joven jugador se fijó con diversión que aquel hombre realmente no se había presentado después de todo.

—Entiendo, —comenzó a decir el humanoide—, que usted ha expresado su interés en las teorías científicas relacionadas con los fenómenos de probabilidad.

Lando se había preguntado cómo abordaría el tema.

Se echó hacia atrás con una amplia sonrisa asumiendo nuevamente la fachada de un colono demasiado confiado y poniendo sus pies sobre la silla de enfrente, pestañeó con complicidad.

—Puramente científico, amigo. Soy piloto de profesión, un navegante; de ahí mi natural interés. Estoy especialmente interesado en las permutaciones y combinaciones del número setenta y ocho, cogiendo dos a la vez. Los cinco son comodines.

—Ah...sabacc. —el dueño inhaló una larga bocanada de humo anaranjado, y luego, exhaló suavemente—. Creo que podría ser aceptado en, err, la investigación de ese principio básico casi instantáneamente. —hizo una pausa, como si se avergonzase—. Pero primero, capitán... bien, una pequeña formalidad: el nombre de su nave si tiene la amabilidad señor; estrictamente con la intención de identificarle. Parece que hay ciertos enemigos retrógrados y anticientíficos de investigación libre.

—¿Quiénes llevan placa y bláster? —rió—. *Halcón*, muelle de embarque diecisiete. Soy Calrissian, Lando Calrissian.

El propietario consultó la pantalla del datapad en su muñeca extrañamente articulada. —Un placer, capitán Calrissian. Y su crédito según veo es más que suficiente para respaldarle en err, nuestro programa de investigación. Si tiene la bondad de seguirme.

Lo mismo en toda la galaxia, pensó Lando, una pequeña trastienda, una mesa tapizada de color esmeralda, una lámpara colgante baja, y la atmósfera llena de humo. De cada juego, un modesto porcentaje se quedaba en la casa, y los agentes de seguridad eran pagados por el dueño del local, por lo que la comprobación de Lando había sido un ardid para comprobar su solvencia. Sólo el detalle de los olores entremezclados variaba de sistema a sistema, y no tanto como podría esperarse. Lando no se sentía en su elemento a los controles de una nave estelar. Para ese asunto, él no sabía mucho sobre asteroides mineros o puntos de descenso. Pero aquí, donde quiera que fuese "aquí", le hacía sentir que estaba en casa.

Tomó su lugar en la mesa.

Había otros tres jugadores y un pequeño grupo de espectadores que actualmente estaban más interesados en sus bebidas y respirar en el cuello de los otros que en la partida. Lando colocó unos cuantos créditos en la firme superficie verde de la mesa. Las fichas-carta fueron distribuidas alrededor de la mesa. Recibió el As de Espadas, el cuatro de Vasijas y la carta de la resistencia. Que contaba como un menos ocho.

Eso hacía un once.

—Una, —dijo Lando neutralmente. Recibió el siete de Báculos que inmediatamente cambió y se convirtió en el comandante de Monedas.

Veintitrés.

—¡Sabacc! ¡Dios mío!, ¿Será la suerte del principiante? —permitió que el matiz de la excitación se vislumbrase en su voz, a la vez que recogía el pequeño montón de dinero, las cartas y comenzaba a distribuirlas.

Cautelosamente, perdió las siguientes tres manos.

No fue fácil. Había tenido que desperdiciar dos perfectos veintitrés y podría haber obtenido el tercero si no se hubiese plantado con una mano de catorce, rezando para que las fichas-carta conservasen los valores con los que había comenzado.

El talento local parecía pensar que tenían a un novato.

Por así decirlo, estaban en lo cierto, pero no era la manera de decir habían encontrado algo agradable o provechoso. Era una de esas noches en las que el joven jugador se sentía con suerte, con la copa llena de electrones girando y fuego sub-nuclear. Subió la apuesta de la olla gradualmente para no asustar a los demás, perdiendo llamativamente las apuestas y manteniendo unas ganancias estables.

Las bebidas corrieron por cuenta del moteado propietario. Aquel lugar podría ser el bar "*Hombre del espacio*", pero al menos dos de los jugadores eran de la ciudad, probablemente compinchados con el dueño para desplumar a los visitantes. Lando continuaba con el mismo vaso sobre la mesa, con el hielo diluido que él mismo había añadido y cuya sudoración se había acumulado cerca su codo en el borde de la mesa.

—Sabacc, —jadeó Lando, lanzando el trío de fichas-carta boca arriba sobre la mesa. Era la clásica mano del Idiota; el dos de Báculos, el tres de Espadas y la carta del idiota, que automáticamente sumaban veintitrés.

—Eso limpia a fondo mis tubos, —gruñó el jugador frente a Lando; una entidad pequeña y anónima, de cara pastosa y piel ligeramente amoratada. Al igual que el joven jugador, vestía un uniforme de oficial de navío estelar. A pesar del frescor de la noche, tenía un fino brillo de sudor sobre la frente—. A menos que pueda interesarle un pequeño cargamento de cristales vitales.

Lando negó con la cabeza, ajustando uno de los puños bordados de su camisa. Primero un carguero vapuleado, después un droide que aún no había inspeccionado, y ahora una invitación a tener problemas con la administración local.

—Lo siento amigo, pero o pone dinero efectivo encima de la mesa o nada. Los negocios son negocios y el sabacc es sabacc.

Nacida de la fatiga, aquella transformación parcial en toско y cortante del aficionado en un profesional (con una increíble suerte) asustó al menos a

uno de los adversarios de Lando; un talludo y asimétrico vegetal sensitivo de un sistema cuyo nombre el joven jugador no lograba recordar. Colocó tres anchas manos poliformes sobre la mesa. Lando pensó que el contraste de los colores verdes era completamente horrible y que distorsionaba directamente con el sintetizador electrónico colocado sobre su tallo nudoso.

—iAwrr, capitán de navío, seamos justos! —dirigió una cara bordeada de pétalos hacia el pequeño técnico—. Una negativa le dará a esta persona malas consideraciones. La carga es valiosa, indiscutiblemente.

El tercer jugador, una mujer de pelo blanco rubio mal cortado y con un sobredimensionado cristal vital oval colgando de una cadena alrededor de su cuello, asintió a gritos.

—Ciertamente, Phill, —contestó Lando, ignorando a la mujer—. ¿Así es como obtuvo ese maravilloso traductor que trae puesto en vez de créditos a una partida de sabacc?

El ser vegetal, tembló con sorpresa. —¿Cómo usted está entendiendo esto?

—Con considerable dificultad. —hizo una pausa, recapacitando. Para un jugador, especialmente uno que era tanto razonablemente honesto como regularmente exitoso, podría representar unos importantes bienes comerciales.

—Oh, muy bien, ¡que el Caos se me lleve! pero sólo esta vez, ¿entiende?

La amorfa criatura inclinó la cabeza entusiásticamente; solamente aguantó dos manos más. En su camino hacia la puerta, metió la mano en un bolsillo de su abrigo, entregando a Lando una carta de embarque y unos cuantos documentos asociados más.

—Podrá encontrar el cargamento en el espaciopuerto. Gracias por el juego Cap'n Calrissian, es usted honesto hasta la entropía.

Lando, ahora con unos diecisiete mil créditos por delante y listo para echarse fuera del juego tan airosa ó firmemente como pudiese, apenas notó la pequeña falta. Tenía casi el precio del *Halcón Milenario* sobre la mesa delante de él. ¡Una plaga en los transportes de carga interestelares! Dejaría que otro se preocupase de los permisos de aterrizaje y los manifiestos del cargamento. ¡El era un jugador!

¡Seguro que tendría que limpiar de restos de mynocks el casco de la nave!

Poco después de la media noche, caminando sin rumbo y fijándose en los pocos carteles indicadores llegó al modestamente y lujoso *Hotel Sharu* de Teguta Lusat que el bardroide le había recomendado a Lando, manteniendo una mano sobre sus créditos en el bolsillo, y la otra sobre su lanza rayos aguja. No parecía ser el tipo de ciudad tranquila y allí había todo aquel tipo de personas que podías encontrar en cualquier parte.

Cerca de él y arrastrando los pies se erguía la más extraña aparición de la especie mecánica que el había visto o incluso querido.

—iVuffi Raa, amo, droide multifásico de clase dos, a su servicio!

La estación de transporte con sus docenas de casilleros de almacenamiento, estaba en el camino de Lando hacia el hotel. Ansiando un

temprano comienzo en el negocio matutino, el joven jugador había pensado que era buena idea recoger inmediatamente el droide que había ganado. Ahora no estaba tan seguro.

Algunas cosas era mejor afrontarlas a la luz del día.

Quizás de un metro de alto, aproximadamente al nivel del bolsillo de la cadera de Lando, cosa difícil de evaluar, ya que tenía cinco tentáculos en varios ángulos dispuestos a diferentes alturas. Tenía la forma de una estrella de mar estilizada con tentáculos ondulados que servían tanto de brazos como de piernas, pareciendo un plato de comida con un torso pentagonal decorado únicamente con un ojo de color rojo. El droide estaba hecho por completo de un brillante cromado articulado.

Rematadamente sin gusto, pensó Lando.

—La mayoría de la gente, —había comentado, viendo al robot saliendo del casillero de alquiler—, ha olvidado que droide es un diminutivo de androide, como un hombre. —estiró sus largas y estriadas extremidades metálicas como si fuesen seres vivos, y cuidadosamente examinó las terminaciones de sus tentáculos acabados en delicadas puntas—. Y, ¿Que clase de nombre es ese para un droide: ¿Vuffi Raa? ¿No se supone que deberías tener un número?

Le estudió de refilón a medida que apretaban el paso y dejaban atrás al portero y salían a través de las puertas automáticas de cristal de la terminal, dirigiéndose hacia una pasarela.

—Es un número amo, en el sistema donde fui manufacturado, a imagen y semejanza de mis creadores.

—Desearía poder recordar exactamente donde fue: vera, fui prematuramente activado en mi caja de embalaje durante un ataque pirata interplanetario. Eso parece haber tenido un efecto negativo en mis circuitos de memoria.

Maravilloso, pensó Lando activando la apertura de su habitación. *Una nave que no podía pilotar y ahora un droide con amnesia*. Qué había hecho para merecer aquella... *¡Nunca más, no quiero saberlo!*

El *Hotel Sharu*, no era mucho, pero estaba estimado localmente como el mejor y tenía ciertos estándares para sostener con lo que Lando pensó sería una concurrencia habitual. Lando se quedó pensando: *en esta era de exploración de la extensa galaxia, era perfectamente posible para un droide como Vuffi Raa, cambiar de manos muchas veces, comprado, vendido, revendido, ganado o perdido, terminando a media galaxia y en una cultura completamente desconocida de donde había sido creado*.

O viceversa, como parecía ser el caso. Él no podía recordar ninguna especie ni remotamente parecida a la que fue moldeado Vuffi Raa. En cierto modo, esperaba no encontrarse con ellos nunca. *En cualquier caso*, pensó, *eso hacía dos "elefantes blancos" para vender por la mañana*.

Ya había tomado una decisión sobre el *Halcón Milenario*.

La conversación en la mesa durante la partida de Sabacc había sido comprensiblemente escasa, pero una cosa fue obvia antes de haber aceptado aquellos cristales al contado. Los huertos vitales funcionaban con una combinación de trabajo inexperimentado abastecido en su mayor parte con los irreflexivos nativos de Rafa (Lando se preguntó si se había cruzado con alguno mientras estaba allí, llegando a la misma conclusión acerca de los

manufacturadores de Vuffi Raa), y la supervisión de los prisioneros de otras partes de la galaxia. La empresa era un monopolio del gobierno colonial.

Por lo poco que Lando pudo determinar, los alijos de cristales vitales eran transportados por la Compañía de Transportes de su Cuñado (o cualquier otro modo llamado en su equivalente local), y los transportistas por cuenta propia simplemente, tenían mala suerte. No habría cargamento que el apuesto capitán Lando pudiese reclamar con aquellos manifiestos.

Bien, eso le convenía. Solucionaría el intercambio del cargamento mañana.

El campo de la puerta canturreó firmemente, y la cama, girando sobre sí misma descendió con hospitalidad cibernética. Lando se desvistió supervisando cuidadosamente la manipulación del armario de su ropa. Vuffi Raa ofreció sus servicios como ayudante de cámara; habilidades impresas en las características de un clase dos. Esperó la respuesta zumbando bajo sus niveles intelectuales y emocionales.

Pero Lando declinó.

—No he tenido sirvientes desde hace mucho, mucho tiempo, mi buen droide, y no pretendo comenzar de nuevo contigo. Me temo que vas a cambiar de amo otra vez. Será lo primero en la mañana. No es nada personal, pero acostúmbrate.

El droide se balanceó con aceptación, encontró una esquina desocupada de la habitación y se preparó para desactivarse; la imitación autómatas del sueño, con su ojo rojo atenuado pero sin perder intensidad.

Lando se estiró en la cama con sus pensamientos centrados en el tesoro antiguo. Por supuesto consideró que los cristales vitales no eran un cargamento factible para sacarlo de aquel lugar. Las antiguas ruinas eran supuestamente impenetrables, pero la raza que las había construido no había escatimado en esparcir por el sistema artefactos portátiles. Los museos podrían estar interesados en las brutas estatuillas y las herramientas manuales modeladas por los nativos salvajes. El pasado de alta tecnología y el primitivo presente: realmente, un contraste fascinante.

Pero el tesoro...

Ahora que pensaba en eso, debía haber algunos productos coloniales buenos también. Pero eso quería decir que tendría que buscar por todo el sistema Rafa para conseguir un cargamento decente con un mal, molesto y posiblemente peligroso despegue y aterrizaje en cada parada del camino, se recordó a sí mismo.

Por supuesto, siempre estaba el tesoro...

No, mejor ceñirse al plan original: encontrar comprador para el *Halcón*. Había sido divertido por un tiempo, pero realmente no era un capitán espacial y ella era más cara de mantener que un yate privado, incluso si necesitase uno.

Buscaría a alguien que le diese un precio justo por Vuffi Raa igualmente. Quizás hasta el mismo cliente. Luego se embarcaría decenas de miles de créditos más rico en el siguiente crucero comercial.

Apagó las luces, y tuvo una ocurrencia tardía. —¿Vuffi Raa?

Se produjo el apenas perceptible sonido de servomotores adquiriendo energía. —¿Si, amo? —su ojo brilló en la oscuridad como las ascuas de un cigarrillo.

—No me llames amo, me pone la carne de gallina. ¿Puedes por casualidad, pilotar una nave estelar? Quiero decir, ¿algo como un pequeño carguero modificado?

—¿Como su *Halcón Milenario*? —se produjo una pausa a medida que el droide examinaba su programación—. ¿Por?, Si, err... ¿Cómo debo llamarle, señor?

Lando se giró, con aires de orgullo en su cara invisible en la oscuridad de la habitación. —No demasiado fuerte, Vuffi Raa, y no después de las novecientos de la mañana. Buenas noches.

—Buenas noches, amo.

¡KRAAASH!

El campo de la puerta se sobrecargó, arqueó y chisporroteó a la vez que el panel explotó y las bisagras gimieron separándose del marco.

Lando se despertó sobresaltado, puso un pie en el suelo con una mano, tratando de alcanzar el lanza rayos aguja sobre la mesa de noche antes de que fuese consciente de que se hubiese despertado.

Cuatro figuras uniformadas con el torso cubierto con armaduras flexibles y cascos visores se detuvieron bajo un anonimato total, detenidos sobre los restos humeantes de la puerta a la vez que las luces de la habitación se encendían. Sus armaduras corporales no ocultaban sus insignias de la guardia colonial de paz. Llevaban los desagradables y sobredimensionados blásters militares desenfundados y apuntando directamente hacia la cintura desprotegida de Lando.

Quitó su mano de la mesa de noche apresuradamente, pero sin brusquedad; un movimiento para evitar malas interpretaciones.

—¿Lando Calrissian? —demandó una de las figuras con casco.

Lando atisbó las ruinas de la puerta.

—No sería tan embarazoso si no estuviera adormecido, umm déjeme pensarlo un segundo: Sí, mis corteses amigos, soy el capitán Lando Calrissian, en carne y hueso y con esperanzas de permanecer de ese modo. Siempre contento de cooperar alegre y completamente con las autoridades. ¿Qué puedo hacer por ustedes amigos?

Con el bulboso y firme cañón de su arma, la imponente figura blindada, dio un paso hacia la cama, con sus compañeros llenando el espacio inmediatamente después de él.

—Propietario del carguero *Halcón Milenario*, muelle de embarque número diecisiete, espaciopuerto de Teguta Lusat.

—El mismo, yo...

—¡Cállese! ¡Está bajo arresto!

—Está bien, oficial. Sólo déjeme ponerme los pantalones si no es inconveniente. Estaré encantado de contestar cualquier cosa que "*Su Señoría*" tenga el deseo de preguntar. Esa es mi política: La verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad. Apoyaré su local... *¡Umph!*

El gigantesco oficial golpeó a Lando en el estómago con su bláster, seguido de su mano libre con el puño cerrado de terrible fuerza bruta. Un

segundo oficial, golpeó las piernas del infeliz jugador. Los otros dos, giraron alrededor de la cama y comenzaron a golpearle por el otro lado.

—*¡Ay!* ¡Dije que iría en paz... *Ghaa!* Yo, *¡Unhh!* ¡Vuffi Raa, ayúdame!

El droide se acobardó en su esquina con sus manipuladores temblando. Bruscamente, se derrumbó enrollándose como una pelota. Su luz se apagó.

Lo mismo hizo Lando.

III

Gordo.

Gordo y feo.

Gordo y feo y poderoso; al menos localmente, recordó Lando con un gemido ahogado mientras dos de los oficiales le arrastraban a la presencia de Duttes Mer, el gobernador de la colonia de Rafa.

Lando no había tenido tiempo, ni siquiera las ganas de evaluar los ultrajes que le había infligido la guardia colonial. Parecía completamente magullado; golpeado desde el cuello hasta los tobillos. Evitar problemas con las fuerzas de seguridad de un sistema era una cosa que tenías que prever.

Sin embargo dolía muchísimo.

Todavía no le habían hecho nada serio y se dio cuenta de que no tenía nada roto al igual que nada que pudiera verse si no le quitaban la ropa. Un minucioso, concienzudo, y torturador profesional, es lo que había sido, y aunque le golpearon repetidas veces, aparentemente no fue sino puramente educativo; unas pocas contusiones adecuadamente distribuidas con la intención de subrayar el hecho de que habían sido piadosos.

Le sangraba la nariz desde que fue forzado a moverse torpemente sobre los restos de la puerta cuando le sacaron de su habitación del hotel. Con la esperanza de no recibir más agravios, deseó que hubiesen puesto una lámina plástica bajo él para mantener su sangre fuera de la elegante alfombra de importación del gobernador; la única extravagancia apreciable en la que otrora había sido una oficina utilitaria.

¿Habría algún indicio útil allí?; si solamente pudiese pensar lo suficientemente claro como para conseguir descubrirlo.

El gobernador pestañeó. —¿Lando Calrissian?

Al menos todo el mundo parecía conocer su nombre. Era una voz alarmantemente alta y entonada, débil considerando la gruesa mole de la que surgió y quizás un poco nerviosa, pensó Lando, y que las actuales condiciones parecían justificar. Los jugadores estudiaban más meticulosamente esos matices que los psicólogos. Debían hacerlo.

Densamente musculoso e improbablemente ancho, se asemejaba más que a cualquier otra cosa al tronco de un árbol y coronado con fino y ligero pelo, el gobernador parecía el típico jugador que colocaba sus fichas-carta cerca del pecho y que nunca aceptaba oportunidades descabelladas siendo un despiadado e implacable jugador.

Si lograba cambiar las tornas, tendría el grito de un bebé. Lando conocía bien a los de su calaña.

En el trasfondo actual sintió que la información sería una pésima ayuda. Miró con inquietud hacia los cascos visores que llevaban puestos los hombres a su lado, luego, volvió a mirar hacia el gobernador. No tenía ni un ápice de importancia si un matón era un cobarde en el fondo, siempre y cuando tuviese todas las armas.

El gobernador parpadeó, levantó un brazo y repitió el saludo, o más probablemente, la acusación. —¿Lando Calrissian?

—Allane un poco la primera A, —contestó Lando más valerosamente de lo que se sentía—. También un poco más de acento en la segunda sílaba del apellido. Siga intentándolo y lo conseguirá.

Lando recorrió sus labios con la lengua saboreando su sangre. Le dolía la cabeza. Al igual que todo lo demás. Sus ojos ovalados incrustados en aquella absurda cabeza le escrutaron fríamente desde detrás de su pequeño y despejado escritorio increíblemente delicado y fabricado con material transparente.

—Lando Calrissian, tenemos aquí una lista de cargos muy serios contra usted y que han atraído nuestra atención. Cargos muy serios ciertamente. ¿Qué tiene que decir en su favor?; si es que tiene algo que decir.

El gobernador volvió a parpadear, esta vez como si la misma visión de Lando fuese dolorosa para él. El joven jugador refrenó una segunda respuesta irritable. No caía en la cuenta de ninguna cosa ilegal que hubiese hecho. Al menos últimamente. No había tenido escrúpulos especialmente concernientes a violar la ley: habían muchos planetas estúpidos con un montón de estúpidas leyes. Hubiera sido en cambio justo (más bien como un punto estético) haber sido cogido cuando realmente hubiese hecho algo.

Decidió, más o menos experimentalmente continuar diciendo la verdad con la adulación cortesa que había fallado con la guardia colonial. Nunca sabría que efecto tendría sobre aquel cubo gordo de *"Su Excelencia"* si no conocía los cargos.

—Señor, excelencia, yo no se nada sobre ningún cargo. Según mi leal saber y entender, no he hecho nada de lo que se me pueda acusar.

Dejó el asunto así; una reclamación llevaría demasiado lejos las cosas.

El gobernador parpadeó.

Lando abrió la boca para hablar. Un jirón de tela de su andrajoso pijama escogió ese momento para zafarse de su hombro y caer precipitadamente. Inhaló por la nariz y lo levantó con toda la dignidad que le ofrecía la ocasión, alisándolo en su lugar.

El gobernador volvió a parpadear.

La habitación donde se encontraban no era grande.

Había una puerta ancha frente a la mesa donde estaba el enorme gobernador. La puerta a través de la que Lando había sido escoltado estaba mirando hacia el escritorio, ambos enmarcados en alumabronce no decorativo; las paredes de la oficina utilitaria habían sido revestidas de madera, rodapiés y cornisas en lo alto, en cierto modo intimidando al techo. El suelo estaba distorsionado con un amarillo bilioso haciendo juego con los ojos del gobernador. En lugar de cortinas, las ventanas exhibían registros de escenas que Lando reconoció de otros sistemas: playas llenas de grava verdosa, profundos cielos anaranjados, vegetación color escarlata. Mundos enteros reproducidos con mal gusto.

El gobernador, al parecer decidió que Lando estaba lo suficientemente intimidado por su largo silencio, por lo que levantó un grueso brazo de su escritorio señalando entre los guardias que mantenían en pie al maltratado capitán.

—Usted esta bien informado —chilló Duttes Mer amenazadoramente, —enriquecerse lo mejor que ha sabido, joven sinvergüenza.

¿Sinvergüenza?, pensó Lando, ¿Esta gente ha dicho que soy un sinvergüenza?

El gobernador estudió atentamente un informe impreso que descansaba sobre su escritorio levantando sus blandas cejas.

—¡Realmente un expediente! Procedimientos imprudentes de aterrizaje, importación ilegal de animales peligrosos... Mynocks, ¿Verdad, capitán?, atracar sin autorización una nave interestelar.

—¡Pero, gobernador! —Lando se olvidó de si mismo momentáneamente, luchando por liberarse del guardia de su izquierda. Entonces recordó donde estaba y fue agarrado por la mano blindada del guardia doblándole la suya hacia atrás por el codo mientras esbozaba una corta y vivaz sonrisa.

Lando se percató con un repentino y ahogado jadeo que el escritorio transparente que el gobernador ocupaba estaba formado íntegramente por gigantescos cristales vitales sin precio y suficientes como para prolongar la vida de centenares de personas. *¡El poder!, entonces esa era la llave. Eso explicaba la árida oficina. El dinero y las exhibiciones no impresionarían al malevolente saco de hidrocarburos desaprovechados sentado detrás de él; solamente estaba motivado por la confianza de controlar y disponer de las vidas de otros.*

—Señor, me dieron vía libre y los permisos. Yo...

—¿De veras, capitán? ¿Dónde? Enséñemelos y los cargos contra usted podrán reducirse... un poco; pero al fin y al cabo, reducirse.

Lando miró hacia abajo, viendo su aspecto (el pensamiento se movió rápidamente a través lo que podría ser una elección desafortunada de palabras) vestido con el pijama sin bolsillos mucho lo peor desde su reciente conocimiento sobre los procedimientos de ejecución de la ley en Teguta Lusat. Volvió a mirar hacia el gobernador. —Supongo que no me consentirá volver a mi hotel... no, lo suponía. Bien, mejor aún; consulte a la autoridad portuaria. Deberían ser capaces...

—Capitán, —dijo el gobernador suspirando con afectado cansancio—, la autoridad portuaria no tiene registros de todos los permisos que conceden ya sea para un Lando Calrissian o para... —miró nuevamente la lista—, un *Halcón Milenario*. Se lo aseguro señor, de hecho, puedo decirle que verifiqué los datos personalmente.

—Oh, —contestó Lando en voz baja comenzando a entender la situación.

—También está, —continuó el gobernador ahora satisfecho de haber obtenido su atención—, la conspiración para evadir normas de comercio. Verá, sabemos de sus intentos para obtener un cargamento no autorizado. Llevar armas ocultas; capitán, eso es de mal chico. Finalmente: asaltar a un guardia debidamente autorizado para proceder a su arresto.

El gobernador puso cara pensativa, miró nuevamente hacia la lista y cogiendo una estilográfica hizo una anotación. —Y la irregularidad de saldar su cuenta en el hotel cuando se fue del local.

—Ahora, ¿que tiene que decir? —el gobernador pestañeó relamiendo sus labios grasientos.

—Ya veo, —dijo Lando encubriendo apenas su regocijo. Su estado de ánimo había comenzado a levantarse considerablemente impregnado de resentimiento por el conjunto de cargos de los que se acusaba. El gobernador era alguien con quien podría tratar después de todo.

—Primero, mi arma estaba sobre la mesa de noche y no oculta. Y si "*el asalto*" consiste en golpear a un agente en el puño con mi estómago, diría que entonces me han traído aquí con justicia señor gobernador.

—Muy bien, capitán. O debería decir "*Mister Calrissian*" ya que probablemente no capitaneará nada más de hoy en adelante. ¿Qué diría a la probabilidad de acabar sus días trabajando en los huertos vitales junto con otros criminales, descontentos y retrasados mentales como usted?

Lando entendió y enarboló una sonrisa. —En realidad señor, no me gustaría mucho. He oído que los huertos vitales tienden a volverte loco.

El gobernador inclinó la cabeza, no siendo un acto fácil para alguien sin un cuello perceptible: —Sí tuviese que hacerlo, capitán, si tuviese que hacerlo.

—También diría que usted está a punto de ofrecerme una alternativa menos desagradable. Así debe ser, a menos que tenga la costumbre de urdir cargos ridículos contra cada patrón independiente que llega a su espaciopuerto. Y adivino que he escuchado algo acerca de ello antes de haber llegado aquí.

El gobernador parecía un tronco de árbol cortado, ceñudo y cubierto de pelo. —No se anticipe a mí capitán, eso le quita la diversión a ocasiones como esta.

Pestañeó y luego presionó un botón de su escritorio.

Lando colocó la taza en su platito, se recostó hacia atrás en la silla suave y grande que un criado había recibido órdenes de traerle y cogió uno de los puros importados del gobernador. Si, ciertamente la vida era un gran juego de sabacc y el saldría ganando tal y como había hecho la noche anterior.

El criado, un nativo del sistema Rafa se ofreció a servirle más te. Aquello había constituido una sorpresa (el nativo, no el te). Permaneció con una mirada de expectación respetuosa en su cara envejecida llena de cicatrices y de matices grises. Lando negó con la cabeza. Una taza más de aquello y saldría flotando de allí.

Soltó otra bocanada de humo. —Entonces, ¿estaba diciendo, mi querido gobernador?

—Le estaba diciendo chico, que por el momento, podría ponerse algo más adecuado. Su equipaje debería estar aquí ya, traído desde el hotel. Pero desearía que no interrumpamos nuestra conversación a estas alturas. Decía que entre las especies inteligentes de la galaxia, nosotros, la humanidad somos más prolíficos, y sobrenaturalmente variables.

—Y al parecer, alterativos si también quiere decirlo. —Lando dio un golpecito a los dos centímetros de fina ceniza gris sobre el cenicero de vacío encima del escritorio del gobernador.

Mer ignoró la burla e indicó al encorvado y marchito criado que salió arrastrando los pies a través de la puerta de la oficina detrás de Lando. — Considere por ejemplo a los Toka. Son conocidos localmente como "*El Pueblo Quebrado*". Completamente faltos de intelecto, pasión o voluntad. Subhumanoides con inteligencia. Cada uno de ellos muestra signos de edad avanzada, al igual que nosotros, tienen el cabello encanecido, palidez, arrugas,

caminan inclinados y desanimados. Pero todo esto, podría ser sólo una apariencia superficial. Conllevan estos inciertos atributos desde su nacimiento.

—Son como animales domésticos nada más. Útiles como sirvientes, pero demasiado faltos de inteligencia para cualquier otra cosa, pero son discretos; aparte de que cosechan los huertos vitales.

Lando se movió inquietamente en su silla, ajustando la parte delantera de su albornoz que había pedido prestado para encubrir su ofuscación. El tejido era de terciopelo, de un horrible matiz púrpura que lucía unos brillantes adornos verdes y amarillos. Si todo el mundo se dedicaba a pedir al fabricante con aquel gusto conspicuamente malo, tendría que reconsiderar cambiar todo su armario ropero.

Se preguntó a sí mismo a dónde conduciría tanta palabrería. Había escuchado justificar la esclavitud de mil formas en mil sistemas diferentes, pero parecía que a los Toka les faltaba la chispa y el asomo de la agresiva inteligencia que tenían las personas.

—Usted ha dicho "*por ejemplo*"; ¿al considerar a los Toka como ejemplo no querría decir "*en contraste*"?

El gobernador hizo señales para que le trajeran otra taza de té. —En absoluto, mi querido amigo, en absoluto. Con prisioneros de la galaxia como supervisores y unos pocos droides para labores técnicas, los Toka contentos incluso comiendo comida para animales trabajarían enfermos hasta la muerte si se les exigiese.

Lando se dio el gusto de un pequeño bufido cínico. Había oído decir que trabajar en los huertos vitales tenía alguna clase de efecto desgastador. La mayoría de los prisioneros humanos tenían puestos meramente supervisores como el gobernador había sugerido. Lo mismo pasaba con las especies no humanas que se habían metido en problemas. Aquellos desafortunados prisioneros "*especiales*" de ambas clasificaciones condenados a sirvientes, terminarían convirtiéndose en subidiotas en un año o dos. Aparentemente eso no afectaba del mismo modo a los Toka.

Ellos ya eran subidiotas.

—Todo eso resulta conveniente, —dijo—, para los dueños de los huertos.

Mer miró a Lando estrechamente. —El propio gobernador posee sus huertos amigo mío, creo que lo entenderá. El asunto es, los Toka son casi tan humanos como nosotros mismos.

La mandíbula de Lando descendió. Estudió al criado a medida que servía el té al gobernador, olvidando las cosas altamente ofensivas que había estado pensando de ellos. ¿Cómo podía ser aquel ser sumiso, marchito, encorvado, de cara gris y pelo blanco con su taparrabos casero y andrajoso, ser humano?

El gobernador parpadeó logrando mostrarse satisfecho a pesar de todo. Comenzó a abrir su boca para hablar...

¡WHAAAAM!

El aire se dividió por una explosión que hizo tambalearse a la oficina. Se produjo un destello cegador; una columna de humo azul negruzco ascendió desde el suelo hasta el techo a la derecha del escritorio del gobernador.

Oh, hermano, pensó Lando, ¿Y ahora qué?

IV

—¡Ya es suficiente! —gritó la columna de humo azul negruzco, evaporándose en diminutas chispas naranjas que parpadearon y desaparecieron.

Un hechicero de Tund, gimió Lando para sí mismo extrañado. Miembros de una misteriosa y antigua orden del remoto sistema Tund, exhibían unas entradas llamativas. El resto de la columna de humo se condensó en una figura vagamente humanode de más o menos la altura de Lando y de una complexión común. El hechicero probablemente había lanzado su bomba destellante hacia el interior de la oficina y luego, dio fortuitamente un paso a través de la puerta hasta el centro del humo.

Nadie estaba realmente seguro de qué especie eran los hechiceros de Tund; ni siquiera si todos sus miembros pertenecían a la misma especie. Envuelto completamente en el gris oscuro de su orden, el recién llegado llevaba puesta una pesada túnica que cepillaba la alfombra, ocultando completamente la forma que había debajo de ella. Un turbante finalizado en tiras de tela opaca cruzaba su cara.

Sólo sus ojos eran visibles. Para sorpresa suya, Lando deseó fervientemente que no fuese uno de ellos. A pesar de lo absurdo de las acciones melodramáticas del hechicero, sus ojos contaban algo diferente, historias más petulantes: *¿profundas lagunas gemelas, pero de qué? Hambre demente de algo*, decidió el jugador con un temblor. Aquellas feroces profundidades le estudiaron por un momento como si fuese un insecto a punto de ser aplastado; luego, se dirigió su malevolente poder hacia el gobernador Duttes Mer, quien parpadeo, parpadeo y parpadeo.

—¡Prolonga su introducción inútilmente! —dijo una voz helada siseada a través de las telas color carbón. Lando no pudo determinar si era su voz natural o una producida por un sintetizador vocal—. ¡Diga a la criatura lo que necesita saber para servirnos y luego despáchelo!

La compostura del gobernador se desintegró completamente. Hizo girar su enorme masa sobre la silla con sus rechonchos y achaparrados brazos alzados inconscientemente en una inútil actitud de defensa y con sus grandes ojos amarillos revolviéndose en abyecto temor. La piel de su nuez había palidecido hasta un color acre. Incluso su fino pelo pareció moverse y retorcerse.

—P...pero, Su Excelencia, yo...

—¡Cuénteselo, idiota!, —demandó el hechicero—, ¡Y termine ya!

Lando, fuera de la riña quitó un pedazo de durocemento suelto del techo que se había desprendido por la llamativa entrada del extraño.

Con un esfuerzo terrible, el asustado gobernador se giró hacia Lando sin atreverse a quitar completamente los ojos del hechicero.

—C...capitán Land...do Calrissian, p...permítame p...presentarle a Rokur Gepta, mi... mi...

—Colega, —terminó el hechicero con un siseo de impaciencia que erizó la columna vertebral del capitán. Aunque eso pareció no gustarle mucho al gobernador, inclinó la cabeza, abrió su boca y luego cayó hacia atrás sobre la silla aparentemente incapaz de pronunciar otra palabra.

—Veo, —siseó el hechicero dando un paso adelante—, que tendré que terminar yo.

Dio otro paso adelante. Lando luchó con el deseo de retirarse detrás de su silla. —Capitán Calrissian, nuestro amigo el gobernador en su lento y estúpido relato, le ha informado sobre los defectos de los Toka. Son numerosos se lo garantizo, y conspicuos. Lo que este zoquete no ha considerado conveniente mencionar aún es el alma de este asunto; su más interesante y singularmente compensatorio rasgo. Para que lo entienda, a pesar de su humilde herencia, observan y practican un sistema antiguo de creencias que si son tomadas literalmente no solo explican la condición poco envidiable y actual de los Toka, sino que promete más para el correctamente preparado y suficientemente osado.

—Más, mucho más.

La voz inhumana murió con un siseo a la vez que su dueño esperaba alguna pregunta o comentario del jugador sentado delante de él. En cambio, Lando solamente miró a la extraña figura obligándose a pesar del miedo que tenía, a observar serena y fijamente a los ojos de lunático del hechicero.

Mientras tanto, el gobernador había logrado recuperarse lo suficiente como para presionar un botón en su escritorio y ordenar al criado Toka traer otra silla para su "*colega*"; pero la envejecida criatura no podía ser inducida por medio de palabras amables (de las que el gobernador decía muy pocas) o por amenazas (de las cuales tenía un gran repertorio) para que se acercase a la amenazadora y extraña figura vestida de gris.

Al final, después de un molesto punto muerto, el mismo Mer se vio forzado a levantar su sobredimensionado cuerpo, dar la vuelta a la mesa y traer una silla de la habitación contigua colocándola cerca del hechicero. Para diversión de Lando, el gordo ejecutivo tuvo casi tanta dificultad en acercarse a Rokur Gepta como el mismo Toka.

Lando, relajándose, se echó hacia atrás y estudió su puro que se había apagado hacía mucho tiempo por falta de atención. Otra vez y aparentemente de la nada, el criado Toka se materializó para encendérselo y luego, con un silencio abyecto y bajo la pernicioso mirada del hechicero, desapareció nuevamente arrastrando los pies desnudos sobre la lujosa alfombra.

—¿Promesas de qué? —preguntó Lando después de un buen rato, y en cierto modo sonando casual. Medio centenar de especulaciones descabelladas rondaron por su mente, pero las reprimió tajantemente esperando la respuesta de Gepta.

—Entre otras cosas, —murmuró el hechicero—, el Último Instrumento Musical.

Estupendo, pensó Lando con sus fantasías derrumbándose. *Podrían haber sido diamantes, platino, Gemas-llama; podía haber sido la inmortalidad o el poder absoluto; o incluso podía haber sido un buen puro de cinco micro créditos; pero no, el tipo quiere cítaras y trombones.*

—El *Arpa Mental* de los Sharu, —explicó Gepta a medida que se sentaba—. Ha sido un objeto de la religión Toka desde hace incontables siglos.

—Como usted sin duda es consciente, la población humana actual de Rafa, sin mencionar los numerosos representantes de las muchas otras especies, datan desde los primeros días de la difunta y nada llorada República. Generalmente valorado por los historiadores, en el caos y las grabaciones de esa era, una buena cantidad de exploraciones y colonizaciones se llevaron a cabo, si bien, fortuitamente. Por eso, cuando los colonos de la República llegaron a Rafa por primera vez, descubrieron que ya estaba ocupado por seres humanos.

—Los Toka.

—Se lo explicaré, durante décadas, he contratado antropólogos, etnólogos y semejantes, muchos de ellos convictos de la propia colonia ansiosos por reducir la carga de sus sentencias, para observar, grabar y analizar el comportamiento ritual de los Toka. Considerando eso, a lo largo de todo ese tiempo tales esfuerzos han producido algunas migajas de interés y utilidad. He hecho muchas de esas inversiones de tiempo y dinero a lo largo y ancho del espacio civilizado.

—Los Toka, salvajes como son, apenas han alcanzado el camino de la organización social. Ocasionalmente sin embargo y en intervalos imprevisibles, se reúnen en pequeños grupos para su ritual cantado, a todos los aspectos una transición hereditaria puramente verbal.

—Sus leyendas dicen que vinieron originalmente de otra parte de la Galaxia como pioneros y exploradores empleando una tecnología que posteriormente desecharon o perdieron. Ellos también encontraron Rafa ocupada. Sus ritos hablan de los Sharu; una raza de súper humanoides quizás billones de años más adelantados en la evolución y demasiado terrible para considerarlo o reflexionar cualquier medida temporal.

—Los Sharu son claro está, los responsables de las monumentales construcciones que caracterizan este sistema; un estilo de arquitectura que deja imaginar sus mentes alienígenas y en la mayoría de los casos, el propósito de estas estructuras no puede ser adivinado. Es incierto si el mero contacto con los Sharu doblegó al *"Pueblo Quebrado"*, o si fue su apresurada y posterior partida.

—Pero partir, lo hicieron.

—Las leyendas dicen que algo más terrible que ellos mismos se revelaba en sus caras cuando huían; quizás otra especie, una enfermedad, o cualquier cosa inimaginable; no podemos más que conjeturar. Dejaron sus sólidos edificios, dejaron aparentemente los huertos vitales cuya función original es tan oscura como todo lo demás referente a los Sharu y dejaron a los Toka abatidos y debilitados por algún aspecto de su experiencia con los Sharu.

Lando reflexionó sobre las palabras de Gepta mientras se permitió coger otro puro.

Le dio la impresión de que la pregunta de qué había doblegado al *"Pueblo Quebrado"* tenía un interés considerablemente menos pragmático que lo que asustó tanto a sus maestros sobrehumanos. Odiaba pensar en cualquier cosa como esa que se pasease alrededor de la galaxia. La vida de un capitán

estelar (él lo sabía bien desde su vicaria experiencia más que cualquier otra cosa) le llevaba a través de muchos y solitarios pársec en la oscuridad. Y un buen número de naves habían desaparecido sin dejar siquiera una huella de neutrinos para señalar su paso.

El criado Toka, evadiendo a Gepta encendió el puro de Lando.

Finalmente, Lando dijo: —¿Qué tiene todo eso que ver conmigo?

Desde el interior de los voluminosos pliegues de su túnica color gris, Gepta extrajo un objeto del tamaño de la mano de un hombre construido con algún metal ligero, brillantemente armonioso y de color dorado.

El objeto hizo a Lando parpadear.

Su primera impresión era que el dispositivo parecía un largo tenedor de tres puntas hasta que volvió a mirarlo con detenimiento. ¿Dos puntas o cuatro?

¿O tal vez tres de nuevo? La cosa simplemente no parecía sedimentarse en su campo visual produciéndole el inicio de un dolor de cabeza cuando clavó los ojos fijamente en él por solo unos pocos segundos.

Gepta colocó el objeto cuidadosamente sobre el cristalino escritorio de Duttes Mer donde pareció contorsionarse y latir sin realmente moverse. El gobernador contempló el objeto con una expresión en su cara entre el abatimiento y la avaricia.

—Tenemos motivos para creer, —siseó Rokur Gepta—, que este objeto es quizás una llave que lleva a la propia *Arpa Mental*, aunque sólo es una suposición. Fue... como solemos decir, adquirida en un sistema lejano; en un pequeño y andrajoso museo. Pero originalmente proviene del sistema Rafa y es un artefacto Sharu. De eso no cabe ninguna duda.

En cierto modo y sin ser informado, Lando supo que habría cantidad de aventuras, traiciones y engaños detrás de la incompleta explicación que Gepta le había dado. No tenía dudas de que era una historia siniestra e incalculable.

—Una llave, —repitió—. ¿Qué demonios abre, si se puede preguntar?

—Puede preguntarlo, —replicó el hechicero con un susurro amenazador—. ¡Pero con un trato de mayor respeto en el futuro del que está acostumbrado!

—¡Mil perdones! —Lando trató de mantener a raya el sarcasmo que sentía de su voz consiguiéndolo parcialmente—. Imploro saber que abre esa llave, noble hechicero.

Gepta hizo una pausa tratando de medir la sinceridad de Lando, luego, desechó el asunto como si no tuviese importancia. —Hay pruebas que indican que proporciona acceso al lugar donde está el *Arpa Mental* de los Sharu. El *Arpa Mental* es el foco de miles de rituales Toka. Los estúpidos creen que produce una música tan dulcemente apremiantes que simplemente es preciosa y capaz de influir en el más insensible de los corazones aún a través de las vastas distancias del espacio.

Rafa era un sistema multiplanetario, pero dado el espacio de duro vacío entre planetas, Lando se reservó su criterio. Ya había visto originarse leyendas antes.

Gepta mencionó que algunas versiones de las leyendas decían que el *Arpa Mental* era el medio de comunicación principal entre los poderosos Sharu y sus "*mascotas*" humanas. Cómo era el *Arpa Mental* y donde se encontraba, eran preguntas que permanecían sin contestar.

Dependía de Lando contestarlas.

O no.

Por su parte, Lando se preguntó qué valor podría tener aquel instrumento para un gobernador de sistema o un hechicero de Tund. También se preguntó acerca de aquel anónimo y terrible hecho que había obligado a los supuestamente todopoderosos Sharu a huir de su sistema natal como ratones aterrorizados.

—Bien, —contestó finalmente—, ¿Qué es lo que gano yo si encuentro el *Arpa Mental* para ustedes?

El hechicero cambió ligeramente de dirección su silla y concentró en Lando su fija mirada aterradora. —¿Que tal continuar en libertad?

Por primera vez desde que trajo la silla para el hechicero, Duttles Mer encontró los medios para hablar por sí mismo. —También está por considerar su nave.

—¡Y su vida!, —terminó Gepta con un tono que hizo cimbrear los huesos de Lando.

Lo ignoró, fingiendo una indiferencia que no sentía: —Bien, —dijo—, dos de tres no están mal. Estaba planeando vender la nave.

—¡La necesitará para lo que va a hacer, estúpido mortal! —Gepta pareció repentinamente aumentar de tamaño y poder—. Este sistema está completamente cubierto de ruinas Sharu. No tenemos ni idea de en cuál de ellas yace el *Arpa Mental* aguardándonos. Usted muy bien puede necesitar la nave para...

—Bien, Bien. Ya le entendí. —en secreto, Lando se felicitó a sí mismo por haber logrado interrumpir al hechicero. Odiaba ser intimidado por alguien y había hecho prácticas contra la intimidación lo más rápido posible—. Obtengo una nave que no quiero, mi vida y mi libertad que ya las tenía antes de tropezarme con esta rústica metrópolis de ustedes. No quiero mostrarme desagradecido mis estimados compañeros, pero negociemos una bonificación. ¿Algo por los gastos?

Mer se inclinó hacia adelante sobre su escritorio, un hecho que no era particularmente fácil considerando su torso como el tronco de un árbol y su cuello, del que la naturaleza no pareció dotarle. Un gesto amenazador hizo más oscura su cara a medida que habría su boca para hablar, pero fue detenido en seco por un siseo de Gepta.

—Incentivos, mi estimado gobernador, incentivos. No se puede sellar las conexiones de entrada de un droide que refina combustible. Efectivamente ofreceremos a nuestro valiente capitán una pequeña recompensa. Capitán Calrissian, ¿un cargamento completo de cristales vitales de los huertos sería aceptable?

El tono en la voz del hechicero implicaba que era mejor que así fuese. Mer observó agriamente a Gepta; podría tenerle miedo al ser de la túnica gris, pero era su pan y sustento con lo que estaba negociando. Abrió la boca y viendo la seria expresión de Gepta, volvió a cerrarla reprimiendo un gemido.

Lando sonrió abiertamente. —Me imagino que hará falta bastante papeleo habilidoso para que no se note el faltante.

—Lo que sea necesario, mi querido capitán, —el hechicero se giró desdeñosamente hacia Mer y el gobernador se encogió bajo su mirada—, para eso están los burócratas.

—De acuerdo, Gepta, hasta ahora me parece bien; pero, ¿quién me asegura que no mantendrá confiscada mi nave y me devolverán a los dulces guardias de paz locales una vez que consiga el *Arpa Mental* para ustedes? La oferta más extravagante del Universo es un precio barato si usted no se propone...

—¡Paz! —se produjo una larga pausa de consideraciones, luego—: Le entregaremos el cargamento antes de que comience la búsqueda del *Arpa Mental*; ¡Silencio, gobernador!, sin embargo enviaremos a nuestros sirvientes al espaciopuerto de Teguta Lusat para incapacitar a su *Halcón Milenario* para dejar el sistema en caso de que decida jugar contra nosotros, pero dejándolo perfectamente adecuado para el recorrido de planeta a planeta dentro del sistema. Una vez que haya traído eso que todos nosotros buscamos tan apasionadamente, su nave será reparada y usted será libre de irse. ¿Está conforme?

Lando se quedó pensando. Aún no era mucha garantía. De hecho era el mismo pésimo trato de antes con la diferencia de que el cebo eran las capacidades de su ultra rápido carguero en lugar de los cristales vitales. A pesar de eso, estaba seguro de que era todo lo que iban a ofrecerle.

Era muchísimo más de lo que esperaba después de que los hombres de Mer le hubiesen caído encima.

—Muy bien, —dijo con un suspiro de rendición que le hizo parecer medio ingenuo—. Es mejor que sentarse en prisión.

O que te succionasen la mente en los huertos vitales, pensó con desagrado para sí mismo.

V

—¡No tengo la más mínima idea!, de todos modos, ¿cuál es ese posible negocio suyo?

Lando espió malhumoradamente a lo largo de la angosta calle lateral hacia una pasarela de tránsito. Al menos su llamativo traje de capitán le había sido devuelto al igual que su pequeño lanza rayos aguja. Este último como un toque decorativo, concluyó amargamente, siendo incluso otro mensaje educativo de Rokur Gepta y Duttles Mer, subrayando irónicamente lo que imaginaron sería para él un desamparo absoluto. Bien, tendrían que aprender mejor.

El problema era que por el momento, Lando no sabía cómo llevar a término su labor.

Vuffi Raa habló rápida y ruidosamente junto a él, llevando el resto de su equipaje maltratado durante el asalto a la habitación del hotel.

—Pero amo, digo capitán...

—¡Lláname Lando!

—Err, Lando, ¿cómo puedo ayudarle si no me dice que es lo que se requiere de nosotros? No se nada sobre lo que está sucediendo. He pasado toda la noche en las dependencias de propiedades confiscadas en el cuartel general de la guardia colonial de paz, aplastado entre fardos de sustancias ilícitas para fumar y cestas metálicas llenas de vibrocuchillos, hachas homicidas y cosas por el estilo.

Recordándolo, el pequeño droide sufrió un estremecimiento mecánico involuntario originado en las juntas de su torso y extendiéndose a lo largo de los cinco tentáculos de sus delgadas extremidades.

Las bolsas de Lando oscilaron hasta que se le pasó el ataque.

—¿Sabía usted, —dijo el droide con una voz doblegada y conciliadora—, que la mayor parte de los asesinatos entre parejas en este sistema han sido consumados con sartenes planas de titanio?

Lando se detuvo repentinamente clavando una mirada de enfado en Vuffi Raa. —¿Por un golpe directo en el cráneo, o simplemente por mala cocina? Mira mi pequeño albatros mecánico, no hay nada personal en esto. Simplemente es que no tengo ni una débil pista de dónde debo comenzar la estúpida búsqueda con la que me han chantajeado y espero una futura oportunidad de conseguirlo si no tengo que perder el tiempo tropezándome encima con un inservible...

—Amo, no tengo el deseo de oponerme a su voluntad con respecto a ese punto. De hecho, algo semejante violaría mi programación más fundamental al extremo de dejarme incapacitado. Sin embargo...

—¡Me importa un bleo lo que le ocurra a tu capacitador!

—Sin embargo, antes de que usted me venda nuevamente, estoy determinado a probarle que ciertamente estoy lejos de ser inservible. Quizás incluso indispensable.

Lando se detuvo nuevamente en medio de la pasarela, mirando hacia abajo y con desprecio a la pequeña maleta que era el autómatas. Aspiró profundamente.

—Eso, mi estimada colección de cobardía, sería algo que habría que ver. ¿Qué es lo que tienes en mente?

Vuffi Raa hizo una pausa. Se produjo un largo silencio donde los vehículos aéreos y repulsores fueron repentinamente audibles produciendo sonidos sibilantes por la estrecha y retorcida avenida.

Sin previo aviso, el droide repentinamente habló nuevamente.

—Eso es lo complicado; creo que por fin lo entiendo. La habitación del hotel. Los guardias coloniales. Sus gritos pidiéndome ayuda. Su prerrogativa, como yo lo entiendo, es que debía haber sido algo más, err... físicamente demostrativo. ¿Incluso quizás con riesgo de empeorar los cargos contra usted?

Lando giró sobre un talón de su bota continuando su marcha calle abajo. Un aerobús pasó albergando media docena de turistas que escuchaban estúpidamente la conferencia del droide conductor sobre lo poco que se sabía de los Sharu.

—¡Amo! —lloró el droide detrás de él y corriendo a toda prisa se puso a su lado—. ¡Allí no había nada que yo pudiese hacer! Tengo especialmente prohibido por mi programación básica de...

—¡Guárdatelo! —bufó Lando, dando una satisfacción visceral en los monosílabos. Esta vez mantuvo su espalda contra Vuffi Raa sin siquiera reducir el paso. El droide, con una aceleración repentina y algo torpe debido a las bolsas de su amo, se deslizó alrededor de Lando y se detuvo interrumpiendo el progresivo mal genio del joven jugador.

—Señor, no estoy programado para la violencia. No puedo dañar a un ser sensible orgánico o mecánico del mismo modo que usted no puede agitar sus brazos y salir volando de este planeta.

—Eso salta a la vista, —afirmó Lando sorprendido por la repentina e insistente solemnidad del droide—, y demuestra que después de todo yo estaba en lo cierto. —rodeó al droide y comenzó a andar nuevamente—. Eres inútil.

—¿Está diciendo entonces, —inquirió la baja voz del droide a la espalda del capitán que se alejaba—, que la violencia es la única solución a este problema? ¿La única capacidad útil y deseable para usted en un amigo o compañero?

Lando se quedó congelado con un pie aún en el aire para dar su próximo paso. Se detuvo completamente ante la revulsión helada que escuchó en la voz de Vuffi Raa. Colocó su pie sobre el suelo y lentamente comenzó a girarse hacia la máquina. No sólo estaba discutiendo con una máquina, encima estaba perdiendo.

Por supuesto el pequeño droide estaba en lo cierto. ¿Por qué si no, él mismo, insistía en llevar una mínima y pequeña arma oculta en los pliegues de su fajín? Los seres de cualquier especie o construcción actuaban con su mente y sobrevivían con su ingenio. Sólo un bruto estúpido automáticamente se limitaría al recurso de sus puños o a los de un amigo.

Eso detuvo a Lando por segunda vez: *¿Estaba comenzando a considerar a Vuffi Raa como su amigo?*

—Bien, amo, —meditó Vuffi Raa—, como entiendo la situación, usted debe ir en busca de lo que sea que abre esa llave. Pero usted no tiene idea si el cerrojo podría ser más metafórico que material en este planeta. ¿Cierto?

Lando inclinó la cabeza resignado. Había dejado pasar tres aerobuses al espaciopuerto sin pararlos mientras detenidamente explicaba las cosas al droide.

—Ya lo sabes. Es exactamente como acabo de decírtelo. Hasta ahora, viejo glotón de lubricante, sólo has probado tu utilidad como porteador de maletas y grabador de audio. ¿Tienes algún otro talento que no hayas revelado?

Se giró en la pasarela de tránsito dándole la espalda al pequeño droide. No estaba tan molesto con Vuffi Raa por ser inútil como por el hecho de que el pequeño droide le había obligado a enfrentarse con algunos de sus defectos.

—Perdóneme amo, pero toda mi lubricación interna está permanentemente sellada y no requieren de fluidos...

Lando se giró repentinamente. —Muy bien, corta esa literalidad robótica. Eres una máquina muy aguda para eso y ambos lo sabemos. ¿Qué quieres decir? ¿Tienes algunas ideas? Estoy sin opciones.

Algo semejante a un destello humorístico apareció por un fugaz momento en el ojo rojo de Vuffi Raa. —Sí amo, sé de algo antiquísimo e histórico y útil para estudiar; sé precisamente dónde buscar información.

Lando frunció el ceño, se puso de buen humor y dio un salto fuera del banco de la pasarela de tránsito. —¡Por la Eternidad!, por supuesto. ¿Por qué no lo dijiste antes? ¿Por qué no lo pensé yo? ¡Claro que merece la pena intentarlo! Después de todo parece que podrías ser útil. —Lando, andando rápidamente cruzó un conjunto de edificios por la pasarela y cambiando de dirección en la siguiente esquina, entró en un bar; luego, sacó violentamente la cabeza de nuevo a través de las puertas giratorias.

—¡Espérame aquí fuera! —gritó señalando la ventana del establecimiento:

NO ZAPATOS, NO CAMISAS, NO CASCOS CON SISTEMAS DE FILTRADO.
NO SERVICIOS.
NO PERMITIDO DROIDES.

—¡Pero amo! —protestó el pequeño droide hacia las puertas repentinamente vacías—. ¡Me refería a la biblioteca pública!

Habiéndose deshecho de su no bienvenido e inútil compañero, Lando se introdujo en la fresca quietud del "*Polipirámide*", uno de los locales más frecuentados de Teguta Lusat. No vio nada especial sobre si el lugar era discreto o no; meramente había entrado en el más cercano de los bares de la pasarela.

Se sentó en una mesa.

Lo que había necesitado desde un principio y supo apenas un minuto después de dejar la oficina del gobernador, era alguna clase de concentración

de los clanes Toka. Desafortunadamente, la vida raramente proveía lo que uno realmente necesitaba. Para juzgar lo que Gepta le había contando, la única gente que conocía la verdad acerca de lo que les había pasado a los Sharu eran demasiado primitivos o incapaces de mantener una conversación o cualquier otra cosa. No tenían poblados, ni tribus, ni siquiera núcleos familiares.

De vez en cuando y a intervalos imprevisibles, los Toka simplemente se congregaban en pequeños grupos para aullar a la luna como perros salvajes. *Rafa IV no tenía luna, pero, pensó Lando lo que contaba era el hecho.*

Bien, razonó el joven jugador desde su asiento advirtiéndole la presencia fidedigna de Tokas antes de saber quienes o qué estaban en los salones, normalmente limpiando los suelos o puliendo las escupideras, la clase de trabajo reservada en otros sistemas a los de clase inferior y que los posaderos podían ofrecer para recrear sus prejuicios y los de su clientela en contra de la minoría mecánica; los esclavos Toka eran más hábiles y mucho más baratos.

Lando miró alrededor. Había seleccionado una mesa aproximadamente en el centro del local, a mitad de camino del fondo, y a mitad de camino entre la barra, la pared izquierda y vacía del local y la trastienda opuesta a la pared. Ordinariamente, tenía preferencia por una colocación donde pudiese ver lo que pasaba y no tener que darle la espalda a la puerta, quizás por cubrir su retaguardia.

Ahora, tenía que aparecer la cosa importante.

El "*Polipirámide*" era un establecimiento activo. En las paredes pinturas chocantes alternaban con escenas deportivas de una docena de sistemas. En planetas menos cosmopolitas, fotos de hembras desnudas predominarían pero, en un lugar donde un desnudo era una pesadilla, la sensualidad había cedido terreno frente otros artículos como la fauna galáctica la cual estaba clavada en las paredes o suspendidas con alambres del techo: Truchas peludas de Paulking XIV, por ejemplo, y un gato salvaje de Douglas III.

Como era habitual en los bares estaba brillantemente iluminado y ruidoso, especialmente considerando el pequeño número de clientes que había a esa hora temprana de la tarde. Por ambos lados de las puertas estaban colocados un par de taladros láser gigantes, evocaciones de las profundas minas de Rafa III donde eran colocados por los trabajadores de permiso.

En el interior, los omnipresentes nativos vaciaban ceniceros en un contenedor residual.

El camarero, un espécimen flaco y huesudo de intederminada edad media se aproximó a Lando, estrujando sus nudosas manos en un delantal verde oscuro. El poco pelo que poseía estaba peinado hacia atrás y los laterales de su otrora reluciente calva cortados a un tamaño muy pequeño. Tenía una nariz que sus amistades podrían haber denominado considerable; otros, espectacular. Tatuada permanentemente debajo de ella, una sonrisa humilde, acentuada por un pequeño lunar en su barbilla.

—Los bares para pilotos están todos ciudad abajo, alrededor de tres bloques amigo, —dijo con un arrastre peculiar—. Esto es un tugurio para los duros mineros de la roca.

Lando arqueó una ceja.

—No estoy diciendo que no pueda beber aquí, sólo que es probable que ya no quiera hacerlo una vez que el personal de R&R fuera de turno empiece a llenar el lugar.

Pareció un discurso largo para el alto y delgado hombrecito. Permaneció allí balanceándose sobre sus pies, relajado pero preparado y mirando hacia Lando bajo sus párpados entreabiertos con una colilla de puro colgando de su boca. Una larga y peligrosa mirada nudosa apareció sobre su delantal de barbero.

Lando inclinó la cabeza ligeramente. —Gracias por el consejo; me voy a encontrar con alguien aquí. ¿Tiene caféina para servir? —hasta que no se había sentado casi había olvidado el sueño que había perdido la pasada noche. Ahora le estaba pasando factura.

—Algunos de mis mejores amigos lo beben, —replicó el camarero—. Le traeré una taza.

Comenzó a marcharse y luego hizo una pausa y se volvió hacia Lando. —Recuerde lo que le dije, amigo. Entablillados y vendas le costarán extra.

Lando saludó nuevamente con la cabeza, extrajo un puro del gobernador del bolsillo de su pecho y se echó hacia atrás. Entonces, casualmente cogió la llave de su bolsillo interior. La pesadilla optometrista no se veía directamente, incluso firmemente sujeta en sus manos. Primero pareció tener tres puntas, luego dos, dependiendo del punto de vista. Si tú mismo no cambiabas el ángulo para mirarla él mismo lo cambiaba por ti. Lando desvió sus ojos.

Estuvo sentado unos cuarenta y cinco minutos sin observar ningún tipo de reacción evidente de cualquiera. Hacía ya bastante tiempo que se había acabado su taza de caféina y terminado su puro. Al final se levantó, dejó una pequeña propina sobre la mesa, inclinó la cabeza ante el pequeño y malhumorado camarero y salió a la pasarela.

—¿Amo?

—¡No me llames amo! Vamos a buscar otro bar.

VI

El siguiente local lucía una pequeña placa de bronce al lado de la puerta que declaraba: ESTAS INSTALACIONES NO ABASTECEN A MECANOSAPIENS.

Lo que significaba "no se permiten droides."

Incluso si no fuese cierto, no era una definición original. Vuffi Raa dispuso de una sala de espera donde se estacionó a sí mismo, bastante bien provista, tranquila y con receptáculos de recarga. Sólo la intolerancia de la clase más agradable era practicada allí. Lando le dejó allí con otra pareja de droides viendo una serie doméstica en estéreo.

En el interior tres Toka vertían agua sucia por todo el suelo del local. Que ellos y sus patrones pensasen que fregaban, solamente demostraban que esas pretensiones y el saneamiento no necesariamente iban conjuntamente.

El local no estaba oscuro y los bebedores habituales no habían llegado tampoco. No tenía importancia; Lando no estaba interesado en ellos.

Cerca de una hora transcurrió esta vez, con Lando sorbiendo un caliente estimulante y jugueteando discretamente con la llave. La cosa era tan evasiva al tacto como a la vista y lo descubrió cerrando los ojos y examinándolo con la mano. "*Perversa*" podría ser un mejor calificativo e incluso nauseabundo en cierta forma. Abrió los ojos con algo parecido al alivio.

En varias ocasiones, pudo haber jurado que uno u otro de los nativos clavaban fijamente sus ojos en él cuándo no miraba en su dirección.

Lo cual era precisamente lo que había estado esperando. Comenzó a permitirse una débil esperanza.

Otra hora y dos locales más, le llevaron al "*Hombre del espacio*", el primer establecimiento que visitó en Teguta Lusat el día anterior. Le pareció que había sido hacía mil años. El propietario alienígena de perfecto bigote no se veía por ninguna parte tal vez porque era demasiado temprano, pero el bardroide parecía haber accedido a sus bancos de memoria. Reconoció a Lando con una cordial inclinación de cabeza.

Para ese entonces, el jugador estaba completamente despierto gracias a la cafeína. Se apoyó contra la barra, pidió una verdadera bebida, la cogió y fue a una mesa donde se sentó desplegando discretamente la extraña llave como antes para todos los que pudo ver.

Había una cosa diferente en el lugar: su clientela de muchas especies y su bardroide promovieron que Lando no dejase a Vuffi Raa en la calle. Después de todo, el pequeño compañero era un objeto valioso de propiedad (para alguien, algún día, esperaba Lando), y tampoco le gustaría que lo robasen.

Aquella pequeña fortuna mecánica en ese mismo momento se aproximaba al bar, emitiendo unos toques electrónicos mientras el camarero sacaba brillo a las copas. Lando siempre se preguntó qué hablaban los droides entre ellos, pero nunca lo suficiente como para escuchar a escondidas.

A pesar de la atmósfera tolerante del "*Hombre del espacio*", el usual sirviente Toka estaba allí; un miserable entrado en años, distribuyendo aserrín plástico sintético de un cubo sobre el suelo. Lando se quedó expectante cuando las virutas alrededor de su mesa se arremolinaban; como dos o tres veces el espesor normal con respecto al resto del piso del bar.

El Toka continuó dando vueltas renuientemente fascinado, como un insecto alrededor de una luz brillante. Clavó los ojos en la llave, sacudió una mirada preocupada hacia la barra y luego nuevamente se volvió hacia la llave, atraído irresistiblemente. Si se había preocupado por la reacción del cantinero, entonces no debería molestarse; el droide no pareció fijarse envuelto en su trabajo y su conversación con Vuffi Raa. Tal vez la productividad nativa no era su departamento.

En un impulso de curiosidad y para ver que ocurría, Lando colocó la llave de vuelta en su bolsillo.

Bruscamente, el Toka dejó caer la cubeta al suelo con un ruidoso golpe y salió desbocado a través de la trastienda del local dejando una cortina de tela meciéndose detrás de él y unas cuantas bocas abiertas entre los escasos y dispersos clientes. Normalmente, ninguna cosa inducía a los letárgicos y prematuramente seniles nativos a hacer nada apresuradamente.

Lando contuvo su aliento: *¿Podría ese golpe de suerte llegar tan pronto?*

Le hizo señales al bardroide para otra bebida. Vuffi Raa le trajo la bebida al jugador.

—Todavía creo que haríamos más progresos en la biblioteca, amo. — colocó el vaso en la pulida y oscura superficie de la mesa. Lando estaba tomando *Talmog* esa noche; una parte de etanol mezclada con otra de jugo extraído de la rosa Lyme, popular en un sistema sin sol, a cientos de años luz de distancia. Ardía. Lando odiaba las cosas, que les hacían pedir otra bebida si podía consumir la primera poco a poco y re-helarla toda la noche si fuese necesario.

—Escucha pequeño amigo, déjame hacer a mí. Para tu información creo que realmente he conseguido algo.

—¿Un indicio, amo? —el droide estiró un tentáculo libre hacia el suelo, recogió un poco de aserrín y lo acercó a su enorme ojo rojo—. Pensé que el local estaría más limpio que esto. Quizás la Junta de Higiene...

—Vuffi Raa, ¿Te gustaría ser reprocesado en latas de sardinas?

Por segunda vez en aquella tarde hubo un destello de humor en el ojo del droide. —Amo...

—No me llames... —Lando se detuvo. El esparcidor de aserrín que había observado al jugador tan estrechamente había ido en busca del verdadero abuelo de abuelos entre los venerables patriarcas nativos; un anciano marchito y encorvado por el peso de su larga vida.

El bardroide había parado de limpiar vasos manteniéndose en silencio a la vez que observaba al geriátrico nativo cojear hasta el joven jugador. El pelo blanco del viejo colgaba en entrelazadas marañas sobre sus hombros.

—Señor, —el anciano Toka respiraba con dificultad y apenas audible, se inclinó respetuosamente hasta que su frente tocó la parte superior de la mesa—. Es como se relata. Usted es el Portador y el Emisario. Eso que usted tiene es ciertamente la legendaria llave perdida hace mucho tiempo.

El otro Toka repentinamente no era visible por ninguna parte. De alguna manera el embrujo se había roto. El bardroide hizo un encogimiento de las junturas de sus hombros articulados y reanudó su trabajo.

—Yo, err...

Ahora que Lando había encontrado a su contacto, se percató de que no sabía qué hacer. El anciano recorrió con la mirada a Vuffi Raa. Lando le dio al pequeño droide una mirada penetrante, la cual no sirvió para liberarse de la máquina en lo que podía ser un punto delicado en aquel momento. Vuffi Raa se quedó de pie junto a la mesa con toda su atención centrada en el viejo Toka.

—Señor, —repitió el anciano—. Soy Mohs, el Gran Vocalista de los Toka. ¿Sabe usted qué es lo que tiene guardado en su cuerpo? —el personaje envejecido se enderezó tanto como fue capaz y Lando advirtió un tatuaje en su frente; un burdo dibujo lineal de la propia llave.

—Un artefacto inexplicablemente extraño—, respondió y palmeó inconscientemente el bulto irregular colocado en el interior del bolsillo de su chaqueta—. Algún tipo de broma pesada en tres dimensiones. Pero por favor, siéntese. ¿Quiere algo de beber?

El anciano echó un vistazo alrededor. Una expresión furtiva afloró en las profundas arrugas de su cara. El tatuaje se arrugó en su frente.

—Algo semejante no se nos está permitido, señor. Yo...

—Amo, —interrumpió nuevamente el droide.

—¡Cállate Vuffi Raa! Bien viejo compañero, —dijo recurriendo a Mohs—. ¿Podría decirme usted algo más sobre la llave? —sacó el objeto y lo sostuvo en una mano.

Mohs respiró con dificultad un momento antes de poder articular las palabras. —Entonces, ¿desea probar a este su servidor? Por poco que sea, señor. Sus deseos son órdenes.

El Toka lanzó un gorgoteo largo parecido a un gemido en un lenguaje vagamente familiar para Lando. Quizás un dialecto oscuro de algún sistema que había visitado.

El efecto en la docena o así de clientes no fue exactamente de agrado: observaron y escucharon, pero Lando no pudo dejar de pensar que las expresiones de sus caras eran todo menos amigable. Se encontró a sí mismo deseando estar sentado un poco más cerca de la puerta.

El monólogo del Toka siguió sin parar con una de las huesudas manos de Mohs señalando ocasionalmente la llave y el resto del tiempo su marchita cara mirando hacia el techo. Finalmente, el canto cesó.

—¿Lo he recitado correctamente, señor?

Lando rascó su barbilla perfectamente afeitada. —Seguro. Perfectamente. Y ahora como otra prueba ofrézcanos una versión abreviada en el idioma local. —dijo indicando al resto de la clientela—. Podría conseguir unos pocos conversos entre los paganos. ¿Cree que podrá?

—¿Señor?

El viejo estiró temblorosamente una mano hacia la llave pero aparentemente y pensándolo mejor, retiró su mano nudosa con una renuencia obvia y luego comenzó. —Esta es la llave del "*Pueblo Quebrado*", la Liberadora, la Abridora de Misterios. Es la Iluminadora de la Oscuridad, la que Enseñará el Camino. El Instrumento para el Fin. Es...

—Espere, Mohs, solamente dígame lo que hace.

—¿Por qué?, señor, como usted sabrá perfectamente...

Mohs terminó repentinamente. ¿Fue aquello un indicio de escepticismo en los ojos del anciano Gran Vocalista? El Toka comenzó de nuevo, con un tono levemente diferente en su voz.

—Revelará el *Arpa Mental*, la cual a su vez...

—¡Tonterías! Mire, Mohs. Como Portador oficial de la llave, personalmente le he seleccionado a usted, puramente en sentido ceremonial por supuesto, para encabezar el peregrinaje a donde la usaremos. ¿Qué piensa de eso?

El pensamiento de que todo estaba sucediendo con demasiada facilidad, comenzó a colarse en la mente de Lando, pero lo reprimió salvajemente. Estaba ineludiblemente comprometido con su trabajo y dio la bienvenida a cualquier pista que le llevase a realizarlo.

—¿Que otra cosa podríamos hacer, señor? Debe ser como ha sido cantado, si no, no se nos habría transmitido desde el principio.

—Estoy seguro de que hay un fallo en su lógica, pero ahora estoy demasiado cansado para ir a escarbar en busca de eso. ¿Cuándo podría comenzar entonces?

El viejo levantó sus nevadas cejas y la burda representación de la llave en su frente se aplastó como un acordeón.

—En este mismo instante señor, si ese es su deseo. Nada reemplazará su sagrado plan.

Levantó sus ojos hacia el techo del local nuevamente.

—Bien, —respondió el jugador, una vez la mirada fija del nativo volvió de su embelesamiento—. Pero creo que...

—¡Amo! —el tono del pequeño droide era urgente.

—¿Qué pasa Vuffi Raa?

—¡Amo, hay problemas acercándose!

—Precisamente lo que necesitamos. —gimió Lando.

Repentinamente, un hombre con un bláster en mano atravesó la puerta.

—¡Muy bien, chico del espacio! —gruñó apuntando su arma hacia el jugador—. ¡Prepárate para morir!

VII

—¡Señor Jandler! —gritó el bardroide con un aterrado armónico en su voz electrónica—. Lo siento terriblemente señor, pero mi dueño ha restringido permanentemente su entrada en...

—¡Cállate, máquina! Ahora, ¿por donde demonios iba? Oh, sí, itú! ¡Si, estoy hablando contigo! ¡Exactamente como Bernie me dijo abajo en el "PoliPirámide"! ¡No solo un lloriqueante droide robado en la mesa, sino también un sucio Toka! ¿Qué eres piloto? ¿Alguna clase de pervertido?

Los pocos clientes en el establecimiento instantáneamente despejaron un ancho pasillo entre Lando y el extraño.

—No lo se, —contestó Lando equitativamente—, no es mi inclinación espiar. Ahora, ¿quién demonios eres tú en nombre de la galaxia?

El hombre tenía un buen tamaño, tal vez ochenta y cinco kilos y quizás un poco por debajo de los dos metros de alto. Sobre su mono azul verdoso que cubría su amplio cuerpo llevaba una camisa azul oscura y un pañuelo en el cuello. *Está aseado, limpio, afeitado y sorprendentemente sobrio para ser un matón*, pensó Lando. *Y con sorprendente buen gusto también.*

El hombre se acercó; el cañón de su bláster no vaciló.

El bardroide se apresuró hacia la mesa de Lando colocándose entre los dos hombres. —Es el anterior dueño del "*Hombre del espacio*", capitán Calrissian. Eso fue antes de que yo comenzase a trabajar aquí. Cuando el local cambió de dueño trató de poner una cláusula en el contrato, para nunca permitir...

—¿Qué significa eso de "*trató*", miserable montón de basura? ¡Un contrato es un contrato! ¡Las personas tienen derecho a hacer los contratos como quieran!

Aparentemente indeciso entre disparar al joven jugador o al droide, Jandler ondulaba su bláster de una forma que provocó nudos en el estómago de Lando. Si llegaba a una elección, Lando espero que eligiese al bardroide como trabajo menos sucio; el matón parecía tener alguna susceptibilidad estética. El droide, aguantó su posición.

—No cuando en el sistema hay una amplia ordenanza contra la discriminación señor, y sobre todo cuanto usted perdió el local en un juego de mesa frente a una persona que no cree en la discriminación.

El hombre se giro hacia la máquina y Lando pensó en saltar sobre él en ese mismo momento, pero mientras lo pensaba bajó el arma con fuerza golpeando el domo de plexiacero provocando un crujido repulsivo.

—¡Eso por tus reglamentos! —gritó—, y esto por... *¡OWCH!*

—Nunca debería golpear a un droide, señor, —aconsejó Vuffi Raa comprensivamente a la vez que el hombre saltaba sobre un pie herido. De alguna manera, Jandler encontró la concentración para mirar fija y amenazadoramente al droide creado como una estrella de mar.

—Totalmente cierto, —dijo Lando desviando la atención de Jandler—. Podría haber otro droide. ¡Atácale Vuffi Raa!

Jandler pasó su mirada rápidamente hacia Vuffi Raa de nuevo. Los cinco tentáculos giraron hacia su amo en el desconcierto, pero la distracción surtió efecto. El desconocido dio un desagradable paso hacia Vuffi Raa para

defenderse contra el pequeño y totalmente inofensivo droide, y el bardroide, a pesar de su cráneo gravemente abollado, golpeó contundentemente a Jandler en la parte de atrás del cuello con una silla que Lando le había acercado empujándola con la punta del pie.

Jandler se desplomó como un saco de fertilizante de mynock.

Una ovación aumentó de la docena o así de clientes en el local. Comenzaron a reunirse en torno a la mesa de Lando ignorando injustamente al herido y heroico bardroide, apretando la mano del jugador y dándole palmadas en la espalda.

—Estoy complacido..., —comentó Lando con un grito sumamente necesario ya que no se había subido a la silla durante la exaltación y ahora recibía un golpeteo de sus nuevos admiradores—. Estoy complacido de ver que no todos los droides están categóricamente en contra de la violencia. —más específicamente para la multitud, dijo—, Gracias, no ha sido nada, honestamente, muchas gracias.

—Sólo está programado para comenzarlas, señor, —contestó el bardroide—. Con perdón, voy a sacar a este hombre a la calle. Como indemnización por el disturbio, ¿Aceptaría una bebida a cargo de la casa?

—Tengo una sobre la mesa delante de mí. Trae una para mi amigo. ¿Mohs?

Lando se levantó. Mohs se había marchado.

Al igual que la llave.

Girando rápidamente, Lando vio la cola deshilachada de una prenda gris moviéndose rápidamente a través de la cortina de la trastienda del local. Corrió a través de la pequeña multitud y del local a una velocidad que sobresaltó incluso a los droides.

Había cogido...

Y recibió una colección de nudosos nudillos en los dientes.

Escupiendo sangre, Lando agarró la muñeca nudosa y tiró hacia abajo por el borde carnoso de la palma. Mohs dejó escapar un aullido agudo y a la vez golpeó el cráneo de Lando con la llave en su mano izquierda. Soltando el brazo del viejo, Lando, aturdido, asombrado y enfadado fue a por la garganta con ambas manos, recibiendo la rodilla de Mohs, por contrapunto directamente entre sus piernas.

Lando gimió y cayó de rodillas tratando de no vomitar.

Aquello sin embargo, le colocó en una situación de ventaja. A medida que el viejo nativo se preparaba para un segundo golpe con la llave Sharu, Lando no se lo pensó agarrando el sucio y desnudo tobillo y tirando de él. Mohs cayó sobre su espalda y Lando sobre él, con el viejo mordiendo y arañando.

Para ese entonces, Vuffi Raa se había colocado junto a su amo saltando y gritando consejos que Lando no podía detenerse a escuchar y los cuales seguramente no iban a seguir. No era una pelea justa. Por mucho que le hubiese gustado, Lando no podía golpear al indefenso viejo sumido en la esclavitud. Simplemente trató de agarrarse y cabalgar la furiosa tormenta hasta su fin.

Rodaron a través de la trastienda chocando violentamente contra cajas de madera y cartón y en algunos momentos contra las extremidades inferiores del bardroide quien se había unido a Vuffi Raa para dirigir y dar consejos no solicitados. En un breve momento de respiro Lando miró hacia arriba.

—Estas siendo de mucha ayuda, —dijo al bardroide.

El droide se quedó inmóvil. —Dar palizas a viejos está fuera de mi especialidad, capitán. Además, parece que usted necesita ejercitarse.

Abruptamente, Lando fue succionado nuevamente por la pelea. Mohs le asestó nuevamente un golpe en la cabeza pero más débilmente. Lando agarró la llave, luego hizo palanca sobre sí mismo sentándose a horcajadas sobre el Gran Vocalista Toka agarrando un mechón de enmarañado pelo blanco y haciendo rebotar la vieja cabeza una vez delicada pero contundentemente en el suelo.

Mohs se revolvió por un momento más zarandeándose y luego se detuvo completamente

—Travieso, travieso, Mohs, —jadeó Lando mirando hacia el viejo—. No es justo realizar "*Asuntos Divinos*" fuera de tiempo y sin contar con la ayuda del Portador de la llave.

Mohs ocultó su cara entre sus largas y esqueléticas manos. —Usted debe matarme ahora señor. He pecado en gran medida.

Con un esfuerzo considerable, Lando giró sobre sí mismo y se puso de pie estirando una mano al nativo para ayudarlo.

—Por el Gran Vacío, este ha sido el primer signo de espíritu que he visto en cualquiera de su pueblo.

Se sentó jadeando en una pila de cajas de cartón plástico en la sucia trastienda. —Pero de ahora en adelante, simplemente recuerde quién es el divino portador aquí, ¿vale? —levantó la llave—. Me encargaré de este "*perturbador ocular*" por el momento. Recuérdelo y nos llevaremos bien. ¿Vuffi Raa?

El droide rodó a su lado con los tentáculos en una maraña de excitación nerviosa. —¿Sí, amo? Lo siento, no podía ayudarlo antes, pero...

—Lo se, lo se. ¿Cuanto tiempo estimas que tardarán los sirvientes de Gepta en sabotear el *Halcón* de la manera que dijeron que iban a hacerlo?

El droide lo consideró. —No más de una hora amo. Es simplemente una cuestión de desactivar los toroidales dis...

—Ahórrame los detalles técnicos. —Lando se giró hacia el viejo que parecía recuperarse más rápidamente que él mismo—. Mohs, vamos a ir al espaciopuerto para empezar nuestra pequeña excursión. ¿Está listo para venir y comportarse?

El viejo inclinó humildemente la cabeza de modo respetuoso. —Si señor, lo estoy.

—Entonces, pongámonos en movimiento, y no me llame "*señor*".

Mohs miró furtivamente a Vuffi Raa e inclinó nuevamente la cabeza. —Si, amo.

—¿Mohs?, —Lando escudriñó cuidadosamente la figura arrugada—, ¿Está tratando de ser gracioso?

—¿Qué es ser gracioso, señor?

Lando suspiró, comenzando a resignarse con su permanente irritación. —Algo sobre este tema me confunde. Evito un confuso conflicto con aquel personaje allí fuera en el bar y luego usted va y trata de meterse en el negocio del Portador de la llave. Y no entiendo por qué Gepta y su gobernador de bolsillo necesitan que yo haga su trabajo sucio. Ellos tenían la llave. ¿Por que simplemente no... Vamos Vuffi Raa, salgamos de aquí. Necesito pensar. Dormiremos dentro del *Halcón* esta noche y tendremos una visión más fresca por la mañana.

Hizo una pausa y luego agregó: —Y quiero que me ayudes a preparar unas trampas explosivas en el caso de que alguien más quiera coger la llave.

—¡Amo, no estoy seguro de que mi programación me permita eso!

El droide se levantó impasiblemente, giró sobre sí mismo y regresó a la barra. —Buena suerte, señor. Creo que la necesitará.

Manteniendo un ojo sobre Mohs, Lando se dirigió a Vuffi Raa. —Muy bien, entonces, aunque podamos o no vencer tus escrúpulos cibernéticos, pasaremos la noche a bordo del *Halcón*. Sal ahí fuera y trata de localizar un transporte; un aerobús, un elevador, lo que sea. —se encogió de hombros inquietamente tratando de relajar un músculo dolorosamente retorcido en su hombro—. ¿Crees que habrá algún aerotaxi en esta espuria bola de barro?

El droide conocía una pregunta retórica cuando escuchaba una.

Lando le miró frotando su hombro amoratado, se puso de pie y se despezó.

—Espere un momento, señor. —era el viejo Toka—. No es conveniente que la montura del sirviente sea la misma que la de usted.

Lando bufó. —¿Que es lo que propone como alternativa?

Mohs sacudió su cabeza nevada. —No se preocupe señor por el suplicio menor de su servidor, pero vaya usted, siga su camino como su servidor seguirá el suyo.

—Bien dicho. ¿Quiere decir que se encontrará con nosotros en el espaciopuerto?

El viejo nativo parecía perplejo. —¿No es eso precisamente lo que he dicho?

—En algún momento supongo; se perdió en la transubstanciación. Muy bien viejo discípulo, siga su camino. —*Maldita sea, tenía un trabón en sus pantalones hechos a medida*. Simplemente, no estaban hechos para pelear—. Dejaremos una luz encendida en el lado derecho de la nave.

Salió por la puerta principal para unirse a Vuffi Raa. Mohs, probablemente salió por la puerta trasera. Un aerobús siseó delante de él casi inmediatamente. Lando y el droide se movieron rápidamente a través de los diez kilómetros que lo separaban del campo de aterrizaje en varios minutos.

Se quedaron atónitos.

—¿Qué en nombre del Núcleo es eso? —preguntó Lando al igualmente asombrado droide.

Fuera de la entrada de conexión, en el hueco entre los postes del campo de fuerza que rodeaba el espaciopuerto, una muchedumbre considerable e insólita se había congregado. Distraídamente, Lando pagó al droide conductor y se quedó con la mirada fija en los centenares de encorvadas figuras grises, vestidas con un taparrabos, cantando a las estrellas en una noche sin luna.

A medida que el jugador y su compañero se acercaban a ellos, los primitivos hombres caminaron hacia atrás en masa formando un ancho corredor. A un lado, un agente de seguridad del espaciopuerto fue visible a través de la cabina transparente de su caseta, gesticulando en el visicomunicador.

Lando y Vuffi Raa, avanzaron renuentes durante minutos a través de aquella multitud imprevisible, especialmente después de su reciente combate con uno de los nativos, continuaron un lento y majestuoso caminar a medida que el populacho se apartaban ante ellos sin dejar su rítmico cantar.

Al final del pasillo humano encontraron a Mohs.

VIII

Habían sido un par de días de largísimo insomnio. Lando ni siquiera quiso pensar cómo un viejo salvaje a pie había ganado a un aerobús impulsado por fusión a través de diez kilómetros de ruinas enredadas y esparcidas por la vía hasta el espaciopuerto.

Dejaré eso para el droide, se dijo a sí mismo, *para eso es un clase dos*.

Mohs, Gran Vocalista de los Toka por supuesto, había estado dirigiendo el cántico. Ahora, el viejo nativo hizo señales a los demás para que atenuasen la música de fondo a la vez que dirigía la palabra al jugador.

—Salve, Portador de la llave, —luego se giró hacia Vuffi Raa—, y Emisario. Ciertamente es como se había dicho. Por mucho tiempo os hemos esperado. Dígnese a decirles a sus sirvientes que es lo que sucederá después.

—Subiremos a bordo del *Halcón Milenario*, —Lando apuntó hacia la nave sobre el asfalto a unos cien metros y bostezó—. Nos meteremos en nuestras camitas y... iyipe!

Se paró repentinamente. A través de la superficie pavimentada, media docena de camiones repulsores con sus luces resplandeciendo como novas rodeaban la pequeña nave estelar junto con lo que parecían al menos dos brigadas de guardias coloniales de paz armados hasta los dientes.

—Dios mío, —dijo el jugador al droide—. Tu integridad ética permanecerá a salvo por esta noche al menos. Todo el mundo parece habernos ganado en llegar al espaciopuerto. Demasiado maravilloso para el transporte público. ¿Qué se supone que hemos hecho ahora?

—¿"Nosotros", amo?

—Muy divertido, mi fiel y leal droide. Tu apoyo me abruma.

Acercándose a la rampa de abordaje descendida, Lando, el droide y el Gran Vocalista Toka, quien se había separado de su congregación fueron a encontrarse con los guardias armados y acorazados, con sus blásters en mano y listos para usarse.

—De acuerdo oficial, pagaré los dos créditos. —Lando estaba cansado y enfadado. No quiso saber cómo habían entrado después de saber que la seguro la noche anterior. Pero mantuvo su tono de buen humor. Con aquellos tipos, merecía la pena.

—Buenas noches capitán, —respondió igualmente una voz que vino de debajo del casco con dos barras decorativas a través de su frente reflectante—. Estamos aquí para vigilar su cargamento mientras es subido a bordo.

—¿De veras? —Lando se asombró. Siempre sospechaba de la cortesía de los guardias. El soldado apuntó un dedo blindado hacia los camiones de los que una corriente estable de paquetes eran colocados en cintas transportadoras automatizadas hacia las escotillas abiertas de la bodega de carga del *Halcón*.

—Así es, —contestó el soldado, y luego añadió en un tono mas bajo y en cierto modo más personal—, espero que sus contusiones se curen bien. Fuimos cuidadosos. No fue nada personal entiéndalo señor, tenemos que seguir las órdenes.

Y muchas frases hechas moralmente evasivas a las que recurrir, pensó Lando a la vez que miraba con atención a través del anónimo casco visor. Lo

dejó. —Olvídelo mi estimado amigo, lo entiendo perfectamente. Intentaré y haré lo mismo por usted, algún día.

El agente rió entre dientes, rompió la cortesía golpeando los talones de sus botas y tirando de su pesada arma hasta colocarla en sus brazos. Lando escondió la sonrisa que le provocó la demostración y subió a bordo del *Halcón* con Vuffi Raa y Mohs detrás de él.

El interior del *Halcón Milenario*, pensó Lando por centésima vez, parecía más las entrañas de una gran bestia que la construcción humana inanimada que realmente era. Los grandes navíos estelares y otros con los que estaba familiarizado eran tan rectilíneos y organizados como el hotel en el que había pasado su incómoda noche en Teguta Lusat. Pero a bordo de su nave no había compartimentos o camarotes separados de ningún tipo ni ninguna marca clara entre el espacio de carga y el vital. Simplemente mucho espacio sin especificar actualmente lleno de cajas de cristales vitales altamente valiosos.

Lando miró el trabajo de los droides del espaciopuerto. Al parecer, Gepta se estaba guardando una parte del negocio. Lando hizo una anotación mental de analizar los cristales tan pronto como le fuese posible. No había nada sobre el hechicero o su lacayo gubernamental que le inspirara confianza, incluso si Lando fuese una persona confiada.

Dejando a Mohs en un lugar conveniente, Lando y Vuffi Raa se pararon junto a la sección de motores de impulso lumínico de la nave. *Han hecho algunos cambios. Y no para mejor*, pensó Lando.

—¡Oh, amo! —aulló el pasmado droide de clase dos—. ¡Mire lo que le han hecho! —se apresuró a los paneles de velocidad lumínica, y permaneció allí, estrujando sus tentáculos mecánicos y haciendo el tipo de agudo ruido que los humanos hacían pareciendo un doctor.

A lo largo de toda la pared los paneles de acceso habían quedado toscamente suspendidos. Cables desmontados y cortados colgaban sobre sus cabezas. Pedazos y restos pequeños de maquinaria, detritos mecánicos como tuercas, arandelas y materiales desechados estaban esparcidos por la cubierta. El débil hedor de las soldaduras y el plástico quemado, desafiaba los mejores esfuerzos del sistema de ventilación.

—Está un poco desordenador, muy bien, vieja chatarra. Pero no te apures, después de todo solamente es una máquina, y han prometido hacer reparaciones completas una vez nosotros...

—¿Sólo una máquina? —la voz del droide era escandalizada e histérica y denotaba incredulidad—. ¡Amo, yo también soy sólo una máquina! Esto es atroz, insufrible, cruel, malvado. Es...

—Oh, vamos Vuffi Raa, no agotes tu vocabulario. Tú eres una máquina inteligente. El *Halcón* es grande y rápido, pero ella es el medio, medio por debajo de ti en la escala de cosas. Por otro lado, no tenía que haber aceptado esta maldita, estúpida...

—Amo, —interrumpió el droide, con más delicadeza esta vez—, ¿cómo le haría sentir el ver a un animal doméstico atropellado al borde de una carretera? ¿Lo desecharía usted diciendo que sólo es un animal muy por debajo de usted en la escala evolutiva? ¿O se sentiría como... bien, como yo me siento ahora?

Lando negó con la cabeza, demasiado cansado para seguir discutiendo. La pregunta hasta cierto punto, era ciertamente correcta y él odiaba pensar que el pequeño droide fuese más humanitario que él mismo.

—Voy hacia la proa. —dijo bruscamente—. Sabe dios que problemas puede crear alguien como Mohs con todos esos diales y preciosos botones sin supervisión.

—Muy bien, amo. Con su permiso me quedaré aquí un rato mientras lo mejor que pueda trato de hacerla más confortable y pongo un poco de orden en esta... esta carnicería.

—Como quieras. —Lando hizo una pausa en la curva del pasillo, se giró para ver al droide recolectando arandelas y despojos de la cubierta—. Err, uh, lo siento, al principio no entendí tus sentimientos, compañero. Es sólo que... —su voz se apagó.

Se produjo un largo silencio entre los dos. —Está bien, Lando. Por lo menos lo entendió después de que se lo explicase. Eso es más de lo que la mayoría de los seres orgánicos podrían hacer, creo.

El jugador aclaró su garganta conscientemente. —Bien compañero, ah... te veré adelante en un rato entonces, y no me llames Lando.

En la cabina del piloto Lando hizo una inexperta verificación de las varias señales luminosas en los diversos tableros de mando, luego, hojeó el usado manual de vuelo del *Halcón* buscando su significado.

En su mayor parte las extrañas luces que vio eran advertencias de escotillas abiertas en las cubiertas por donde la carga estaba siendo subida a bordo. Los golpes sordos y los gemidos en la parte baja del casco confirmaban los axiómetros. La sección completa del panel de instrumentación de impulso del carguero ultraligero solamente contenía firmes luces rojas y amarillas brillando perniciosamente.

Detrás de Lando, en el alto sillón eyector donde el jugador lo había colocado, estaba Mohs que parecía haber vuelto a su estado de pasividad senil. Lando no podía culparle: casi deseaba poder hacer lo mismo. Había sido un largo y duro día para el pobre y viejo salvaje. El Toka, sentado con los ojos totalmente abiertos permanecía con la mirada fija en las placas de la cubierta y las manos entrelazadas sobre su regazo.

—¿Mohs? —le llamó Lando gentilmente.

El anciano se espabiló como si hubiese estado completamente dormido a pesar de tener sus ojos abiertos sin haber visto a Lando girarse para hablarle. Parpadeó y frotó una temblorosa y lenta mano sobre su prominente barba.

—¿Sí, señor?

—¿Mohs, qué era eso que usted y su gente cantaban junto a la entrada?

El viejo respiró profundamente volviendo a recolocarse en el acolchado asiento eyector. Nunca había colocado su huesudo trasero en un asiento tan lujoso antes. Palmeó los apoyabrazos un poco con desconfianza.

—Era la canción del Emisario señor, en honor a su advenimiento y...

—Ya veo.

Un largo momento de reflexión se produjo. La respiración del viejo envolvía la cabina del piloto. Lando realmente no había pensado mucho en el trabajo del Portador. No había tenido tiempo. Comenzaba a ver que había mucho más entre los cantos y ser el Portador de la llave de lo que Gepta había considerado oportuno contarle.

—Bien viejo compañero, —dijo Lando tratando de no ser desagradable—, si no está demasiado cansado después de toda esta excitación, ¿Por qué no me dice...

Con un sonido estridente y metálico en el alfeizar de la puerta, y que traicionando lo que quiera que fuese lo que experimentase un droide cansado ó torpe, Vuffi Raa escogió ese momento para regresar del área de motores a popa, trepando en el asiento de la derecha, el cual Lando había vuelto a colocar después de enviar al droide piloto de regreso a Oseon. El pequeño autómatas estaba inusualmente atenuado.

—¿Está todo en orden y acicalado a tu agrado, entonces? —preguntó Lando entablando conversación—. Bien. ¿Por casualidad, escuchaste lo que dijo ese capitán ahí fuera? Más o menos se identificó a sí mismo como el hijo no reconocido de un...

—Sí, amo. —respondió el droide sin vivacidad—. Debo decir que fue una sorpresa.

Lando se quedó meditando. —No lo entiendo. No creo que todo sea una gran coincidencia. En primer lugar no creo que dispongan de un suministro interminable de guardias coloniales uniformados a los que acudir en Teguta Lusat para hacerles el trabajo sucio. Y en segundo lugar, encargarle el detalle de darnos la bienvenida de esa forma sería la idea que tiene Duttes Mer de un chiste. En realidad, más bien pensé que ese tipo quería excusarse y preguntar por mi salud y todo ese tipo de cosas.

Nuevamente, imitando la forma de actuar de los humanos, Vuffi Raa respondió tardíamente girándose hacia Lando. —¿Especialmente considerando el procedimiento efectivo que recibió dos veces amo?

Lando se giró parpadeando por la sorpresa. —¿Dos veces? En nombre de la Propensidad Galáctica, ¿que es lo que quieres decir?

—¿Por qué, amo?, pensé que estábamos hablando de lo mismo, de la llamada coincidencia. ¿No sabe de quién...

—Ciertamente: el matón paramilitar del hotel la pasada noche.

—Y más recientemente amo; el civil llamado Mr. Jandler, en el "*Hombre del espacio*". Pensé que había reconocido su voz como yo, y la rigidez con la que movía su cuello.

—¡No querrás decir!

Quizás había algo de justicia en el Universo después de todo, pensó Lando con satisfacción. Luego torció su boca amargamente: *¡Otro maldito misterio! ¿A qué había venido aquella charada en el bar entonces?* Se lo había tomado como una estupidez fanática y arbitraria en un planeta sumamente fanático y fortuitamente estúpido. Y además implicaba al bardroide o a su dueño quien parecía...

Repentinamente una idea atrajo la atención de Lando. —Háblenos de Emisario, Mohs viejo compañero, ¡pero no cante! Hágalo corto, comprensible y al grano.

El Toka se revolvió. —Las leyendas hablan de un aventurero moreno, un intrépido capitán estelar con una suerte sobrenatural para los juegos de azar, quien vendrá con un compañero inhumano vestido con una armadura plateada. Poseerán la llave con la cual recuperarán el *Arpa Mental*, la cual a su vez liberará a los...

Lando golpeó ruidosamente uno de los apoyabrazos de su sillón. —¡Bien, estaré bizco, engatusado, y amarrado como una gallina de fiesta! ¡Hemos sido utilizados, Vuffi Raa! Gepta ha debido tener a sus espías-prisioneros observando el espaciopuerto durante meses, posiblemente años para encontrar a un tonto con las aptitudes correctas del que aprovecharse: jugador, capitán de navío y con un droide sin pintar y mente débil. Por eso ni un escalofriante hechicero Tund ni ese gobernador sin cuello suyo podían hacerlo por ellos mismos: ¡No se ajustaban a la leyenda Toka!

—¿Nosotros sí, amo?

—Pregúntale a Mohs; él es el Guardián local de la Llama.

—¿Amo?

—No importa, es una forma de hablar. Regresemos a popa y tratemos de descansar. Tenemos algo heroico que hacer por la mañana, ¡y no te olvides de pulir tu armadura viejo abrelatas!

IX

Llegó el alba y con una noche de completo descanso sobre su elegante y ahora completamente arrugado fajín, Lando estaba de peor humor que nunca. Aborrecía la idea de haber sido tomado por una de las señales y la repugnante sospecha de que solamente había comenzado a descubrir el grado del engaño de Rokur Gepta.

El despegue del *Halcón Milenario* poco después de la salida del sol, había ido como la seda, como un mecanismo de relojería y fluido como un ejercicio de un libro de texto. Incluso la torre de control de Teguta Lusat le había elogiado por ello. Eso no le animó. Hizo caso omiso a los cumplidos junto a Vuffi Raa quien había estado a los controles.

La guardia colonial y los manipuladores de cargamento se habían ido en algún momento de la noche previa, al amparo del cielo sin luna, sellando herméticamente las escotillas del *Halcón* detrás de ellos hasta que los tableros de mandos exhibieron un tapiz firme y continuo de pilotos verdes. Mohs se había acomodado en una tumbona roncando imposiblemente como un arcaico motor de combustión interna. Vuffi Raa se había adecentado durante la noche.

Los autómatas inteligentes necesitaban dormir (cuanto más listos eran mayor era la necesidad) pero Lando nunca había podido percibir un patrón en sus hábitos nocturnos. El mismo había saltado y dado muchas vueltas sudando, en el caro y fino petate de seda sintética que había extendido bajo la mesa del tablero de juegos en la sala común y donde finalmente logró un sueño inquieto y medio consciente del cual el droide lo había despertado, agarrotado y atontado. Varias tazas grandes de caliente y negra cafeína solo ahondaron más su ya macabro humor.

—Muy Bien. —gruñó innecesariamente al viejo shaman Toka. Regresaron a la cabina del piloto, Mohs se sentó en el asiento eyector, Vuffi Raa ocupó el sillón del copiloto a la derecha como una concesión al capitán humano, pero aún así, a los controles de la nave. *Algún día, pensó Lando, cuando todo esto acabe, venderé estas dos malditas máquinas, Vuffi Raa y el Halcón Milenario a alguien que realmente sea capaz de apreciarlas.*

—¿Entonces, hacia donde vamos?

Yacían en una órbita cercana alrededor de Rafa IV. Desde donde se encontraban, podrían alcanzar cualquier punto de la superficie del planeta en cuestión de minutos o salir al espacio abierto hacia cualquier otro cuerpo planetario del sistema. Mohs cerró los ojos, recitó las palabras del antiguo ritual aprendido de memoria y finalmente apuntó un huesudo dedo hacia fuera de la cabina del piloto.

—Señor, el *Arpa Mental* yace en esa dirección.

Perfecto, pensó Lando agriamente para sus adentros, tengo un pequeño juguete mecánico como piloto, y un viejo hechicero como navegante. Su pequeña voz interior añadió que ellos también tenían a un jugador de sabacc y estafador como capitán. En cualquier sitio entonces. Se olvidó del asunto y miró a través del tranpariacero facetado.

¿Cómo demonios podía discutir detalles de navegación astronómica con un completo salvaje? —¿Quiere decir esa luz brillante, allí Mohs?

—Con certeza, señor: el quinto planeta del sistema Rafa; posee dos satélites naturales, una atmósfera respirable y aproximadamente nueve décimas partes de la gravedad estándar de Rafa, no distinta de la de Rafa IV bajo nosotros excepto por el detalle de las lunas. No es atractivo en...

—¡Olvídelo! —el jugador, miró suspicaz y fijamente al viejo—. ¿Cómo es que conoce tanto de astronomía tan repentinamente? *Y, ¿quién es realmente el completo salvaje aquí?*, se preguntó a sí mismo; él nunca hubiese logrado elegir el siguiente planeta del sol local contra el cielo estrellado; no sin la ayuda del ordenador de la nave como apoyo.

El anciano Vocalista se encogió de hombros y le dio a Lando una sonrisa abierta y desdentada. —Está todo en *La Canción del Telescopio Reflector* señor, la cual contiene todos los detalles de este sistema. ¿No debería ser así?

Se produjo un largo, largo silencio durante el que lo único que se logró fue la confirmación del ordenador dirigida por Vuffi Raa de que *"la luz brillante del cielo"* de Lando era realmente Rafa V. —¿Cuántos de esos encarnizados cánticos sabe usted, en cualquier caso?

El salvaje lo consideró. —Muchos más de los que puedo enumerar señor. Más que la suma de los dedos y uñas de todos mis grandiosos antepasados y descendientes. Diría que aproximadamente siete mil seiscientos veintitrés por diez elevado a cuatro. ¿Le complace eso, señor?

Para ser un humilde creyente, este viejo está consiguiendo ser bastante sarcástico, pensó Lando. —Supongo que al final vendrá *La Canción de la Notación Científica*. —negó con la cabeza; ahora entendía perfectamente por qué Gepta y Mer no habían salido en aquella búsqueda descabellada por ellos mismos. No se adaptaban para nada a las antiguas leyendas Toka. Simplemente querían mantenerse a salvo.

La pregunta ahora era, ¿Para qué le necesitaban Vuffi Raa y Mohs?

—¿Y ahora amo? ¿Desea que vayamos a Rafa V?

—¡NO ME LLAMES AMO!

El relativamente corto salto de unas pocas docenas de millones de kilómetros se produjo felizmente sin incidentes para el capitán y la *"tripulación"* del *Halcón Milenario*.

No se habían puesto en marcha inmediatamente. Vuffi Raa y Lando interrogaron al anciano Mohs, haciéndole repetir y traducir las estrofas apropiadas hasta que estuvieron tan seguros como pudieron dadas las circunstancias de que Rafa V era el lugar donde se encontraba el *Arpa Mental*.

Todo ello si estabas dispuesto a poner demasiada confianza en un shaman a rachas senil, cantando leyendas rimadas a una edad indeterminada.

Lando pasó las escasas horas de viaje poniéndose al día con su sueño atrasado mientras Mohs y Vuffi Raa continuaron lo que consideró una charla coloquial entre ellos. El sofá de aceleración del piloto era infinitamente más confortable que el saco de dormir, y cuando Vuffi Raa le despertó otra vez, volvía a sentirse nuevamente medio humano. Totalmente alegre de hecho. O al menos tan alegre como nunca...

¡SPANG!

Algo golpeó con fuerza el techo de la cabina de control.

—¿Qué en nombre de las llamas azules eternas fue eso? —gritó Lando. Detrás de él, el viejo se encogió de miedo comenzando a farfullar para sí mismo en voz alta e histérica. Algo acerca de la furia de...

¡SPENG!

Esta vez se produjo en algún lugar en la popa, cerca de los motores. Una luz amarilla parpadeó en el tablero de mandos. Vuffi Raa trabajó en la consola abotonada con sus tentáculos moviéndose a una velocidad que casi los hacía invisibles. —Un momento amo, mientras...

¡SPING! ¡SPONG!

Las luces se volvieron rojas. Se produjo un débil silbido definitivamente indicando pérdida de atmósfera. Lando tragó saliva. Sus oídos estallaron a medida que la presión se igualaba aunque esa no había sido su intención.

Algo golpeaba al *Halcón Milenario* repetidamente y con gran fuerza. Por alguna extraña razón, la imagen del guardia Jandler (si es que realmente ese era su nombre), pasó como un rayo por la mente de Lando. Estaban en una órbita cercana a Rafa V, preparándose para utilizar las viejas canciones Toka como guía para seleccionar un sitio de aterrizaje.

Vuffi Raa giró el *Halcón* sobre sí mismo para que lo que quiera que fuese lo que golpeaba el casco superior de la nave golpease la parte inferior mejor acorazada, pero ya habían recibido daños menores.

¡SPUNG!

—En nombre del Núcleo Galáctico, ¿Qué es eso? —gritó Lando.

Un objeto inverosímil se había acuñado entre el espacio de la cabina de transpariacero del piloto y una pequeña antena de comunicaciones. No se parecía nada más que a una sopapa de cristalería completa, con asidero y ventosa, pero formado de una sustancia cristalina que les recordaba a los frutos de los huertos vitales de Rafa.

—¡No se, amo!

¿Era eso histeria en la voz del droide? Maravilloso, pensó Lando.

La nave giró, se estabilizó y continuó la órbita de lado. El bombardeo pareció desaparecer. El droide se giró hacia Lando.

—Es un artefacto de algún tipo amo. Los astrónomos de Archaco creen que Rafa V fue el planeta original de los Sharu, el planeta en el que ellos evolucionaron. Las canciones de Mohs parecen estar de acuerdo con eso. Sospecho amo, que estamos sufriendo impactos de los restos de los primeros intentos de viajes espaciales; objetos lanzador por cohetes primitivos o expulsados por pequeñas naves espaciales cuando se disponían a entrar en la atmósfera.

Tenía sentido. Las órbitas planetarias eran siempre ricas en desechos de tecnología primitiva. Probablemente habría cámaras, trajes espaciales usados y escombros, todos ellos prácticamente en el mismo estado que el día en que fueron expulsados como micro meteoritos y daños de radiación.

Entonces, le llegó un pensamiento.

—Vuffi Raa, ¿Por qué no alzaste los escudos del *Halcón* cuando comenzaron los golpes? No hay nada ahí fuera que nuestros deflectores no puedan manejar, especialmente a nuestra velocidad en la órbita.

Haber leído repetidamente el manual de vuelo parece que me ha hecho algún bien, pensó Lando. Tal vez si observaba la forma de pilotar del droide durante suficiente tiempo, podría adquirir ese talento natural para sí mismo.

Por otra parte, ahora mismo podría estar a bordo de una lujosa nave de pasajeros, sorbiendo una fría bebida y desplumando a alguien.

—¿Por qué?, no lo se amo, —respondió—. Simplemente actué tan rápidamente como pude. ¡Sujétense todos, vamos a entrar! —el droide comenzó a apretar botones en la consola nuevamente.

Rafa V, el supuesto planeta natal de los legendarios Sharu, no era un planeta favorecido para la colonización humana. Había atmósfera, la usual dispersión de los titánicos edificios multicolores y lo más importante, los omnipresentes huertos vitales. Pero el lugar era simplemente, un poquito demasiado frío y seco, y Rafa IV el planeta desde el que habían partido, era húmedo y confortable a lo largo de su gran variedad de latitudes.

Aquí y allá, según su inspección orbital y los mapas programados en el *Halcón* durante su estancia en el espaciopuerto de Teguta Lusat, situaba pequeños asentamientos y estaciones huertos donde una combinación de Toka (nativos del planeta, al igual que en el resto de cuerpos planetarios con suficientes recursos), convictos y gobernadores horticultores cosechaban cristales vitales, aunque en ningún sitio a la escala de Rafa IV.

Sin duda, en otros cien años o así, serían ciudades, aparte de esas que los Sharu habían abandonado. Pero por ahora, habría unas cientos de personas esparcidas sobre la superficie de todo el planeta.

La colosal pirámide a la que los guió Mohs, era por lo menos mil metros mayor que cualquier puesto avanzado contemporáneo de la civilización.

Vuffi Raa aterrizó el *Halcón* en un impecable descenso entre varias construcciones antiguas al pie de la pirámide que los dejó sin aliento. No había palabras adecuadas para describir el edificio que ahora se cernía sobre ellos. Al menos siete kilómetros de ella se proyectaban hacia el cielo por encima del nivel del suelo. Los escáneres del *Halcón* indicaban que se extendía bajo la superficie, pero las profundidades eran insondables para las capacidades de sus instrumentos. Era literalmente una montaña de suave material impenetrable que no servía para ninguna función perceptible.

La pirámide tenía cinco caras (sin contar la base, donde quiera que estuviese), con ángulos no particularmente uniformes dándole a la gigantesca construcción una apariencia extraña, peligrosa y desequilibrada. Cada una de las caras brillaba con un color diferente: Magenta, Albaricoque, mostaza, aguamarina, turquesa y lavanda.

Repulsivo gusto, pensó Lando, se tenían bien merecida la extinción de su cultura.

No tenía acabados ornamentales; las caras simplemente se ajustaban en un pico lo suficientemente afilado para que cualquiera que lo alcanzase recibiera un pinchazo.

No por primera vez, Lando se preguntó quién o qué había asustado tanto a unas criaturas capaces de crear tal edificio. Registró las perchas y su

guardarropa en la nave, buscando algo más adecuado y eligiendo finalmente, un chaquetón con unidad de calefacción, pantalones duros, guantes con micro aislantes y unas robustas botas sintéticas de suelas resistentes. Una inquietud acerca del lugar a donde se dirigía le hizo ceñirse un cinturón con un bláster y llenó sus bolsillos con cargas energéticas suplementarias.

El arma colgaba en su cintura con la boca del cañón meciéndose al ritmo de su cuerpo a media que caminaba.

Mohs rotundamente rechazó la oferta de un poco de ropa caliente adicional uniéndose al jugador y a Vuffi Raa en la rampa de abordaje. Lando se preguntó si el anciano quería añadir la congelación al resto de sus indecencias que sin nada más ya era una colección impresionante.

—¿Está absolutamente seguro de que este es el lugar?

Mohs inclinó la cabeza vigorosamente a medida que la rampa descendía a ras de tierra; sin que le afectara el frío que comenzaba a ascender por sus pies y seguidamente se coló hasta el interior de la nave. El aire sopló en nubes vaporosas visibles. Caminaron pesadamente sobre el terreno congelado y seco.

—Amo, —dijo Vuffi Raa—, confío en que llevará suficiente agua. La humedad en esta región no alcanza el dos por ciento.

Lando abofeteó los frascos plásticos que gorjeaban metidos en los bolsillos de su chaquetón. —Sí, y también traje una baraja de fichas-carta. —dijo mirando la superficie árida del planeta. La fina arena rojiza se plegaba como un mar congelado alrededor de las bases de los edificios abandonados—. El azar hará que nos muramos del aburrimiento antes que la sed se acerque a nosotros.

Mohs se giró con un aspecto extraño en su cara a la vez que observaba a Lando abrir un pequeño panel a la altura de los ojos en uno de los soportes de descenso del *Halcón*. El jugador tecleó una secuencia de botones que iniciaron la retracción de la rampa de abordaje de nuevo hacia la barriga del carguero.

—¿Ha traído la llave, señor? La llave con la que...

—¿Que es esto? ¿Es que ustedes dos ven que me vaya a un campamento de verano o algo así?

Les guió fuera de la protección de la nave tomando una vigorosa bocanada de aire que rápidamente le congeló los pelos de su nariz. —Bien, puedo ver por qué nadie se ha arriesgado a reclamar esta región abandonada de...

—Amo, —habló Vuffi Raa rápida y ruidosamente junto a él a la vez que tiraba del borde de su chaquetón—. Amo no me gusta esto, hay algo aquí...

—Lo se vieja chatarra, puedo sentirlo también.

El cielo, de un color verde claro estaba despejado. No obstante, de algún modo daba la impresión de que el día era gris, triste y nublado. Y hacía frío. El quejido de los servomotores de Vuffi Raa era claramente audible, un signo de que quizás su lubricante interno estaba congelándose. Lando guardó el guante de la mano con la que había tecleado en el tablero cerrando la rampa y lo metió profundamente en el bolsillo junto al bláster.

—¡Amo!

Algo zumbó en el aire y una corta y rechoncha flecha repentinamente sobresalía entre la pierna y el cuerpo del droide. Inmediatamente después, una

granizada de proyectiles primitivos silbaron hacia ellos, rebotando en el casco del *Halcón* y enterrándose en la arena frente a sus pies. Vuffi Raa cayó al suelo pareciendo un alfiletero de cinco patas. No pronunció ni una palabra.

Curiosamente, ninguna flecha golpeo a Lando o a Mohs. Lando sacó su bláster y disparó salvajemente a lo largo de las dunas cercanas.

De repente, sintió un golpe que giró el bláster y que lo dejó mirándolo con la boca abierta por la incredulidad. Una flecha se había clavado en el bláster convirtiendo el arma en una bomba potencial si Lando tocaba el gatillo. Tiró descuidadamente la peligrosa arma, y comenzó a forcejear con los botones de su abrigo en busca de su pequeño lanza rayos aguja de cinco disparos. No era mucho, pero no tenía nada más.

—¡Quédese donde está, señor!, —exclamó Mohs—, ¡Si se resiste morirá antes de volver a respirar!

El viejo puso a la vista una mano. De detrás de las dunas surgieron medio centenar de Tokas, vestidos al igual que él con un simple taparrabos.

En sus manos, cada uno tenía una poderosa ballesta, apuntando directamente hacia Lando.

X

Entonces esto era un genuino huerto vital.

Los árboles eran un pequeño obstáculo, pero nada espectacular. La arboleda salvaje, quizás unas quinientas de esas cosas crecían sin ningún patrón especial, pero cada uno de ellos era del mismo tamaño y separado varios metros de su semejante más cercano. Los troncos eran relativamente ordinarios, por lo menos hasta que los examinabas de cerca y descubrías lo que parecía ser una corteza de madera cubriendo un tallo fibroso y vidrioso de aproximadamente medio metro de grosor y un par de metros hasta donde se extendían las ramas.

La primera cosa rara que advirtió sin embargo fue la forma de la raíz. Cada árbol parecía descansar sobre una base, un disco irregular de dos metros de diámetro; como un árbol en miniatura de un juego de monorraíl a escala. Compuesto de la misma sustancia que el tronco, el disco desplegaba el árbol formando una plataforma que se doblaba hacia abajo en el borde y se enterraba en la tierra. La superficie interior, estaba cubierta de finos cabellos vidriosos que eran las raíces y que quizás se adentraban en la tierra un kilómetro pero cuya dispersión lateral sólo llegaba hasta donde hacían sombra las ramas.

Las ramas de algún modo, recordaban a un cactus. A media altura del árbol, comenzaban a brotar del tronco dispersándose en ángulo recto hasta cierta distancia (la rama más baja, de mayor distancia no excedía un palmo del sistema de raíces), curvándose luego directamente hacia arriba. Las ramas exteriores mas bajas eran los integrantes verticales más cortos, a la vez que las interiores eran más largas dándole al árbol la apariencia de un cono.

Al final de cada delgada rama y sobre su punta, un único cristal facetado y brillante crecía variando desde el tamaño de un puño en las ramas exteriores a gemas diminutas no mayores que la cabeza de un alfiler en el interior. Cada árbol cargaba aproximadamente con unos mil cristales. En el centro del árbol y a lo largo de la línea del tronco, una delgada y larga rama sobresalía como si se tratase de una antena de comunicaciones, sin cristales que la adornasen.

Aquellos árboles eran un poco más pequeños y más robustos de lo que Lando había sido inducido a creer que era lo normal. Quizás el clima más suave de Rafa IV tenía algo que ver con eso. Era algo difícil de entender cómo algo podía llegar a crecer en Rafa V.

Crecer lo hacían a pesar de que eran un extraño cruce entre la vida orgánica y el estado electrónico sólido. Por alguna desconocida semilla, en cada huerto vital crecían los árboles en la misma proporción. Al quitar un cristal de la punta de la rama cosa que tenía que hacerse con un láser, otro lo reemplazaba al cabo de un año. En cualquier parte del sistema Rafa, Lando sabía que había huertos de árboles no más grandes que el alto de un brazo, otros en los que no había árboles que soportasen menos de los diez o doce metros. Todos ellos aguantaban cristales proporcionados al tamaño del árbol. Algunos cristales vitales inservibles para propósitos comerciales eran microscópicos. Otros, eran del tamaño del cuerpo de Vuffi Raa.

El pensar en Vuffi Raa, hizo a Lando dejar de reflexionar sobre los árboles, y en lugar de ello, pensó en cómo se habían metido en aquel apuro.

Antes, bajo la nave se había girado con abatimiento para ver al pequeño droide. Su ojo rojo estaba apagado; flechas estaban clavadas en cada grieta y hendidura de su cuerpo. Un fluido ligero y claro manaba de muchas de sus heridas haciendo más oscuro el terreno rojizo a su alrededor.

Mohs corrió a grandes zancadas hasta él sin signos de debilidad o encorvamiento. Estiró la mano con la palma hacia arriba.

—¡Déme la llave, impostor!

Lando apretó los dientes. No tenía mucho que perder y estaba más fuera de sí mismo que otra cosa. Plegó sus brazos a través de su pecho, plantó los pies en la arena y gruñó.

—¡La llave! ¡No es suya, es nuestra! ¡Démela!

—¡No seas tonto viejo!

Inexplicablemente, una apariencia de súbita desilusión se extendió por la cara de Mohs. Dejó caer su mano a un costado recurriendo a los nativos que los rodeaban en un anillo armado hasta los dientes y se encogió de hombros. Se giró nuevamente hacia Lando.

—Se lo repito, usted es un falso, un fraude, usted,..., usted,...

—Si usted lo dice, —respondió Lando no entendiendo lo que sucedía, pero albergando esperanzas—. Le podría decir algo insultante. De hecho, creo que lo haré de todas maneras: tu madre canta fuera de tono. —dijo inclinando la cabeza para dar énfasis.

Mohs dio un paso atrás consternado por la magnitud del insulto o por el giro que dieron los acontecimientos. Lando no podía saberlo.

Mohs recurrió nuevamente a su gente. *Ese era otro problema*, pensó Lando. *Mohs era de otro planeta. ¿Cómo es que los nativos locales parecían conocerle y admitir su liderazgo?*

Y pensándolo bien, en primer lugar, ¿Cómo habían establecido una emboscada?

Los salvajes conferenciaron un rato en su lenguaje. Una decisión parecía estar siendo tomada.

—¡Vendrá con nosotros impostor! —ordenó Mohs comenzando a caminar en un curso paralelo a una de las caras de la gigantesca pirámide.

Lando permaneció donde estaba.

—¡Lo haré cuando el Núcleo se congele! *¡Owch!* dijo más asombrado que lesionado. Una flecha de ballesta había silbado junto a la cabeza de Lando, rozando una oreja ya dolorida por el frío, golpeando el casco del *Halcón* y dándole de rebote en los pantalones aislantes. Una idea comenzó a emerger: no querían matar a Lando; no podían llevarse la llave sin su consentimiento (aunque Mohs lo había intentado en Rafa IV, se recordó a sí mismo), pero podían amenazarle o coaccionarle de otras formas.

Parecían ser bastante buenos en lo que a eso se refería.

Trató de recoger el bláster que había tirado con la intención de arrancarle la flecha y crear un pequeño caos antes de que le derribasen con sus disparos. No se había movido un metro cuando otra salva de flechas

virtualmente sepultó el arma, clavándola al suelo, por el cabestrillo, el gatillo y cualquier otra abertura del arma. *Sólo era una idea.*

Al mismo tiempo, los cincuenta nativos apuntaron sus armas hacia Lando.

—¡Vale, vale, ya voy! ¿Nadie ha pensado llamar a un taxi?

Dos horas más tarde, Lando deseó que no hubiese sido un chiste. Le habían hecho caminar milla tras milla, trepando ocasionalmente ruinas angulares, chapoteando por la profunda arena rojiza y a través de maleza y matorrales. Tenía los pies heridos, y le dolían las piernas, y daba igual lo alto que pusiese los controles del traje calefactor que seguía teniendo frío.

Al final se detuvo.

—Muy bien, todos han sido unas estupendas personas hasta ahora, pero esto es lo más lejos que iré. Si quiere la llave, tendrá que cogerla de mi cadáver. No me moveré ni un metro más.

Los nativos silenciosos que le rodeaban miraron hacia Mohs. El viejo inclinó la cabeza. Desataron una salva de flechas que rozaron su ropa, golpearon la arena ante él y silbaron junto a su cabeza. *Estos tipos son personas realmente impresionantes, se encontró pensando Lando; espero que a ninguno de ellos le de hipo.* Aguantó en su posición hasta que comenzaron a disparar entre sus piernas.

No merecía el riesgo. Esperó a que hiciesen una pausa para recargar las armas y luego continuaron la marcha.

Lo que había pensado eran ballestas, había sido algo completamente diferente, alguna clase de aparato de resorte cargado de un arma de goznes, que presionaba hacia adelante lanzando las achaparradas flechas a través del frontal del arma. No parecían necesitar cargar cada vez que disparaban. Adivinó que quizás habría media docena de proyectiles de reserva escondidos en un cargador oculto dentro del mecanismo. Las armas no eran tan poderosas como los lanzacartuchos, pero la velocidad y la precisión con la que podían ser utilizadas le hicieron percatarse que podría morir tan fácilmente de mil flechazos como de un solo disparo de bláster.

Y mucho más dolorosamente.

Marcharon.

Otro par de horas pasaron, pero Lando no estaba completamente seguro y no quería mirar su crono porque no quería recordar a los nativos que tenía varios objetos escondidos bajo su ropa, especialmente su pequeño lanza rayos aguja de cinco disparos. Llevaría un montón de cálculos conseguir hacer una buena sacada en aquella situación, pero era algo a lo que podía recurrir y eso le reportó un poco de esperanza.

Infinitos pasos tras pasos. El terreno no variaba mucho: algo de desierto y tundra con la mayor parte del espacio ocupado por gigantescos edificios Sharu. Arena, arena y más arena. Ocasionalmente algo de maleza. El cielo despejado, pero en cierto modo apocalíptico. Se preocupó por Vuffi Raa, esperando que los droides tuviesen una muerte piadosa y rápida.

Durante todo el camino exceptuando las pausas, los Toka alrededor de él cantaba, algunas veces lentamente y otras rápidamente, y a su molestia continua había que sumarle la falta de ritmo con la marcha, lo cual causaba que tropezase torpemente de vez en cuando. Lando no sabía como funcionaba la mente Toka, pero lo que conocía por el momento no le agradaba. Cantaban canciones en tonos bajos y luego canciones en voz alta. Cantaban en armonía, disonancia y contrapunto. Sería colosal grabar su interminable repertorio.

Por fin la marcha acabó en un bosque de árboles de cristales vitales.

Mohs se acercó a él.

—Escúchame, impostor: tenemos prohibido quitarle la santa llave al Portador, aunque el Portador sea falso. Usted de algún modo lo ha adivinado. No podemos matar al Portador de la llave, y aunque matamos al falso Emisario no estamos contentos.

¡De modo que era eso! Por alguna razón Lando había tenido la idea de que el Portador y el Emisario eran la misma persona, particularmente él mismo. *¿Había traicionado las creencias de Mohs y provocado ese desastre?* Trató de recordar lo que le había dicho Mohs sobre el tema, y se dio cuenta de que no habría ninguna diferencia y además, el viejo seguía hablando.

—...permítales hacerlo a ellos. ¡Venga conmigo!

Lando le siguió a un árbol. Varios de los Toka dieron sus armas a sus compañeros uniéndose a Mohs y Lando y sacaron un taparrabos.

Para el momento en el que Lando decidió resistirse ya era demasiado tarde. Le obligaron a colocarse en una posición sentada, le amarraron al tronco del árbol por la cintura y usaron el mismo trozo de tela para atarle las manos a la espalda. Le quitaron la capucha, desabrocharon el chaquetón y se lo quitaron a la fuerza.

—¡Eh! ¿Sabéis lo que mi sastre me cobró por ella? ¡Espere un momento. Esto está yendo demasiado lejos!

Mohs había quitado una de las botas a Lando y agachado agarraba la otra. Cuando logró terminar lanzó las botas a un lado cerca de su chaquetón, rompiéndole la túnica y lo que había debajo de ella.

Entonces Mohs sacó un cuchillo.

—¡Espere un maldito minuto! ¡No puede hacerlo! —dio una patada al viejo hasta que un par de nativos sujetaron sus tobillos. Él nunca había creído en fuertes y silenciosos héroes y dado que lo único que podía hacer era gritar, Lando gritó.

Gritó todo el tiempo que le llevó a Mohs cortar en tiras las perneras de sus pantalones, dejando expuesta su piel desnuda al frío aire.

—Ahora, —dijo el anciano Vocalista cuando quedó satisfecho con la condición actual de Lando—. Todos advertirán que la llave permanece con el Portador.

Era cierto. Habían cogido su túnica y la habían plegado alrededor de la sucia tela gris cerca de su cintura. Había sido un momento de terror en el que se había mantenido mortalmente silencioso por lo que no localizaron el pequeño lanza rayos aguja bajo su fajín y el taparrabos.

—Ahora esperaremos. Con el tiempo, su vida será arrebatada, ya sea por el frío o por el propio árbol. Luego regresaremos y reclamaremos la llave que es nuestra legal herencia. Vamos.

Se marcharon.

A medida que el sol desaparecía en el antinatural horizonte, las sombras avanzaban lenta e inexorablemente hacia el indefenso jugador y a medida que lo hacían, su corazón se hundía a la misma velocidad que el sol. Observó como las pequeñas plantas se enrollaban sobre sí mismas en pelotas protectoras para pasar la noche. Observó como la escarcha se formaba en los dedos de sus pies. Observó cómo la humedad en la tierra ascendía sobre el estrato máximo del terreno en columnas de hielo.

Principalmente observaba su bonito chaquetón térmico, su túnica, sus botas y sus calcetines acumulando escarcha a no más de tres metros de donde se encontraba atado e indefenso.

Comenzó a maldecir primeramente con auténtica cólera a sí mismo, a Mohs, a Gepta y Mer y luego, simplemente para mantenerse caliente. Maldijo en su lengua materna y en la docena y media que había aprendido en su larga carrera. Maldijo en tres lenguas androides y en el gorgoteo de una raza de pájaros musicales con los que había jugado a las cartas, hasta que se acordó de los Toka.

Maldijo a los Toka otra vez. Y otra vez. Y otra.

Se despertó sobresaltado.

Y comenzó a maldecir sin otra razón que tratar de mantenerse despierto. Si no lo hacía, moriría de frío.

XI

El silencio sepulcral.

Bajo una forma amenazadora y monstruosa, surgía una especie de crustáceo apoyándose en su tren de aterrizaje al que las lunas gemelas de Rafa V arrancaron destellos metálicos sobre la arena ennegrecida por la noche. Las sombras dobles revistieron diferentes ángulos con distintos matices: la enorme sombra doble del *Halcón Milenario*, cientos de dobles sombras diminutas de rechonchos proyectiles de madera clavados en el caparazón metálico y el suelo circundante.

Un silencio de muerte y frío.

En todos lados, junto a la visión del *Halcón*, pequeñas plantas se enrollaban sobre sí mismas para sobrevivir a la fría oscuridad. El aire era seco, incluso para la atmósfera del día. El centelleo más sutil de la escarcha se veía aquí y allá, en las pequeñas plantas, en la cresta de las diminutas dunas, en los cercos de las mil huellas que rodeaban la nave e incluso en la atormentada y compleja confusión de brazos cromados que yacían en un ovillo justamente fuera de la sombra del *Halcón*.

Fluido aún manchando la arena a una corta distancia alrededor del bulto digno de compasión, lento, espeso y ahora pegajoso en la quietud congelada. No obstante, a unos pocos centímetros por debajo de la superficie grumosa había movimiento. Los pseudo-organismos, brillantes y metálicos como motas de polvo a la vista humana, se movieron dentro del espeso fluido emigrando todos a la vez un milímetro hacia el pseudo-organismo mayor del que habían brotado antes del anochecer.

La flagela microscópica palpitó lánguida y laboriosamente. No obstante, centímetro a centímetro millones de aquellos objetos diminutos se movieron lo que para ellos eran una enorme distancia de regreso a donde pertenecían. En su estela el fluido se volvía más delgado, más líquido y se retiraba detrás de ellos arrastrando minerales y vestigios metálicos consigo.

Las dos mismas lunas creaban sombras dobles de varios kilómetros. Bajo una colcha de ramas vidriosas, una figura sentada trataba de permanecer vivo en el frío. Lando Calrissian estaba muriendo. Como la vida de Vuffi Raa había acabado en la arena, igualmente, él podía sentir su vida escapándose a través de su piel expuesta al frío aire y a la siniestra y hambrienta planta a la que estaba atado.

Alrededor de él si le hubiese importado mirarlas, las mismas pequeñas plantas se enrollaban igualmente sobre sí mismas formando esferas. Hubiese deseado poder hacer lo mismo. Pero por ahora, pasaba de todo eso. De vez en cuando temblaba con unas convulsiones que herían su cuerpo pareciendo apretar dolorosamente la tela alrededor de su cintura y de sus muñecas y cortándole aún más la circulación.

Se le hacía difícil pensar pero Lando no sabía si era a causa del frío o del árbol. Parecía importante saberlo. *¿Qué era lo que había escuchado a cerca de árboles como aquel? No había nada gratis en el Universo. Que los cristales*

vitales dieran a los que los llevaban puestos significaba que primero lo habían tomado de alguien. ¿Estaban cogiéndolo ahora de él?

Sobre todo, dolía. Sentía sus pies desnudos como si ardiesen. Incluso en el aire deshidratado la escarcha estaba formándose en sus dedos y en sus uñas. Como si el frío hubiese creado una fina capa antes de que la helada se formase sobre ellos ¿Suficientemente frío para la gangrena?

¡Bien, no iba a cogerla tan fácilmente! Inclino la cabeza en confirmación para sí mismo advirtiéndole las lágrimas que habían bajado por sus mejillas y se habían congelado allí. Si aún podía sentir sus pies (deseaba no poder hacerlo porque la agonía sería tan agradable como el propio frío), sería capaz de sentir sus dedos. Estaban fríos también, pero amparados del aire por su cuerpo, la poca ropa que le dejaron y el árbol.

El árbol.

Su tronco vidrioso era como un bloque de hielo en su espalda. Sobre su cabeza, sus extrañas y meticulosas extremidades mostraban un poco de transparencia, (¿O era translucidez?) donde se cruzaban las lunas.

Sacudió su cabeza, y se detuvo. Aburrido, trató de comprender qué es lo que estaba fallando. ¿Se había detenido su corazón? No lo creía. Todavía respiraba, la única cosa de la que seguía siendo consciente, pero con gran esfuerzo convertida en una pesada carga el hacerlo. Deseaba olvidarse de ello y volver a empezar a respirar de nuevo automáticamente.

¡Eso era! Inconscientemente había estado haciendo algo con sus manos, con sus dedos. ¿Por qué le dolían las puntas de sus dedos? ¿Estaban congelados como los dedos de sus pies? No deberían estarlo pero "deberían" era una palabra curiosa: No debería estar allí, atado fuertemente a un árbol que le comía la mente. Él debería... él debería... ¿Qué debería estar haciendo? ¡Algo acerca de largos pasillos, bellas mujeres y... y... fichas-carta! ¿Qué podría hacer con fichas-carta?

Tratando de entenderlo no notó que sus dedos se habían contraído para coger la tela de sus muñecas devastando la vieja tela rallada a la vez.

Comenzando en un pentágono metálico de aproximadamente treinta centímetros en su lado más largo, de siete u ocho centímetros de grueso en los bordes y quizás dos veces ese tamaño en el centro. En el centro, una lente roja profundo del tamaño de la palma de un hombre. Y oscuridad. Oscuro donde debía estar iluminado suave y calurosamente. Oscura como la misma muerte.

Hacia atrás en los bordes estaban las juntas. A cada lado de las juntas, una extensión tubular se unía a cada centímetro terminando en un gracioso filo con cada anillo un poco más cerca y más fina a la que le precedía. Sinuosas serpentinillas muy, muy brillantes reflejando una curva que deformaba el retrato de las lunas congeladas y las crueles estrellas. Ahora enredados y amontonados unos sobre otros.

Y en cada unión y cada junta, un trozo de madera ordinario, áspero y astillado, centenares de ellos sobresaliendo en cada ángulo concebible. Donde cada flecha perforó el delgado y frágil metal, una diminuta charca de grueso y

transparente fluido. Algunas de ellas goteaban por la curvatura brillante hacia la superficie de la arena a unos pocos centímetros por debajo.

Moviéndose con una graciosa y desobedecida sinuosidad, estirándose, afilándose de forma imposiblemente delgada. Aproximadamente a un metro de las junturas del torso, los tentáculos se bifurcaban otra vez en cinco delicados dedos. Por lo general, estaban unidos en el tentáculo pareciendo uno solo, en una punta bien proporcionada ocultando un diminuto fotorreceptor óptico rojo en cada "*palma*"; réplicas del ojo más grande en el torso. Ahora estaban extendidos por un casual o en la agonía de la muerte; sólo el droide podría decirlo, y ellos eran taciturnos, sin afección, para la mayoría, y nunca dirían lo que sentirían por la muerte de la máquina.

Quizás, exactamente como sus creadores no llegarían a saberlo y nunca lo sabrían hasta que lo experimentasen por ellos mismos y no pudiendo transmitir esas sensaciones a otros. Quizás es solamente un gran misterio para ellos, al igual que para todos los demás. Quizás.

Cada delgado y delicado dedo estaba dividido en uniones, precisamente como los finos tentáculos con imposiblemente diminutas uniones, como lo fabricaría un relojero mirando a través de su lupa tratando de detener sus temblores microscópicos en las manos. Después de algunos centímetros, los dedos se bifurcaban otra vez, algo que absolutamente nadie podría advertir. Las uniones seguían marchando, ahusando, haciéndose mas pequeñas y finas hasta que desaparecían de la vista... y continuaban.

Esos sub-dedos, en su final eran finos cabellos, delgados alambres... una fuerte aleación. Su composición interna era sofisticada y compleja como cualquier otra parte de la criatura a la que pertenecían. No obstante, a diferencia del torso metálico pentagonal, a diferencia de los sinuosos tentáculos articulados, a diferencia de los hábiles dedos delgados, eran demasiado pequeños para ser vistos y también demasiado finos para darles con una flecha.

Uno de ellos se movía. Ondeando lánguidamente de un lado a otro, con vida propia. Se enrollaban y desenrollaban, probándose, estirándose y contrayéndose minuciosamente. Se doblaba hacia atrás envolviéndose sobre la base de un objeto de madera intruso que había perforado el cuerpo por encima de él.

Tiró.

Se produjo un ruido suave, absorbente. Lentamente, la flecha cedió deslizándose fuera y rechinando a través del metal torturado. El fino sub-dedo la extrajo a la fuerza arrojándola a un lado. Por otra parte, otro alambre realizaba la misma tarea. En el interior donde el metal roto y abollado cortado triangularmente como marcas de dientes, motas flageladas microscópicas, comenzaban a empujar y presionar el metal, martillando la piel metálica de vuelta a su lugar apenas una molécula cada vez.

—El bantha es una bestia peluda, aunque no tiene pelo... sus plumas son únicas, al menos, porque no están allí... ¡Hee, hee, hee, hee, hee!

Lando comenzó a toser incontroladamente, ahogándose sobre su genio como un poeta. Estaba desilusionado. Nadie jamás podría escuchar sobre su

picardía aunque él realmente no podía recordar el porqué en aquel momento, lo que quiera que fuese, le puso triste, y cayó directamente desde la risa a los sollozos.

Sus dedos perfectamente adiestrados y hábiles en la manipulación de fichas-carta, dinero y su habilidad en los bolsillos ajenos cuando pensaban por sí mismos, recogiendo la áspera tela que amarraba las muñecas por encima de ellos amenazando con cortarles la circulación antes de que hubiesen terminado con su propia tarea.

El gobernador de Rafa IV es tan gordo como podía llegar a ser... con pelo en la coronilla y rechonchas extremidades, él parecía exactamente un... ¿mico? ¿Pico? ¿Pillo? ¿Bicho? ¡Bicho! ¡Parecía exactamente un bicho, viejo, parecía un bicho!

Detrás de Lando entre su cuerpo y la pseudo-planta, una fibra decisiva cedió. Con algo semejante a la conmoción, Lando volvió a la realidad momentáneamente asombrado de poder mover su muñeca tristemente cuando el calor avanzó lentamente por su mano derecha y comenzaron los alfilerazos producidos por el entumecimiento.

Vuffi Raa tenía problemas más serios que alfilerazos. Sus brazos estaban libres ahora donde las primitivas flechas los habían inmovilizado al suelo y los habían perforado. Sus juntas estarían rígidas y poco cooperativas por un tiempo (dispara una bala a través de una junta alguna vez y verás el porqué) pero ya estaba arrancando los proyectiles de sus tentáculos.

El fluido congelado en cada herida estaba endurecido, no por el frío sino deliberadamente, a propósito protegiendo sus mecanismos interiores increíblemente delicados. Había terminado de recuperar el fluido de la arena. Los vestigios de materias que había recogido en el proceso no le servirían por mucho: tendría que recargar, cosa que sólo había hecho una vez que recordase en su larga, larga vida, quizás incluso una lubricación sin precedentes.

Pero estaba vivo.

Además estaba consciente, teniendo la energía auxiliar, al menos para desviarla a su propia consciencia. Había desviado su programación hacia los mecanismos de reparación cuadruplicando la velocidad del trabajo. Estaba comenzando a sentirse bien nuevamente sabiendo que podría hacer por los otros de su especie lo que hacía por sí mismo.

El desierto congelado vio la débil incandescencia color ámbar en la lente colocada en su torso pentagonal, una luminiscencia inmensamente más oscura y menos conspicua que las lunas de encima; otra decisión consciente.

Su cuerpo removió la arena a su alrededor continuando la extracción a la fuerza de las flechas y cicatrizando.

Lando Calrissian sopesaba uno de los profundos problemas filosóficos de todos los tiempos. Su brazo derecho estaba completamente libre pero no sabía por qué eso era importante. *¿Qué tenía intención de hacer con ese brazo?*

Algo acerca del frío.

Bien, eso era estúpido: el no tenía frío en absoluto. Estaba bien y caliente. Bien y un calor optimista. El calor se extendía desde las puntas de sus pies subiendo por sus piernas su cuerpo y desvaneciéndose a través de sus hombros. Sus orejas eran lo que más caliente estaba. Prácticamente eran fuego.

¡Fuego!

Miró a su alrededor. Había el suficiente humo como para que fuese un fuego. La arboleda donde estaba sentado tan calurosa y confortablemente, parecía estar llena de neblina. *Evidentemente nadie había abierto un regulador de una chimenea. Bien, tendría que ponerse de pie en unos minutos y hacerlo él. ¡No se podía confiar en nadie hoy en día, si siquiera para una tarea tan simple como encender un...*

¡Fuego!

¡Algo sobre un arma! Pero, ¿qué haría él con un arma en el caso de que tuviera una? No había nada con que disparar allí, nada con qué pelear, nada que comer, incluso si hubiese sido un juego salvaje cosa que no era. Además, ellos habían incapacitado su bláster con una flecha. Diabólicamente unos buenos disparos, esos... esos... ¿quiénes habían sido tan buenos disparando?

¿Disparando?

¿Qué tenía eso que ver con aquello? ¿Iba a ir a atender el fuego, o no? Bien, no tenía tiempo mientras trataba de incorporarse. ¡Por el Gran Núcleo Galáctico!, pensó, ¡estoy paralizado de cintura para abajo! No, simplemente fui descuidado poniéndome los pantalones y enrollando el cinturón alrededor de este... este...

Con una repentina y momentánea lucidez metió la mano en su fajín y sacó su pequeño lanza rayos aguja de cinco disparos quitó el seguro y disparó. La áspera tela cayó de su cintura. Con pánico, comenzó a separarse del árbol vital refrenando el impulso de gastar sus cuatro disparos restantes en aquella cosa que había estado absorbiéndole el cerebro.

Le costó. Cada hueso, cada músculo de su cuerpo, cada centímetro cuadrado de su piel sufría en agonía. Cada movimiento amenazaba con destrozarle y desgarrarle. Todo lo que realmente quería hacer era dormir. Todo lo que realmente quería hacer era descansar. Eso era: sabía que tenía otras cosas que hacer, pero podría descansar primero. Entrar en calor de nuevo; no dormirse, solamente cerrar los ojos y...

Casi gritando un desafío, algo que nunca volvería a decir, comenzó a rodar, gatear y moverse a sí mismo a lo largo del terreno, infligiéndose dolores nuevos con cada centímetro de progreso. Al menos consiguió llegar al montón de ropa que Mohs y sus compañeros le habían quitado, y apenas se había puesto el chaquetón, giró el dial de calefacción hasta la posición de completa emergencia.

Y realmente comenzó la agonía.

No había mucho que pudiese hacer por sus pantalones. Habían sido cortados en tiras desde los tobillos hasta la entrepierna. Lando recordó el cuchillo aparentemente fabricado con un cristal vital. El descuidado taparrabos aún se pegaba a su cintura. Con sus dedos rígidos se lo quitó, desgarrándolo en

tiras y colocándolas alrededor de sus piernas amarrándolas en posiciones estratégicas para mantener unidos sus pantalones.

Se abrigó con el chaquetón y luego se puso los guantes. El lanza rayos aguja era lo suficientemente pequeño para esconderlo dentro del guante derecho con el fin de poder dispararla apresuradamente si fuese necesario. La pequeña arma estaba aún caliente después del disparo que había hecho.

Era tiempo de ponerse de pie. ¿Debía quitarse el chaquetón y ponerse su túnica? Seguramente estaría mejor, pero en cierta forma, eso no parecía tener importancia. ¡Oh, sí! se había olvidado de sus calcetines y sus botas.

Cuando giró para examinar sus pies, casi deseó no haberlo hecho. Iba a perder los dedos de los pies, y la regeneración era un largo proceso, bastante doloroso. Oh, bien, parafraseando un viejo, muy viejo dicho, patearía todo el infierno si con ello consiguiera unos pies nuevos. Con gran delicadeza, se puso sus calcetines teniendo cuidado de quitarles tanta arena como fue posible y sobre ellos, sus botas.

¿Cómo diablos iba a ponerse de pie? No se atrevía a acercarse a uno de aquellos mortíferos árboles lo suficiente como para apoyarse y levantarse. Se dio la vuelta sobre su costado tirando de las rodillas y haciéndose una bola.

Sintió como si alguien hubiese sujetado con fuerzas sus pies y apretara. Se dijo a sí mismo que al menos estaba lo suficientemente vivo como para sentir dolor. En cierto modo, eso no le animó mucho. Se dijo a sí mismo que al menos había recuperado su mente, podía pensar y no era un vegetal babeante.

Se levantó sobre sus pies y se obligó a sí mismo a caminar.

Entonces eso era un genuino huerto vital. Era tan cruento como un huerto de muerte, pensó. Mohs se sorprendería por la mañana cuando volviese y descubriese que su víctima se había marchado.

¡La llave!

Palpó por debajo de su fajín. Aun con ambos guantes y el chaquetón, no pudo confundir la rareza cubierta de bultos del artefacto. *Bien, eso iba a molestar al viejo.* Lando rió entre dientes.

El pensamiento de que estaba siendo vigilado le vino a la mente. *¡Dejémoslos que observen!* El pequeño lanza rayos aguja no tenía la potencia de un bláster y su cañón era como un trozo de palo, más parecido a una antena gruesa y redondeada que cualquier otra cosa. *¡Estaba vivo y seguía conservando la cordura, y sobre sus pies; comenzó el regreso hacia el Halcón en busca de una taza de...*

¡Vuffi Ra!

¡Había sido un día monstruoso! Casi había sido asesinado, ciertamente secuestrado y perdido a su mejor amigo. No, no se avergonzaba de decirlo: el pequeño droide había sido el mejor y más leal amigo que había tenido alguna vez. Él iba a perder al pequeño droide.

Ahora, ¿por dónde estaba el Halcón? Simple: solamente tendría que seguir sus huellas que con la doble iluminación de las lunas y la seca atmósfera, seguían manteniéndose a la vista en la arena.

Dio un paso.

— ¡LANDO CALRISSIAN!

Antes de que se diera cuenta se había quitado el guante derecho y la pequeña arma apuntaba hacia arriba. Encima de su cabeza, un crucero repulsor

revolteaba con sus brillantes luces y un rayo de búsqueda se fijó sobre él e iluminó la arboleda entera.

Se sentó en el suelo.

—¡Tire su arma! —dijo una voz familiar por un megáfono—, ¡Y ponga las manos sobre la cabeza! —Lando no se movió.

Ni se había movido cuando cuatro guardias coloniales de paz con sus armaduras brillando a la luz de la luna cayeron a su lado, le quitaron su lanza rayos aguja y mantuvieron sus armas dirigidas hacia su pecho.

El capitán Jandler, si es que ese era su verdadero nombre, esta vez se quitó su casco visor. Se pavoneó mirando el crucero repulsor.

—Bien, capitán Calrissian, nos encontramos de nuevo. Tan pronto como acabemos con usted, recuperaremos su nave y devolveremos ese cargamento a sus dueños legales. Si antes pensaba que estaba en problemas... A propósito, tiene usted algo que queremos. ¿Dónde está?

—¿Dónde está el qué? —dijo Lando entre dientes apretados.

—El artefacto Sharu. La llave que el gobernador le dio. ¿Dónde está?

—¡Ven a cogerla, gusano!

—Muy bien soldados, vamos a hacerlo por las malas. ¡Regístrenle! ¡Quítenle esa ropa y regístrenle!

XII

Un trueno resonó sobre sus cabezas.

Bañado en un glorioso amanecer que aún no había alcanzado la tierra bajo él, el *Halcón Milenario* rugió entre el destacamento de guardias congelados por la confusión y la sorpresa, y se mantuvo a una docena de metros sobre sus cabezas.

Lando agarró el cañón del arma de Jandler, el capitán de la guardia, lo tiró a un lado y dio una patada al desventurado oficial. Jandler cayó de rodillas con un gemido y los ojos cruzados bajo su casco visor con un gorgoteo y el colapso en su rostro. Lando resistió el deseo de patearle otra vez en una parte más frágil.

Dos cosas ocurrieron al mismo tiempo: uno de los oficiales dirigió su bláster hacia el jugador con un dedo enguantado balanceándose en el gatillo y la tierra se agitó y el fuego surgió levantando una pared delante de él cuando una torreta artillera del *Halcón* escupió energía hacia su posición. Dejó caer su bláster y puso sus manos a la vista como hicieron dos de sus compañeros. Se quedaron fuera del juego.

El cuarto no cedió tan fácilmente. Aprovechó la ocasión para correr hacia el crucero repulsor donde un resplandeciente cañón pesado estaba montado en el travesaño. Antes de que hubiese dado tres apresurados pasos, la torreta de la nave giró sobre su eje y un segundo rayo de energía cayó con fuerza sobre el crucero levantándolo del suelo y cayendo hacia atrás convertido en una ruina humeante. El humo salía del vehículo destruido alzándose hacia el recientemente iluminado cielo.

Conservando un cauteloso ojo sobre Jandler, Lando se dejó caer pesadamente sobre el suelo preguntándose de dónde había sacado repentinamente aquel vigor y energía y a dónde se había ido tan repentinamente. El *Halcón* descendió con su torreta aún apuntando a los guardias. Lando advirtió que el bláster pesado del capitán yacía en la arena a unos pocos centímetros de su rodilla envuelta en harapos. Lo recogió y lo colocó en su regazo.

La larga y ancha rampa de abordaje del *Halcón* rechinó descendiendo lentamente. Después de un rato apareció un destello brillante e intermitente en el fondo oscuro del final del pasillo. Vuffi Raa apareció marcando el paso con una postura y movimientos que demostraban lo satisfecho de sí mismo que estaba aunque se le veía mucho peor que la noche anterior.

—¡Amo! Me complace ver que aún está vivo. Temí que no llegaría a tiempo, pero veo que se ha encargado de casi todo por sí mismo.

El jugador sonrió cansadamente y aceptó el tentáculo que le ofreció. — Yo también estoy contento considerando las alternativas. Pero tú parece que hayas estado expuesto a una lluvia de meteoritos. ¿O es la última moda droide la que traes puesta?

Desde su ojo hasta los tentáculos el pequeño droide estaba cubierto de pequeñas y redondeadas abolladuras. Donde habían traspasado sus juntas que estaban por casi todo su cuerpo, sus movimientos eran un poco más rígidos e imprecisos, y cuando contestó, sonó como el ego de su propia consciencia.

—Si, bien, estas heridas de flecha están cicatrizando, amo. Dentro de unos pocos días volveré a ser yo mismo. Pero usted ha sufrido daños que no se curarán tan rápidamente. Debemos entrar en la nave donde le administraré...

—Tranquilo, —gruñendo, Lando se apoyó en el tentáculo de Vuffi Raa y tiró para colocarse sobre sus rodillas, y colocando una palma firmemente en el centro de la lente del pequeño droide se levantó sobre sus pies. Se tambaleó un poco, pero estaba de pie y mantenía el bláster apuntando directamente al contingente policial.

Entretanto, el capitán Jandler comenzó a gruñir para sí mismo. Se dio la vuelta con las lágrimas fluyendo de sus ojos y goteando por dentro de su casco visor y negó con la cabeza de lado a lado permaneció allí aún doblado.

—Luego me administrarás lo que quieras viejo sacapuntas. Primero vamos a "*administrar*" a nuestros amigos militares de aquí. —Volvía a parecer estar entre los vivos, pero no sabía por cuanto tiempo...

Lando ofreció el bláster al droide recorriendo significativamente con la mirada a los cuatro soldados ilesos. —Mientras me encargo de Jandler, supongo que no podrás...

—¿Mantenerlos a raya? Me temo que no amo. No puedo amenazar a un ser viviente con daños corporales. Lo siento.

—Bien, no voy a quejarme, nunca más. Tendré que tener un ojo sobre ellos yo mismo. Pero tengo una curiosidad: ¿Cómo es que hace diez minutos, pudiste...

—¿Usar el armamento del *Halcón Milenario* para disuadirlos de atacarle?

—Y además hacer ese trabajo de demolición con el crucero repulsor. Limpio, pero un poco fuera de tu especialidad, ¿No crees tú?

Lando se acercó al capitán semiconsciente y le golpeó con la punta del pie en las costillas blindadas. —¡Bien, es el momento de levantarse y hablar! ¡Vamos a tener una pequeña conversación!

Vuffi Raa caminó arrastrando los pies colocándose junto al jugador. —Amo, puedo vigilar a los soldados por usted y ellos no necesitan saber que no puedo iniciar ningún tipo de acción por la fuerza contra ellos—. El pequeño droide continuó alzando la voz pretendiendo atraer la atención de la audiencia. —¡Si alguno de ellos mueve aunque sea el lóbulo de una oreja le dispararé en las rodillas!

Lando rió ahogadamente. — ¡Sí, directamente hasta las corvas! Solamente asegúrate, —dijo murmurando al receptor de Vuffi Raa—, que no te comprometas a ti mismo en una crisis nerviosa. —Luego añadió, más alto—, ¡Dije que se levantara!

Jandler se removió, dio un gemido, se giró y se puso de pie dolorosamente. Sobresaltándose, se quitó su casco visor y pasó un paño sobre el sudor de su cara.

—Calrissian, usted no pelea limpio ¿Verdad?

Lando apuntó el bláster confiscado hacia la nariz de su anterior dueño. —No me gusta pelear en absoluto. Cuando tengo que hacerlo, trato de que sea rápidamente y lo más pulcro posible. Ahora, ¿DE QUÉ DEMONIOS VA TODO ESTO?

Jandler, sus soldados e incluso Vuffi Raa saltaron por aquel arrebató. El líder de los agentes parpadeó, lo consideró, luego negó con la cabeza y suspiró.

—Bien Calrissian, Me estoy ganando la perdición. ¡Lo sé! He hecho y entregado más diligencias locas en estos dos últimos días que en toda mi carrera. Hasta ahora: su habitación en el hotel, el bar "*hombre del espacio*", el espaciopuerto y ahora esto. Esto hace que un hombre se plantee el retiro anticipado con pensión o no. ¿Qué es lo que sabe?

Lando se colocó en cuclillas manteniendo el bláster apuntando hacia Jandler. —Odio que el demonio le robe su momento capitán, pero el que hace las preguntas aquí soy yo. Dígame exactamente, ¿de quién recibe usted sus órdenes?, si se puede preguntar.

Jandler recorrió rápidamente con la mirada a sus hombres y luego regresó a Lando lamiendo sus labios. —¿En quién está pensando? En ese gordo hijo de...

— ¡Capitán!, —gritó uno de los guardias— usted no puede...

— ¡La Entropía que no puedo! ¿Crees que esa atiborrada babosa de despacho daría una liendre de Nova por lo que nos suceda a nosotros? ¡Todo por lo que él se preocupa es por ese aparato Sharu y si volvemos sin él, será mejor que no volvamos! Bien, yo...

—¿Quiere decir esto? —Lando sacó la llave. Brilló en la luz matutina y si algo estaba claro, es que parecía más desorientadora que antes.

Lando podía ver al capitán calculando si valía la pena el riesgo de saltar sobre él. Miró la llave, luego el cañón de su antiguo bláster y detrás de Lando a Vuffi Raa. Luego volvió a mirar la llave. Finalmente se encogió de hombros.

— ¡Dejémoslo que la consiga por su cuenta! —decidió Jandler en voz alta—. ¿Hay algún camino para que mis hombres y yo salgamos de esto vivos, capitán Calrissian? No le echaré la culpa por esos arañazos en el casco, sólo por seguir órdenes otra vez, solo que, bien, no me gusta la idea de morir, precisamente ahora. Especialmente desde que parezco destinado a saborear la fruta de la vida civil por un tiempo.

Lando giro, guiñó un ojo a Vuffi Raa, y se volvió nuevamente hacia Jandler.

—Bien, viejo oficial, su gente parece presentarnos un problema. Estoy impresionado por su cambio de parecer pero no lo suficiente para estar feliz de que me respire en el cuello mientras esté en este planeta. Darles a todos ustedes el "*Gran Empujón*", podría ser la respuesta...

Levantó su mano.

—... pero no estoy dispuesto a tomar esa dirección créame. Como sabrá, soy un jugador no un asesino. Vivo por mi ingenio, no por las armas, sin embargo, estas cosas pueden ser útiles de vez en cuando. Si damos con una forma que se adecue a todos nosotros, por supuesto cooperaré.

Jandler sonrió rascándose la cabeza. Sus hombres, unos pocos metros alejados de él parecieron relajarse y permitirse igualmente una sonrisa.

—Ahora, capitán Jandler, —dijo Lando—, esto es lo que creo que haremos.

La idea funcionó mejor de lo que Lando había esperado.

A bordo del *Halcón Milenario* había varias burbujas resistentes e hinchables de salvamento que podían ser arrojadas al espacio, con oxígeno y otros pequeños suministros. Un hombre podría vivir dentro de una de ellas durante varios días con moderada comodidad. No servían de mucho si algo salía mal en el espacio interestelar pero en las proximidades de un sistema solar donde ocurrían la mayoría de accidentes podrían mantener viva a una persona hasta que llegase el rescate solicitado mediante un radiofaro automático.

El plan original de Lando era transportar al contingente policial unas pocas unidades astronómicas y depositarlos en el espacio. Estarían lejos de él y de la figurativa cabellera de Vuffi Raa durante unos días y aún se mantendrían vivos para contarles a sus nietos la experiencia. Un final feliz para todos.

El pequeño droide lo hizo más alegre.

—Bien, amo, asunto concluido. Creo que los caballeros pueden abordarla ahora. —Vuffi Raa estaba sacando por la escotilla de carga bajo los motores de hiperpropulsión, el largo, negro y oxidado crucero en el que el equipo de agentes habían viajado a Rafa V. La presencia del pequeño navío había ayudado a Vuffi Raa a localizar a Lando en el último momento.

Lando trasladó el bláster a su mano izquierda acercando la derecha al capitán de la guardia. —Supongo que esto es un adiós entonces, capitán. Confío que usted y sus hombres disfrutarán del viaje.

Jandler sonrió. —Es mejor que un rayo láser en un ojo capitán Calrissian...

—Llámeme Lando, nadie más parece poder hacerlo.

—Lando, entonces. Cuando lleguemos ninguno de nosotros tendrá una particular prisa por presentar el informe. ¡Vamos chicos! —lo último pareció dicho con algo de filo. Los otros cuatro policías rápidamente asumieron ¿qué? ¿Quién, yo? *Una expresión*; Lando depositó su confianza en Jandler para mantener bajo control a todos ellos. No importaba. El plan era perfecto.

Los oficiales subieron en grupo a bordo. Lando les despidió y entonces miró a Vuffi Raa quien cerró la escotilla detrás de ellos.

—Treinta segundos amo.

—Muy bien salgamos de aquí.

Lenta, cuidadosamente y con una gracia imposible, el maltrecho cubo de la nave espacial fue levantado de la cubierta, dirigida por un programa que Vuffi Raa había calculado con su minúscula mente electrónica. Lando vislumbró el final de una antena de comunicaciones fundida y ennegrecida, una de las tres que el pequeño droide había destruido. Por el resto de su viaje el crucero estaría desconectado del resto del sistema de Rafa. Le llevaría una semana al alcanzar Rafa IV, último e ínfimo planeta de la colonia; una poco prometedora bola de barro girando en la oscuridad.

Una considerable instalación de investigación se había construido allí y una medianamente impresionante refinería de helio.

—¿No te habrás olvidado de las linternas verdad?

—Por favor amo, fue difícil para mí hacerlo, no me lo restriegue.

—Oh, muy bien. Pero sabotear los controles de la nave fue idea tuya, te lo recuerdo. Los guardias no pueden alterar el curso preprogramado y no pueden comunicarse con nadie hasta que estén lo suficientemente cercanos

para hacerles señales con esas linternas desde las ventanillas. Confío que les hayas enviado ese brandy de Oseon ¿Verdad?

—Sí, amo, y esos... esos...

—¿Holovideos? Son absolutamente imperativos viejo chicle mecánico. El paisaje donde van a estar es remarcadamente aburrido. —Dio un saludo final a medida que el crucero subía a través de una rara y alta configuración de nubes y desaparecía.

Vuffi Raa no dijo nada. En realidad se enorgullecía de su amo por no haber quitado las vidas de aquellos hombres y especialmente, por separarse de ellos bajo unas condiciones cordiales. Quizás los humanos, y éste en particular, no eran tan malas personas después de todo.

—Bien, —dijo Lando rompiendo los pensamientos del droide—, vamos a movernos nosotros. Vamos a buscar al Toka. ¡Voy a matar a ese buitres desnucado de Mohs, aunque sea lo último que haga!

Lo primero que hicieron después de despedir al contingente policial fue asistir las heridas de Lando. La congelación que había sufrido por las circunstancias en su aventura de la pasada noche, no era menos seria que un disparo de bláster bajo las mismas condiciones e incluso con las instalaciones médicas más modernas, podían conducir a la gangrena en cuestión de horas.

El *Halcón Milenario* no estaba provisto de todas esas instalaciones de medicina moderna. En un armario, Vuffi Raa descubrió una bañera de bacta portátil, una versión en miniatura de los grandes mecanismos donde se sumergían cuerpos completos para cicatrizar heridas más serias. Se adecuaba perfectamente a los pies de Lando. La desplegó en la sala común de la nave y la deslizó bajo la mesa del tablero de juegos donde Lando pensaba una jugada en el ajedrez Moebius.

O eso parecía.

—Por todos los demonios, Vuffi Raa, ¿dónde estarías tú en este planeta si fueses un viejo salvaje con un digno enfado detrás de ti?

—No podría decirle amo, lo inescrutable de las mentes orgánicas...

—Tonterías viejo droide. Tu mente es igual de orgánica que...

—Por favor amo, no he hecho nada para merecer ese insulto. Si verdaderamente lo desea consideraré el problema que ha planteado. —Se produjo el silencio, luego: —¿Por qué cree usted que nos hizo aterrizar el *Halcón* cerca de esa gigantesca pirámide amo?

Lando dejó el juego, golpeó el interruptor de apagado y observó el serpentino tablero de juegos desvanecerse y desaparecer de la parte superior de la mesa.

—Me he estado preguntando eso mismo. Es con mucho el edificio más grande del planeta, quizás del sistema y estoy seguro de que podría ser el más grande de toda la Galaxia. Por otro lado, los Sharu y sus inescrutables mentes, podrían haberlo usado para almacenar patatas.

—O el *Arpa Mental*.

—Sí, me atrevo aventurar que si el *Arpa Mental* fuera simplemente un dispositivo para decirle a los Toka que corrieran a traer la pipa y las zapatillas a

sus amos, entonces no merecería un lugar de descanso tan majestuoso. Sin embargo, una cosa es cierta: está donde ese bribón de Mohs se encontró con sus salvajes cómplices. Y como tal...

—Y como tal, —aventuró Vuffi Raa, —podría ser un maravilloso lugar para otra emboscada. Estése quieto amo, por favor mientras reviso sus orejas.

—Deja mis orejas fuera de esto amenaza mecánica, estaban bien antes.

—¡Amo por favor! Estoy programado para...

—¡Muy bien, muy bien! Luego desentumece tus apéndices de pilotaje. Vamos a volver a esa pirámide otra vez. Sólo por esta vez, llevó dos blásters pesados y un paraguas para mantener las flechas apartadas del cañón.

Mohs no fue difícil de encontrar. Cuando el *Halcón Milenario* llegó, estaba sentado en una duna a la sombra de la pirámide, cocinando un lagarto.

XIII

—Dos veces he dudado de usted señor; ¡Sí, como dos veces me lo demostró por error! ¡De muerte a este miserable criado para que no pueda deshonrarle nunca más!

El fuego creado con ramitas y hojas en un agujero excavado en la arena rojiza de Rafa V no era mayor que una taza de té. No logró calentar a Lando aunque se sentó con las piernas cruzadas a no más de medio metro de distancia tratando de evitar los nocivos humos que se elevaban de la rama que contenía un pequeño y repugnante reptil atravesado de lado a lado.

Una desagradable forma de morir, pensó el jugador, aún incluso para un lagarto. Y un almuerzo más feo aún.

—Mire Mohs, consideraré eso cuando no esté tan cansado. Le podría sorprender y aceptar la oferta. Mientras tanto, ¿Está aún interesado en utilizar la llave?

—¡Completamente señor! Demasiado tiempo mi pueblo, los miserables Toka han sufrido bajo el pulgar titánico de...

—Guárdese para una reunión de su alianza Vocalista. Todo lo que quiero saber es dónde poner esta cosa. Sí alguien, su pueblo por el momento, se beneficiará, ó si alguien pierde como resultado, bien, eso me importa tanto como una mancha en el casco de mi nave, se lo aseguro.

En secreto y en el fondo, el novato capitán estelar disfrutaba de la oportunidad de usar lo que creía era una resonante y complicada jerga espacial. Ahora que había comido caliente, bebido abundante cafeína y vestía ropas limpias y nuevas, se sentía totalmente garboso, incluso considerando la miserable noche que había pasado en el huerto vital.

—No daré ni una bocanada fuera de la esclusa de aire, incluso si Gepta se beneficia mientras no salga de este sistema con un cargamento completo y con el pellejo intacto, aunque no necesariamente en ese orden, ¿lo entiende?

Mohs se incomodó un poco con la mención del nombre del hechicero. Ahora, bamboleándose positivamente, estrujó sus huesudas manos a la misma vez. —Señor, su criado sabe perfectamente que usted dice esas cosas cínicas únicamente como prueba de mi fe, mi fortaleza y mis otras virtudes...

—Las cuales son demasiado ínfimas para mencionarlas.

—...las cuales son demasiado ínfimas para mencionarlas, como usted mismo ha dicho, señor. A pesar de eso, ¿le importaría no decir esas expresiones viles, blasfemas y mercenarias en la presencia mortal de este su humilde servidor? Causan desasosiego.

—Oh, ¿Lo hacen?, ¿Lo hacen?

Lando miró por encima de su hombro. Estaba seguro que al menos la mitad de ese "desasosiego" que sentía el viejo se debía a la imponente presencia del *Halcón Milenario* a unos cincuenta metros en un claro de arena, con sus baterías automáticas preparadas en un círculo protector para impedir una nueva emboscada. En el bolsillo interior de su chaqueta, Lando llevaba un transpondedor que mantenía las armas del *Halcón* preparadas para barrer un par de grados de terreno sobre cualquier persona que se acercase. Ésta era una precaución necesaria porque Vuffi Raa no estaba en las estaciones de batalla en el interior.

Estaba programado en contra de eso.

Algún tiempo atrás, Lando hubiese dejado de lado el resentimiento por la programación pacifista del pequeño droide y simplemente hubiese hecho planes alrededor de ello. En la derecha, fuera del rasgón de su chaqueta llevaba un segundo dispositivo con el cual podría disparar cada arma a bordo de su nave. Vuffi Raa podría manipular la apertura de la rampa de abordaje a medida que Lando correría hacia ella si cualquier cosa salía mal. No estaba en contra de su ética el tratar de salvar una vida. De hecho, el droide ya se había puesto a prueba a sí mismo en esa materia.

Pero para el problema entre manos.

—Bien viejo teólogo, cambiemos de tema: ¿Cómo supo que habíamos sobrevivido a la noche, y por qué nos esperó aquí cuando debería saber lo enfadado que estaría por lo de anoche?

Lando quería separarse del fuego. Alrededor de mil metros estaría bastante bien. El reptil cocinado, actualmente rondando entre las quemaduras de segundo y tercer grado, olía exactamente igual... igual, bien, Lando había olido cosas más apetitosas como las que se habían adherido al casco de su nave mientras las derretía completamente con vapor de los motores. No obstante, incluso la idea del fuego era atractiva; él no se había sentido completamente cómodo desde que habían aterrizado en aquel estúpido coágulo de arena, ni siquiera a bordo de la nave.

El viejo Vocalista abrió su boca. —Señor...

—¡AMO, FORMAS HUMANAS ESTÁN MOVIÉNDOSE DETRÁS DE ESAS DUNAS DE ALLÍ!

Mohs saltó al menos un metro. La voz del pequeño droide había llegado a ellos a través del sistema de megafonía externo de la nave, amplificando varios amperios su tono normal.

—Gracias, viejo engranaje. —respondió Lando en un tono normal. El *Halcón Milenario* tenía una excelente audición, al igual que Vuffi Raa. Lando rió ahogadamente a medida que el viejo shaman recobraba su dignidad.

—LAS FORMAS QUE SE ACERCAN PARECEN PORTAR ESAS BALLESTAS, AMO.

—Mohs, —dijo el jugador llanamente—. Le diré que tiene treinta segundos para decirle a su gente que se marche, después de los cuales usted va a intercambiar el sitio con esa pobre criatura que está cocinando. Le devolveré a la ISPCA, o al menos al Club de Sibaritas.

El Vocalista, lentamente se levantó y despachó a su gente con unas cuantas estrofas disonantes de lo que Lando pensó probablemente sería *La Canción de Retirada Estratégica*. Luego, se sentó otra vez, dio la vuelta al lagarto en la vara y dirigió la palabra a Lando.

—Les he dicho que se vayan, señor. Vinieron solamente por su protección. Ahora, si su sirviente puede disponer de unos momentos para fortalecerse y atender sus necesidades corporales, luego iremos a un lugar donde se... donde la llave puede ser utilizada. —Agarró el lagarto por la cabeza, tiró hacia atrás en un movimiento diestro y lo desgarró fuera de la vara.

—¡Patria Celestial! —gritó Lando, tragando para controlar la subida del tracto gastrointestinal—, ¿Va a comerse esa cosa?

Quince minutos más tarde, estaban de pie en la base de la pirámide. Incluso ladeada y regresiva como la pared frente a la que se encontraban, parecía gravitar sobre ellos como un fabuloso precipicio, infinitamente alto y amenazándoles con enterrarles en cualquier momento.

Vuffi Raa había bloqueado la nave completamente, uniéndose a ellos. El Vocalista Toka miró alrededor pareciendo buscar algo reconocible en lo que parecía ser una pared magenta sin rasgos sobresalientes. Finalmente, se detuvo y señaló.

—Ahí, —dijo con carácter definitivo—, aproximadamente a un metro por debajo, señor. —Quitó su brazo.

Lando puso los ojos blancos por la irritación. —Bien, no me mire. Soy el Portador de la llave. Usted es el sirviente. ¿Quiere una pala o hará este trabajo a mano?

El viejo Toka parecía consternado. —¿Yo, señor? Soy el Vocalista de...

—Un momento afables seres, —dijo el droide—. Puedo hacerlo antes de que ustedes dos terminen de discutirlo.

Dicho eso, sus tentáculos se convirtieron en un borrón de movimiento. Parecía una brillante aspa de sierra circular con un centro rojo. La arena brotaba por detrás de él en una estela como si se tratase de una absurda fuente; y como había prometido, acabó rápidamente.

— ¡Por todos los Dioses! —juró Lando golpeándose un puño con el otro por lo que vio donde Vuffi Raa había cavado. Mohs estaba alarmado en silencio, cayó sobre sus rodillas y comenzó a cantar en un tono bajo, un tono de quejido.

No debería ser posible. Dibujó una línea con su mano y escarbó en el material del contorno buscando una abertura de aproximadamente un centímetro. Podían hacerlo y fácilmente. Ahora, lo intentó colocando la mano como una batidora de huevos. La mano humana, es en su representación simple, una forma de dos dimensiones. Algo que requería tres dimensiones, no podía representarse de la misma forma; no sin incluir el elemento esencial de esas tres dimensiones. No, a menos que ese objeto fuese un artefacto Sharu creado por ellos mismos.

De algún modo, era más bien como si la pared fuese transparente cosa que realmente no era y daba la impresión de que la llave colocada en su lugar era aún visible dentro de ella. Pero no era realmente el caso. Por otro lado parecía como si la propia llave introducida estuviese pegada en el lateral de la pirámide, exceptuando que esa "*imagen*" (o lo que quiera que fuese), no se proyectaba en la superficie ni se insertaba en ella. El propio agujero se veía tan absurdo, tan imposible como la misma llave, si no más.

Y lastimaba la vista de la misma forma.

Lando dio un paso atrás, parpadeó y negó con la cabeza tratando de reorientar sus ojos.

—Muy bien Mohs, supongo que nos contará exactamente lo que dicen sus canciones sobre lo que presenciemos y suceda si utilizamos la llave en él.

El viejo canturreó un poco para sí mismo, como para conseguir el tono correcto. Entonces, como si supiese los datos de memoria tuvo que buscar el lugar correcto antes de comenzar.

—Este es el "*Gran Cerrojo*" señor. Por generaciones incontables, ningún Toka u otro extranjero proveniente de las estrellas, ha entrado ni en el más pequeño de los santuarios sagrados que los Sharu dejaron atrás.

—Maravilloso. Ya sabíamos eso.

—Ah, sí señor, pero ahora es como le voy a contar: Entraremos sin entrar. Recorreremos las cámaras sagradas, pero nuestros pies no harán ecos. Viajaremos a sus esquinas más alejadas sin ir a ninguna parte. Soñaremos allí dentro sin dormir, y sabremos sin aprender. Y a su debido tiempo y en el momento adecuado, descubriremos el *Arpa Mental*; liberándola y liberando a...

—Muy bien, muy bien. Política otra vez. Déjeme pensar sobre esto un minuto. —golpeó experimentalmente el borde más bajo de la pirámide donde sobresalía de la tierra. No se produjo ningún sonido, y ninguna sensación de impacto. Fue como darle una patada al agua o al más fino polvo—. ¿Vuffi Raa?

—¿Sí, amo?

—No me llames amo. ¿Qué opinas sobre este asunto enterrado? —Cogió la llave de su bolsillo, la giró en la mano y volvió a colocarla en el mismo sitio.

—Creo que he retrasado largamente la tarea de lubricación amo, y lo haré tan pronto como regresemos a casa y...

—Pensaba que tus áreas lubricadas estaban perfectamente selladas.

Se produjo un gesto tímido en el único ojo del droide. —Sí amo, pero recibí bastantes perforaciones y perdí una buena cantidad de... oh, no puedo ver ninguna alternativa a usar la llave a como sugiere Mohs, amo. Por mucho que me gustaría.

Lando rió. —No me gusta mucho eso de entrar sin entrar ni soñar sin dormir a decir la verdad. Escuche Mohs, hablando claro, ¿qué más puede hacer por nosotros?

Por primera vez, el viejo pareció estar incómodo en Rafa V. Tenía la piel de gallina y temblaba por algo más que el frío, ó algo más.

—Eso es todo lo conocido por los Toka, señor. Es todo lo que dice la canción. Su humilde y obediente sirviente lo confiesa; en su indigna conducta, no esperaba marcharse de este lugar sin usar la llave. Todas esas generaciones innumerables esperando y esperando... ¿Por qué yo, señor? ¿Por qué en mis días?

—Felicidades Mohs, usted será tan conocido como algunas de las grandes figuras históricas. Esto es lo que querían saber, generalmente con el mismo tono de voz desgraciado y desesperado.

Nuevamente Lando sacó la llave y la miró desagradablemente. —Bien, no hay tiempo como el presente. Mantén tu ojo abierto Vuffi Raa. Mohs, ¿Qué dice su canción acerca de usar esta cosa? —Suprimió un estremecimiento.

El viejo hizo un encogimiento de hombros muy expresivo.

—Eso es lo que me gusta, —dijo Lando—, que me ayuda precisamente cuando lo necesito. ¡No pasa nada!

Lo cual fue precisamente lo que ocurrió. Lando presionó la llave contra el cerrojo en una posición y ángulo que parecía el más probable. Era algo así como meter un barco en una botella o al menos eso pareció al principio. Luego,

en cierto modo desafiando a la vista y revolviendo el estómago, la llave estaba en la cerradura.

El sol brilló. El viento sopló. La arena permanecía en el suelo.

Lando miró a Mohs, quien todavía mantenía su encogimiento de hombros. La utilizó. El jugador miró a Vuffi Raa. Vuffi Raa le devolvió la mirada. El droide y el viejo shaman intercambiaron miradas. Ambos miraron a Lando.

—Bien Mohs, le he dejado hacer su desayuno o como quiera que lo llame, pero yo me tomaría otro aperitivo. Esto parece ser un engaño. ¿Que diría si reparásemos la nave y a Vuffi Raa?

A la vez que hablaba al viejo, comenzó a girarse para mirar al droide.

Vuffi Raa había desaparecido.

—¿Mohs?, ¿Ha visto...? ¿Mohs?

En el mismo instante que Mohs desapareció del campo visual de Lando, desapareció exactamente igual que el droide, sin un sonido, sin un movimiento.

El sol brilló. El viento sopló. La arena permaneció en el suelo.

XIV

Lando Calrissian no era ordinariamente un joven físicamente expresivo. Su sustento y bienestar dependían de su agilidad y control, la manipulación sutil de objetos delicados y el empleo de un juicio fino y enmascarado.

Descargó un puño contra la pared de la pirámide.

Y se tambaleó con la sorpresa. Donde antes el contacto con el edificio había sido más bien algo parecido a una zambullida ilusoria pero incuestionablemente real, ahora la experiencia había cobrado el aspecto de una fantasía.

Su mano atravesó la pared y desapareció como si la estructura fuese un holograma. Sacó la mano echándole un vistazo y flexionándola. Inspeccionó la pared sin tocarla: el mismo material sin rasgos sobresalientes, aparentemente insensible al tiempo, el clima, y a los mayores esfuerzos del hombre. Incluso había una fina patina de polvo, una capa de aceite o grasa que parecía recubrir todo en el interior de la atmósfera del planeta. Lando podía ver un simple cabello, ni suyo ni de Mohs; quizás de algún animal que había vagado por allí o que había sido arrastrado por el viento hasta que se pegó allí.

Volvió a meter su mano nuevamente a través de la supuestamente sólida pared. Nuevamente, desapareció hasta la muñeca. Dio un paso adelante hasta que perdió de vista su codo y temblando, se hecho hacia atrás. Nuevamente, su mano, su brazo estaban intactos, ilesos.

Lando Calrissian no era otra cosa que un individuo cauteloso. Algún otro podría haberse zambullido a través de la pared en pos de Vuffi Raa y Mohs, para llegar donde ellos habían ido. ¿Pero, a qué destino? Si tu mejor amigo desapareciese por una trampilla en el suelo, ¿le seguirías hasta las lanzas de acero de debajo?

Lando introdujo otra vez su mano en la pared no encontrando más diferencia en la resistencia que antes. Era como si la pared no estuviese allí exceptuando para la vista. Volvió a introducirla tratando de percibir algo. No había suficiente brisa en el exterior por lo que no podía calcular los efectos del viento sobre la pared. La temperatura era la misma. Tenía los dedos libres para moverlos, abriendo y cerrando su puño. Chasqueó los dedos sintiéndolo, pero no pudo escucharlo fuera de la pared.

Introduciendo la segunda mano, palpó la primera. Sintió ambas normalmente. Dio una palmada sintiendo la sensación, pero sin escuchar el usual ruido resultante. Era curioso. Colocó su mano derecha alrededor del brazo izquierdo y la deslizó lentamente hacia arriba hasta que la mano reapareció emergiendo del agua, exceptuando que aquella superficie era vertical. Se inclinó para recoger un puñado de arena, volvió a introducir su brazo vertiendo la arena de una mano a la otra.

Extrajo sus brazos y tirando la arena al suelo...

...y dio un paso a través de la pared.

Algunas veces tenías que arriesgarte.

No lo había pensado antes.

El viejo Mohs, anciano y reverenciado Alto Vocalista de los Toka de Rafa, había estado apoyándose contra la pared de la pirámide cuando el Portador de la llave la insertó en su lugar. Repentinamente, la pared había desaparecido y en su corta caída hacia la oscuridad casi había pedido sus vestimentas.

En toda su larga, larga vida, Mohs se había aguantado las frías corrientes de aire que se había encontrado con su simple envoltura. Ahora, incluso en la oscuridad, incluso en aquel lugar santo pero aterrador, se le vino a la mente que podría despojarse por un largo tiempo de sus telas plegadas entre sus dos piernas y eliminar la calada.

¿Por qué no lo había pensado antes? ¿Por qué no lo hacía nadie más entre su pueblo? Se encontró pensando cínicamente que aquel trozo de información aislada no valía cien canciones absurdas sobre... *¡No! ¡Eso era blasfemia! Sobresaltado, tratando de mirar con atención en la absoluta oscuridad a su alrededor, temeroso de... de... ¿de qué?*

Pensó en ello.

Le parecía que había estado pensando mucho en los últimos minutos.

Finalmente, se decidió por lo que había sido su primer impulso por cuenta propia que había hecho nunca, esperando a que se ajustasen sus ojos. Se sentó sobre una superficie firme, elástica, disfrutando del nuevo calor encontrado.

Y nuevos pensamientos trabajando en su mente.

¡Habían sido horas!

Cuatro horas, veintitrés minutos y cincuenta y cinco segundos para ser precisos por el cronómetro interno de Vuffi Raa. Él nunca vio realmente el cronómetro, sólo lo supo. *Problemas establecidos por las habilidades, reflexionó, como poder pilotar una nave estelar por ejemplo, negándole el deseo de adquirir esos nuevos conocimientos para sí mismo. Mejor que ser como un ser humano, pensó, sin el programa innato, con la capacidad y la necesidad.*

¿Un ser humano? ¿Qué estaba pensando?

El había estado aproximadamente, no, exactamente a diecisiete centímetros de tocar su tentáculo más cercano, y aún, cuando Lando había activado la llave, repentinamente, él y Vuffi Raa estaban aquí (donde quiera que fuese), al otro lado de la pared.

Cinco horas, veintinueve minutos, treinta y un segundos.

Exactamente ¿donde era aquí?, pensó Vuffi Raa gramaticalmente, era por sí misma una buena pregunta. Él se había sentido extrañamente aislado, sólo por un buen rato, y raramente, ese sentimiento le había preocupado tanto que había pasado por alto examinar sus alrededores con entusiasmo. El sentimiento, no se había desvanecido, se hacía peor, mucho peor. Ahora, era necesario hacer investigaciones, incluso si solamente le quitaban de la mente sus emociones.

De su suposición de estar dentro de la pirámide, no podía ver evidencias. Estaba en un corredor brillantemente iluminado, aparentemente kilométrico

entre él y el techo. Su radar incorporado, no tenía suficiente alcance para llegar al techo, aunque estuvo tentado de hacer eco.

El área que ocupaba era un rectángulo largo de unos cinco metros por quizás cincuenta. Detrás de él, había una pared semitransparente a través de la que podía ver lo que parecía un vasto cilindro de varios pisos de altura, muy parecido a una cisterna de almacenaje de combustible y hecha aparentemente del mismo material que todo lo demás allí. En frente suyo, una pequeña y circular subcámara llena de corredores de pared a pared. No obstante, podía ver más allá en varias de sus direcciones sabiendo que dividía la cámara precisamente por la mitad.

A la derecha e izquierda, los corredores similares eran paralelos, visibles a través de las paredes, iguales a las que estaban detrás de él, e idénticas a en la que se encontraba exceptuando que carecían del pequeño y circular "*depósito de almacenamiento*"

Giró hacia la izquierda.

Hasta donde seguía la pared no había salida. El espacio disponible se hizo más pequeño y estrecho a medida que se acercaba a la circularidad. Finalmente se detuvo, volvió sobre sus pasos y tomó la dirección de la derecha. Esta vez, cerca del ángulo entre la pared y el depósito encontró una grieta. Dio un paso a través de ella hasta el siguiente corredor. La luz predominante era azul como había sido en la cámara que había dejado, pero aquí era ligeramente más brillante. Cruzó el corredor y encontró otra abertura en la pared y entró directamente en la tercera cámara, idéntica a la segunda.

La cuarta cámara era diferente, con cinco corredores, pero no regulares. La única grieta estaba a mano derecha en la pared, una muy pequeña obligándole a girar a la derecha. La siguiente cámara era una imagen idéntica de la última con una serie de cámaras rectangulares comenzando nuevamente.

Continuó caminando, solo, y por primera vez en su vida, realmente asustado.

Siete horas, dieciséis minutos y cuarenta y cuatro segundos.

Desde el interior la pirámide era transparente.

Eso fue lo primero que Lando advirtió. Fuera podía ver el sol brillando, el color rojizo de la arena, unos arbustos, y perfectamente asegurado (aunque más lejos de lo que le hubiese gustado) el *Halcón Milenario* esperando pacientemente su regreso.

Esperó que no tuviera que esperar por mucho tiempo.

Era difícil juzgar el espesor de la pared. No era completamente transparente, pero disimulaba una tinta azulada muy pálida. Detrás de él había una cámara vacía y se dio cuenta de que había una buena probabilidad de que sus ojos fuesen engañados en cierto modo. A unos cientos de metros podía ver una de las paredes de las cinco caras del edificio, más arena y el desierto más allá. Las paredes se unían en un punto quizás a unos doscientos metros sobre su cabeza. El problema con aquello era que el edificio era de varios kilómetros en cualquier dirección que escogiese medir.

Las paredes entonces, eran sofisticados dispositivos de visión transmitiendo la ilusión de que el edificio era mucho más pequeño en escala humana, de lo que en realidad era.

Lando gritó: —¡Vuffi Raa! ¿Dónde estas? ¿Mohs? ¡Respondedme!

No había un eco decente. Él...

¿Qué era eso? Incrustada en la pared por la que había cruzado y adherida como una mosca al ámbar estaba la llave. Trató de alcanzarla y se raspó malamente los dedos. La pared se había hecho de cristal sólido y la llave estaba por lo menos a un metro fuera de su alcance. Era su camino, el de Vuffi Raa y aparentemente el de Mohs dentro de la pirámide.

Miró alrededor de la cámara sin rasgos sobresalientes en la que se encontraba. De pared a pared, un suave piso reflectante se estiraba falto de mobiliario o instalaciones fijas. Era más bien como estar en el interior de un almacén grande y desierto. A través de las paredes, el cielo estaba ligeramente más brillante y azul de lo que era en realidad.

El desierto era un poco más oscuro: rojo y azul creando el púrpura. La transparencia tenía otro efecto curioso; hacía que todo lo que se encontraba fuera tuviese la apariencia de que estaba muy lejos, sutilmente encogido por la perspectiva y la refracción. Quizás las paredes eran minuciosamente curvas. El *Halcón* casi parecía una maqueta, un juguete de niños.

Quizás debería buscar otra salida. Debía de haber otra salida.

Aumentando su desesperación, Vuffi Raa se detuvo para descansar.

Estaba impulsado internamente; una batería de micro-fusión casi inagotable estaba permanentemente encendida dentro de él, requiriendo una mínima cantidad de materia para mantenerse a ella misma (y a Vuffi Raa) operativos.

Pero el pequeño droide estaba cansado.

En una vida infinitamente más larga que la de su amo, confortable y reflexiva, el droide no podía encontrar otra forma de llamarlo que sentirse solo o aislado. Allí, en aquella serie de cámaras vacías e interminables era como ser una pieza de un enorme juego sin sentido, movido de un lado a otro por unos vastos dedos desinteresados y poco comunicativos.

El pequeño droide estaba asustado.

Había caminado una distancia considerable. Seis cámaras rectilíneas desde la primera en la que había aparecido, con sus cámaras apenas auditivas, y el depósito circular en el centro. Entonces, otra habitación depósito. Las cuatro vacías, la última de las cuales le había forzado a girar en un recodo a la izquierda. La siguiente cámara no tenía lógica, aunque tenía una abertura estrecha para pasar por ella. Luego, otra cámara vacía y otro giro a la izquierda, tres cámaras planas e iluminadas de azul más y otro depósito.

El patrón se repetía sin cesar, una y otra vez, con el droide más desconsolado en cada pasaje y vuelta infructífera. Esto no se parecía al mismo planeta, la misma realidad y mucho menos al mismo edificio en el que por accidente se había introducido.

Siguió vagando.

Trece horas, cuarenta y cinco minutos, veintiocho segundos habían pasado.

Otro giro a la derecha (el primero desde que comenzó), dos más a la izquierda y otro a la derecha. Dos más a la izquierda. Y siempre el mismo azul sombrío y vacío tiñendo las cámaras y ocasionalmente las vacías columnas circulares en el centro; dos giros más a la izquierda, *¿Cuanto tiempo se extendería esto?*

Diecinueve horas, once minutos, cuatro segundos.

Perdido en sus pensamientos Mohs no se dio cuenta de que el que no pudiera ver no le importaba mucho, el no iría a ninguna parte por el momento. No había ninguna prisa. Él solo había estado allí por un par de minutos y antes de que otro par de ellos pasase, El Portador y El Emisario, vendrían a buscarlo.

O no.

Realmente no tenía mucha importancia. Apenas se dio cuenta pensando en su taparrabos de nuevo. *Si lo cogía, la larga tira rectangular de tela estirada de punta a punta, pero torciéndola media vuelta antes de unir las dos puntas, obtenía un resultado muy curioso: un objeto con un solo lado y un filo. ¿Cómo podía ser aquello cuando todo al menos tenía dos caras? No estaba seguro. Debería de haber algún secreto importante en aquella forma de la tela, razonó, algún indicio en la naturaleza fundamental del universo. Pero el secreto seguía eludiéndole allí a oscuras, pareciendo a duras penas estar fuera de su alcance. Era molesto.*

Consideró la pregunta, escogida sobre ello, la desenredó como al trozo de tela casera del que estaba hecha su ropa. No fue fácil, pero cuanto más pensaba, más fáciles parecían volverse las cosas.

Actualmente, se habían vuelto muy simples.

Mohs se rió.

Lando escuchó a alguien reírse.

Se giró y ahí estaba Mohs donde no había estado un momento antes, en cuclillas sobre sus talones, con un brazo a través de su regazo desnudo y el otro fortalecido entre la barbilla y una de sus rodillas. Olvidado en el piso ante él permanecían tres metros o así de un gris y envejecido taparrabos, colocado en círculo y retorcido en un gran cilindro blando. El viejo había regresado a Lando.

—¡Mohs! —gritó Lando—. ¿A dónde te fuiste?

El viejo se rió ahogadamente sin cambiar de dirección. —Aparentemente al mismo lugar que usted, capitán. ¿Qué hora es?

Extraña pregunta para un salvaje desnudo, pensó Lando. Recorrió con la mirada su crono de pulsera. —Diría que quizás han pasado veinte minutos desde que se desvaneció a través de la pared. ¿Que ha estado haciendo todo ese tiempo? ¿Solamente estar sentado?

—¿Que sugeriría que yo hiciese, capitán? —El viejo se levantó, giró sobre un talón para mirar a la cara a Lando—. Pensé que era mejor que perderme. No puedo ver ni mi mano frente a mi cara aquí dentro.

—¡Dios, hombre! ¿iQué le pasa a sus ojos!?

El viejo parpadeó, los párpados cayeron sobre los globos oculares que eran como cristales blancos opacos.

—¿Mis ojos? No les pasa nada a mis ojos capitán. —el anciano Vocalista sonrió—. ¿Qué le ocurre a los suyos; no puede ver la oscuridad?

Vuffi Raa no estaba perdido; simplemente no sabía dónde estaba. Desde que había desaparecido a través de la pared de la pirámide, había vagado directamente por aquel extraño laberinto azul e iluminado para que pareciese el día y tomando caminos que no ofrecían alternativas. Las únicas opciones que podía tomar era permanecer allí o ir hasta donde pudiera, y siempre había preferido la acción a la inoperancia.

Había dado cuatro giros a la derecha (cada uno de ellos llevándole a través de dos cámaras extrañamente configuradas), y seis vueltas a la izquierda, pero no necesariamente en ese orden. Antes de mucho tiempo había acabado exactamente donde había comenzado; no mas cerca de algún destino significativo y sin saber nada sobre aquella ratonera construida para no encontrar a sus amigos.

Solamente una máquina dijo Lando una vez. Vuffi Raa se preguntó si su amo sabía cómo de sola podía sentirse una máquina. El mismo Vuffi Raa no lo había sabido hasta las últimas horas. Veintisiete; y para ser exactos, más treinta y seis minutos y once segundos. Estaba tres cámaras más allá de una de esas con una pequeña subcámara circular. Eso quería decir que entraría en una cuarta lo cual le obligaría a hacer un giro a la izquierda. Luego, una más a la izquierda, cuatro cámaras más y volvería a estar donde había comenzado.

Y bastante más desanimado con el asunto.

Encontró el punto en la pared reptando a través de él. De seguro, ninguna de las paredes dentro de aquel lugar incluyendo la que había atravesado le dejarían pasar excepto hacia la izquierda. Lo tomó, con la luz un poco oscurecida como siempre en las cámaras con los depósitos circulares, y caminó automáticamente a través de la cámara, pasó el tanque y fue hasta el final de la pared.

Y se golpeó ruidosamente contra ella; esta, no le dejaría pasar.

Bien, eso era algo nuevo. Por raro que pareciese, eso no le alentó o incluso aliviar el aburrimiento que se había convertido en su único compañero. Si él hubiese sido un mamífero, entonces se hubiese levantado, rascado su cabeza, desplegado sus brazos por la exasperación y echo un juramento.

Se levantó de allí; colocó un tentáculo en su caparazón cromado, rascándolo distraídamente mientras replegaba dos tentáculos con disgusto.

—iInterferencias! —dijo comenzando a pensar en ello.

Explorando la cámara sin precedentes, caminó a lo largo de la pared izquierda oprimiendo de regreso a través de la estrecha abertura después del tanque circular. La pequeña pared a través de la que había llegado era ahora

completamente impenetrable. Comenzó a andar a tientas a lo largo de la mitad de la otra pared y antes de hacer llegar al tanque, hizo otro descubrimiento.

Hasta ahora, las zonas redondeadas que él prefirió llamar tanques eran tan sólidas e infranqueables como cualquiera de las otras paredes; pero este era diferente. Pudo insertar un tentáculo a través de él. Por falta de otro curso de acción mejor, siguió al tentáculo al interior del área circular donde a lo largo de la curvatura interior, había una incandescencia profunda de tono amoratado. Como esperaba, "*el tanque*" no le dejó volver atrás; entonces, palpó cuidadosamente la sección incandescente. Sí, la zona era traspasable.

Dio un paso a través hasta un cuarto rectilíneo exactamente igual a los otros por los que había vagado el último día.

Sólo este brillaba con un color escarlata.

Uno, dos, tres, cuatro. Debería estar entre dos de las cámaras azules de tanques, pero allí no había ninguna. Cinco, seis, siete cosas extrañas. La pared lejana pareció tirar de él, y la radiación roja era un poco más débil aquí. Dio marcha atrás y pensó.

Treinta y dos horas, quince minutos, cuarenta y dos segundos habían pasado desde que entro en aquella confusión. Ahora, no prestaba mucha atención a cómo salir de ella.

Dejó a la pared tirar de él y dio un paso a través...

Lando se sentó contra la pared transparente de la pirámide con la cabeza entre sus manos. La última media hora había tenido un shock, pero eso era lo peor de todo. Donde habían estado los ojos del viejo Vocalista, ahora había un par de feas y profundas heridas; eran verdaderas aunque no daban señales de infección tal y como el viejo no daba señales de dolor. Pero estaba ciego; horriblemente y odiosamente ciego.

Y feliz de ello.

—Capitán, —dijo Mohs—, por favor, no se preocupe. No hay nada gratis en esta vida. Parece que he cambiado mis ojos por inteligencia. Ahora se lo que fui: un salvaje retrasado que podía ver pero que no entendía lo que veía. Ahora soy inteligente, civilizado, quien además es ciego. ¿No cree que sea un trato justo?

Lando gruñó escarbando ociosamente una línea diminuta en el polvo acumulado entre la esquina de la pared y el piso con un dedo. Algo diminuto centelleaba allí; como una mota de metal, una mota de plata. *Curioso*, Lando apartó el polvo de ella. Era mejor que contestar a Mohs, ya fuese sincera o hipócritamente. Nada podía compensar la ceguera.

—Además, capitán. Mi recientemente encontrado nuevo razonamiento, parece servirme en lugar de los ojos en cierta forma. Puedo decirle que usted está sentado a mi izquierda, apoyado contra la pared y hurgando en una esquina con un dedo. Creo que lo se deduciendo los sonidos que usted hace, por los hábitos de su personalidad y los que he podido observarle haciendo.

—Me alegro por usted Mohs, —masculló Lando irritado. Repentinamente, la diminuta y rugosa mota aumentó y Lando retiró abruptamente su mano hacia atrás—. ¡Hijo de... Mire esto!

Sin advertir que se lo había dicho a un ciego, Lando miró a la esquina. Había allí una araña; una diminuta, brillante y muy rápida. Se movía rápidamente y al borde del frenetismo tratando de escapar de Lando. No podía tener más de tres milímetros de diámetro.

Lando estiró su mano sin miedo y detuvo el avance de la araña sobre su pulgar, bajándola luego del dedo hasta la palma de su otra mano...

Y vio a un microscópico Vuffi Raa, acelerado sesenta veces su velocidad normal, moviéndose sobre sus tentáculos y tumbándose.

XV

Nunca nadie había acusado a Vuffi Raa de ser estúpido.

Por supuesto que había reconocido al gigante de cien metros gravitando sobre él en el mismo momento en que había atravesado la cámara iluminada de escarlata a través de la pared interior de la pirámide. Era su amo y lo que más le sorprendió fue el sentimiento de que a pesar de su apuro actual estaba en casa.

Aparentemente Lando captó también la extraña situación. Había colocado su pulgar contra el suelo frente a Vuffi Raa, manteniéndolo allí durante todo el minuto que le llevó al diminuto droide trepar por él.

Por su parte, Vuffi Raa tuvo mucho cuidado: la uña del dedo a esa escala era áspera y llena de agarraderos; pero la carne parecía suave y esponjosa. Fue delicado usando sus cinco tentáculos y esparciéndolos hacia fuera para disipar su masa. Un paso en falso y perforaría cruelmente a su amo como una aguja y quizás, precipitarse a sí mismo al desastre.

Pero ahora esa no era la situación.

Con una estabilidad lenta e increíble, Lando había elevado al droide al nivel de su vista y luego, a través de su pecho montañoso, colocándolo sobre la otra mano. Vuffi Raa se desplomó sobre la mano que le esperaba colocándose derecho y mirando hacia arriba al gigantesco ojo que le miraba con atención.

—¡Amo! ¡Que desastre! ¿Qué es lo que vamos a hacer?

—EEEVVVUUUFFFEE EEEUUURRRAAAHH, —respondió Lando tomándose al menos veinte segundos para hacerlo, con voz baja y ensordecedora. Un ser vivo, en la situación de Vuffi Raa no podía haber escuchado lo que Lando dijo al pequeño droide, pero su rango de audición era impresionante y seguramente lo había entendido.

Ahora, el droide entendía la estabilidad antinatural de su amo. Parecía como si hubiese alguna diferencia en su percepción del tiempo correlativa a la diferencia del tamaño. Lando vivía en un porcentaje bastante más lento que Vuffi Raa. Vuffi Raa consideró el problema de que lo que parecía un milisegundo a su amo. Después dio una serie de chirridos ruidosos esparcidos uniformemente por el excedente de tiempo de alrededor de un minuto, formando cuidadosamente cada estallido calculando la falta de definición anterior y uniéndolas en algo que el gigante pudiese entender.

—No puedo entenderle amo. —Lando escuchó un diminuto hilo de voz—. ¿Puede oírme?

Lando no era estúpido tampoco. Él podía ver lo rápido que se movía Vuffi Raa en su mano y se figuró que al menos el metabolismo fluía diferente para cada uno de ellos. Él incluso tenía una buena idea de cómo Vuffi Raa lograba comunicarse con él aunque no sabía como podría él comunicarse con Vuffi Raa.

Lando optó por palabras cortas. —Sí.

Vuffi Raa lo recibió como un "EEESSSIIIIIIIIIEEE", pero su cerebro de alta potencia la unió en un bloque (como eventualmente había aprendido a hacer cuando Lando le llamaba por su nombre), y formuló una breve respuesta aunque le tomaría un tiempo más largo el transmitirla.

—Pregúntele a Mohs sobre esto.

—iOOOKKKAAAYYYYY!

De gigante a gigante: —Esto...Mohs viejo amigo, ¿qué dice su recién descubierta nueva aptitud cognitiva sobre esta inquietante vuelta de los acontecimientos? Tengo aquí al droide más pequeño de la galaxia pero no creo que él aprecie esa distinción demasiado.

Envolviéndose el taparrabos alrededor de su cintura mediante el tacto, el viejo shaman caminó hasta donde se encontraba el jugador acercando una oreja al diminuto droide en lugar de mirarlo con sus maltrechos ojos y pensando su respuesta por un momento.

—No conozco ninguna canción que hable de una cosa como esta. ¿Puede o no puede oírnos?

—Sí, —le llegó una diminuta y cristalina réplica casi tan rápida como Mohs articuló la pregunta y mucho antes de que Lando pudiese responder. Aquel método de comunicación parecía funcionar satisfactoriamente para los gigantes orgánicos, descubrió Lando, pero debería ser agonizante para las prisas del acelerado y diminuto droide ya que cada palabra requería muchos segundos para juntarlas, y luego aún la molesta espera de los humanos con su tiempo de reacción más lento para contestarle.

—Capitán, —dijo el viejo hombre aparentemente no dispuesto a dirigirle directamente la palabra a la diminuta araña mecánica—. Puedo ver, retóricamente hablando que no hay otra alternativa inteligente que continuar nuestra búsqueda del *Arpa Mental*. No podemos hacer nada por su amigo aquí. Quizás exista alguna solución más adelante.

—De acuerdo, —dijo Vuffi Raa antes de que Lando tuviese posibilidad de pensarlo si quiera. Mientras, el droide en miniatura tuvo tiempo de examinar completamente fascinado la mano de su gigantesco amo. La epidermis era ripia como un campo de pizarra y los finos cantos eran como surcos hechos por un arado. El pulso de Lando era tranquilo, estable como un seísmo cada pocos minutos. Los poros abiertos yacían desparramados como agujeros hechos por ardillas de tierra.

Finalmente, mucho después de que Vuffi Raa se hubiese cansado de sus exploraciones:

-AAAIIEEEGGGIIIEEESSS EEEIIYYOOOLYUURRR EEERRRAAIIITTT.

Eventualmente, Vuffi Raa logró comunicar una pregunta sobre sus planes de viaje. Estaba dispuesto a hacer su exploración del edificio a pie como los humanos pretendían hacer, pero su rango de movimiento sería mucho menor por su tamaño y la rugosidad del área. Consecuentemente, sugirió que lo transportasen de alguna manera y reservadamente preguntó cómo y dónde.

—Siempre he fantaseado con tener un pendiente, —dijo Lando al sorprendido droide—. ¿Crees que podrías ingeniártelas pero sin desgarrar mi lóbulo? —Eso podría hacer la comunicación un poco más fácil y cambiaría la situación de que Vuffi Raa se hiriese o cayese ya que Lando se inclinaba a tener cuidado de herirse la cabeza.

—Capitán —dijo Mohs una vez zanjado aquel asunto—, se supone que hay una salida de la cámara por allí en alguna parte cerca del centro. ¿Puede verla?

Por el relativamente poco tiempo que llevaban allí, la atención de Lando había estado dirigida hacia el exterior, a través de las paredes transparentes.

Se dirigió hacia Mohs y vio la condición digna de compasión de sus ojos, luego la de Vuffi Raa. Luego dio una buena mirada alrededor. No fue fácil: el suelo estaba reluciente; como si fuese transparente sobre una base más oscura. Guió al viejo Vocalista hacia el centro de la cámara a aproximadamente a unos cincuenta metros con el pequeño droide aferrándose con sus cinco tentáculos a su oreja.

Delante de ellos yacía una rampa inclinada en el piso y a ras, sin antepechos u otro embellecedor. Lando pensó que no la habían advertido antes porque había estado mirando directamente a través de la superficie reflectante desde el otro lado.

Estaba extrañamente oscuro en la mitad de la cámara bajo el pico de la pirámide. El lúcido brillo del sol presentaba unos contrastes extraños que alteraron los nervios de Lando.

—¿Y bien amigos? —preguntó Lando a nadie en particular.

Nadie replicó.

Se encogió de hombros y dio un paso recordando que era demasiado tarde; eran el tipo de cosas en las que solía meterse..., en primer lugar. Tan pronto como lo colocó en la superficie descendente, su pie comenzó a deslizarse hacia adelante por sí mismo. Dio un salto uniendo su otro pie al primero y se encontró moviéndose justamente como decía la canción profética de Mohs: estaba sobre algún tipo de plataforma vidriosa y sin rasgos sobresalientes.

Miró hacia detrás. Mohs estaba en la retaguardia con una expresión perturbada y aparentemente no muy contento al darse cuenta de que sus canciones estaban cumpliéndose.

Bien, pensó Lando, ¿estará alguno de nosotros realmente preparado?

El lugar en el que habían entrado era extenso; quizás de diez metros de ancho y a medida que descendían a través del suelo y del túnel parecía nivelarse. Vieron que el techo sobre sus cabezas estaba aproximadamente a la misma decena de metros del piso en movimiento. Las paredes se levantaban directamente del suelo e inclinadas sobre un arco en lo alto.

Al principio las paredes no tenían rasgos sobresalientes y daban la impresión de transparencia sobre la oscuridad. El piso no mostraba marcas de partes mecánicas móviles; un objeto sobre el que estaban colocados simplemente fluía en el mismo sentido en el que viajaban Lando, Mohs y Vuffi Raa. Si el piso completo se movía con ellos, era algo que no pudieron determinar.

—¿EEEEIIUUU OOOGGGAIIII, EEEVVUUUFFFIII EEERRRAAAHHH?

Vuffi Raa se pegó a la oreja de Lando, observando, midiendo y tratando de hacer su parte desde que transportaban su diminuto peso, pero la mayor parte de su mente estaba concentrada en el problema de su tamaño. Asumiendo que era él mismo el que estaba miniaturizado violando las leyes de la física no quería pasar el resto de su vida de ese modo. Los droides vivían mucho, mucho tiempo.

Por otro lado, supuso que fue Lando y su compañero nativo los que en cierto modo se habían agigantado violando otras leyes de la física muy diferentes. Vuffi Raa no pensaba preguntarles las percepciones que ellos sentían sobre eso.

Sus contemplaciones se interrumpieron por la parte de su cerebro que estaba vigilando. Dio un suspiro mecánico interno, preparándose para otro intento tedioso de comunicación.

—Amo, el corredor comienza a curvarse.

—¡No tan fuerte Vuffi Raa! ... ¿Curvarse? —Lando echó un vistazo alrededor. No podía verlo; debería ser muy gradual. Un pensamiento se le ocurrió: —¿En qué porcentaje? En algún punto detrás de nosotros habrá comenzado a girarse, y deberíamos haber visto la unión por nuestro bien.

—Creo que no... Es un nivelado delicado... comenzando una espiral gradual descendente.

—¿Entonces? ¿En qué porcentaje? —repitió Lando.

El viejo Vocalista Toka les escuchó con un extraño gesto en su cara cegada. —¿Cual es el diámetro aparente de la espiral?

—¿En qué escala?

Lando se rió ahogadamente. —Una buena pregunta. Hágala mía con su permiso. Le hacía fuera de esto ¿o no?

Vuffi Raa se refrenó de decir que Lando no había sido muy bueno hasta ahora en calcular cualquier cosa y solamente en parte porque las comunicaciones eran algo semejante a una tarea. En lugar de eso, simplemente dividió absolutamente todo lo que captaban sus sensores por aproximadamente sesenta.

—Diez clicks en tasa estándar. Descendiendo unos cientos de metros cada treinta kilómetros.

—¿Puedes decirnos a que velocidad nos transporta esta cosa?

—Aproximadamente a veinte kilómetros por hora. Una espiral completa cada veinte terceras partes de una revolución planetaria.

El viaje siguió sin parar. Las horas pasaron.

Fue Vuffi Raa el primero que advirtió los cambios en las paredes.

—Amo, por favor observe eso.

—Lo veo. —Lando miró con atención a través de la transparencia. Donde antes había una negrura tintada, ahora una forma y una estructura podían ser vistas, como si fuese una carretera atravesando una garganta entre montañas —. ¡Estamos fuera de la pirámide! ¡Debajo de ella!

XVI

Viajaron a través del corazón del planeta.

Eso no era precisamente cierto como Vuffi Raa puntuó; pero era una metáfora que satisfizo a Lando.

Los estratos geológicos según Vuffi Raa estaban fechados en los orígenes de Rafa V. Lechos de piedra formados por diminutas criaturas microscópicas que vivieron en mares que ya no existían en la antigua y seca esfera, alternadas con losas de lava solidificada de erupciones volcánicas. La fina vista de Vuffi Raa y quizás el hecho de que era muy pequeño, le facilitaba ver y describir los detalles menores a través de la pared transparente.

—Y aquí vemos... amo... la prueba de las primeras colonias celulares precursoras de los animales multicelulares.

—No me llames amo, especialmente cuando me estés dando una conferencia. ¿Quiere un poco, Mohs?

Lando había buscado en los bolsillos de su chaquetón de supervivencia en busca de agua y raciones condensadas. Vuffi Raa no tenía necesidad de ellos, pero el viejo asombró a Lando aceptando sólo una pequeña porción de agua de la cantimplora plástica.

Aparte de eso, el anciano Alto Vocalista había guardado un extraño silencio por horas mirando las paredes y hacia delante a una penumbra que tenía algo de oscuridad y escuchando a Vuffi Raa. Cuánto entendía el viejo de las tesis paleontológicas del droide, él no tuvo forma de saberlo.

—¿Pero si estamos viendo el lento y constante progreso de la vida microscópica, —preguntó Lando a Vuffi Raa—, quiere eso decir que volvemos a ganar altitud otra vez?

—Al contrario... amo... el corredor se niveló y enderezó hace ya bastante tiempo...viajamos en una formación diagonal de empuje.

Por alguna razón, esto molestó a Lando. Deseaba que el droide le hubiese mantenido informado de la condición y dirección de su viaje. Es más, era casi tan si... como si...

—¿Escogieron esta ruta deliberadamente? ¡Por eso vemos lo que vemos!

—¿Ellos, capitán? —Mohs habló, asombrando a Lando. El viejo había descubierto hacía mucho tiempo que podía viajar en la acera móvil igual de fácil sentándose que estando de pie. Lando se había unido a él sentando a poca distancia. Lando había estado pensando en hacer una siesta antes de que las paredes se volvieran transparentes y comenzaran las conferencias geológicas. Aún seguía pensando en hacerlo.

—Sabe perfectamente a quienes me refiero. Hay algún propósito en todo eso, ¿no es así?

—Si es así capitán, las canciones no dicen...

—¡Apuesto a que no lo hacen! Mohs, el propósito principal de esas canciones tuyas es asegurarse que alguien, algún día, esté sentado donde precisamente lo está usted ahora.

— Eso, también lo había conjeturado yo.

Lando buscó en sus bolsillos encontrando un paquete de cigarrillos. Él no fumaba demasiado, pero cuando lo hacía prefería cigarros puros. Quien quiera que hubiese empacado aquel chaquetón; un excedente Imperial, se lo había

dejado extraviado. Lando encendió un cigarrillo con una minúscula bobina eléctrica construida en una manga del chaquetón.

—La pregunta entonces, es ¿por qué? ¿Cuál es la flamante importancia de que veas todas estas rocas y similares?

El viejo levantó su cabeza ciega. —Debe haber una palabra mejor que "ver", capitán.

—Por los Grandes Cielos, hombre, casi tenía... —Lando casi se había olvidado de los ojos de Mohs. Al menos las horrendas heridas se estaban curando.

Pero Mohs no se había estado moviendo como un hombre recién cegado; no estaba tropezando ni andando a tientas. Había mirado fijamente a las paredes, hacia abajo en el túnel y escuchando a Vuffi Raa como si le entendiera...

—¿Como que una palabra mejor, Mohs? ¿Hay algún sentido mejor que la vista?

El Vocalista Toka giró sobre sí mismo donde estaba sentado en el suelo y miró hacia Lando. Hizo una profunda inspiración y luego la expulsó.

—Eso parece, capitán. Usted lleva al Emisario en la oreja derecha. Tiene la cantimplora del agua en su mano izquierda y las sobras de comida en la derecha. Su abrigo está desabrochado; a la túnica de debajo le falta un botón, el segundo empezando por arriba. Mantiene en la misma mano que la cantimplora una varilla encendida de hierba muy mala. Con aproximadamente una tercera parte consumida.

Lando estaba más impresionado que por cualquier otra cosa en su vida.

—¿De qué color son mis ojos?

—Son del color del engaño, del color de la avaricia, del color de...

—¡Suficiente, suficiente! No se vaya a poner poético con nosotros. De alguna forma, usted ve todas esas cosas. ¿Alguna idea de cómo: clarividencia, telepatía, psicometría...?

—No conozco el significado de esas palabras capitán. Puedo escuchar el gorgoteo del agua, la vara de hierba crujiendo, el tono de su voz y el del Emisario. Huelo cosas y siento las vibraciones en el piso. Aquí hace calor, allí frío. Cuadros de ellos mismos se forman en mi mente. Mis sentidos restantes juntan la información y me dicen todo lo que una vez me dijeron mis ojos.

—Un truco bastante bueno. ¿Cuántos dedos tengo... ¡OWW! ¡Cálmate, Vuffi Raa, es mi lóbulo el que estas destrozando!

—Mis disculpas... amo... observe las paredes... Allí están las primeras grandes criaturas que aparecieron en este mundo.

El método de comunicación de Vuffi Raa estaba distante de ser perfecto, pero eso no dejó de comunicar su excitación. Lando se preguntó que era tan impresionante en aquellos viejos fósiles de animales marinos, porque le parecían polluelos ordinarios, estrellas de mar y similares. Quizás eso era lo que había conmovido al pequeño droide. Aquellas cosas no eran tan diferentes de su ruda anatomía: cinco lados en su cuerpo y cinco brazos.

Eso no era razón para la excitación de Mohs: —¡Mire! ¡Considérellos los mismos antepasados de "Esos" cuyo nombre no es prudente decir en este lugar!

—¿Quiere decir los Sharu? —dijo Lando provocadoramente. Odiaba el *mumbo jumbo*, incluso en una buena causa, cosa que esa no era.

—Sí, capitán, —suspiró el viejo resignadamente—, quiero decir los Sharu.

No eran nada más que antiguas y fangosas estrellas de mar, no la materia de sus antepasados.

Las horas transcurrieron con Vuffi Raa y Mohs alternando el éxtasis sobre lo que veían incrustado en las paredes. Lando bostezó, se deslizó sobre la superficie del piso en movimiento, colocó la capucha de su chaquetón confortablemente y se deslizó en ella con rumbo a dormir.

El piso era sólido pero elástico y estaba caliente.

Incluso en su sueño, las conferencias de ciencia no le dejaban solo. Recapituló sobre el lento, constante y aburrido proceso de cada paso, desde los diminutos organismos unicelulares de las primitivas aguas espesas del planeta, de los primeros organismos de colonias convirtiéndose en animales multicelulares y de ellos a los seres con columna vertebral y piernas que eventualmente gatearon fuera del mar.

Curiosamente, más aún de esas entidades imaginarias, trepando el árbol de la evolución, más borrosas y confusas crecieron en la mente de Lando. Las formas extrañas y oscuras se golpeaban unas a otras con ramas rotas de árboles. Aún más de esas figuras intangibles cogieron ramas de árboles, escarbando con ellas en la tierra y plantaron sus primeras semillas. Para el momento en que los antepasados de los Sharu construían diminutas y rudas ciudades, era como si fuesen construidas y habitadas por ciudadanos invisibles.

Los continentes fueron explorados y comenzaron las migraciones. Guerras fueron ganadas y perdidas con un rápido aumento de las tecnologías. Nuevos descubrimientos fueron hechos y más guerras estallaron. Tocaron el espacio en primitivas máquinas de motores de explosión creando los restos por los que el *Halcón Milenario* había tenido que volar en su acercamiento a Rafa V.

Todo ese tiempo Lando experimentó una creciente ansiedad; alguna vaga dolencia o molestia que hizo que su sueño fuese menos descansado de lo que podría haber sido. Él no había tenido idea en todo el día de a dónde iban. No tenía ninguna elección en el asunto: tenía que encontrar el *Arpa Mental* y luego la salida de aquel túnel, de las ruinas, de aquel apestoso planeta y finalmente, del sistema Rafa de una vez por todas.

¡Nunca más volverían a cogerle introduciendo mynocks en el sistema Rafa!

O en cualquier otro.

Su sentido de ansiedad aumentó gradualmente, metamorfoseando en algo parecido al dolor real. Lando se sacudió y cambió de posición mientras dormía pero siguió soñando.

Los antepasados de los Sharu habían construido carreteras y edificios poco familiares para cualquier habitante civilizado de la Galaxia. Viajaban en vehículos energizados, transportándolos a otros planetas del sistema. Al principio resistieron las rudas condiciones de algunos de esos planetas viviendo

en cúpulas o bajo tierra. Finalmente, comenzaron a transformarlos en copias de su planeta de origen.

Aquel, no siempre había sido un desierto. Había habido océanos, árboles y lagos, y nieve cubriendo las montañas. Había habido humedad y clima. Cuanto tiempo hacía de eso la parte de Lando que soñaba no pudo adivinarlo. ¿Cuánto tiempo le lleva a un mar evaporarse?

Gradualmente y sin embargo, a medida que su tecnología sobrepasaba la que actualmente era disponible en la civilización de Lando, las formas de los edificios cambiaron y las carreteras desaparecieron. Las entidades nunca vistas conocidas como los Sharu no libraron más guerras, pero lucharon en lugar de eso con el entorno. Ninguna roca en órbita alrededor del sol de Rafa, era demasiado insignificante para alterarla y convertirla en un huerto. Con qué propósito preciso se hacía, era cada vez menos claro. Las ciudades dejaron de parecerse a cualquier cosa con sentido. La primera de las gigantescas estructuras plásticas apareció en Rafa V. Luego fueron creadas en los otros planetas igualmente.

Mirándolas en conjunto, eran cosa de pesadilla. Lando se retorció en su sueño, agitó violentamente los brazos y sudó. Cada superficie y cada ángulo estaba en cierto modo mal y las cosas que fueron añadidas parecían que no funcionaban; los finales de los pasillos acababan en diminutas tuberías y finas ranuras se convirtieron en las vastas vías públicas, todo ello sin ningún orden lógico. Los mares comenzaron a desaparecer con aquella arena rojiza reemplazando todo el paisaje. ¿Había algo erróneo en el ambiente de los Sharu o tenían planteado realizar una innovación?

Lando se sumergió más en el profundo sueño acompañado por más dolor. Su último pensamiento fue una pregunta: ¿Aquel pasillo de embudo hacia el que el piso inexorablemente en movimiento se dirigía los machacaría en diminutos pedazos?

Lando despertó.

De algún modo, por una fracción de segundo tuvo la sensación de que todo tenía sentido después de todo. Luego, el sentimiento se desvaneció dejándole un terrible y crónico dolor de cabeza.

—¿Vuffi Raa, estas despierto? Tendrás que buscarte otra percha por un rato, me duele toda la cabeza! —giró sobre su espalda deshaciendo la posición que había tenido durante la noche.

-¡Amoporfinestadespierto! ¿Cómosesiente?

Se sentó provocando una explosión repentina del dolor de cabeza y se dejó caer hacia atrás por el momento. —Tómatelo con calma, ¿quieres? —Levantó una mano hacia su oreja—. Baja un rato mientras me deshago de este dolor de cabeza.

Sintió un pequeño pinchazo en la palma. El dolor disminuyó. Bajando su mano, miró a Vuffi Raa. Había algo divertido pero no pudo descubrirlo con su actual estado.

Las paredes continuaron pasando esta vez mostrando recipientes plásticos y metálicos desechados, partes de maquinaria y electrónica congelada

en la matriz geológica. *¿Cuánto tiempo tenía que pasar para que los aparatos de comunicación y holopantallas de una civilización se convirtiesen en fósiles?*

—Ahora, ¿Qué es lo que estabas diciendo pequeño compañero?

—Simplemente... saludarle...y... preguntarle... como... se... siente.

—Pésimo pero gracias por preguntar. ¿Ha sucedido algo interesante durante la noche? —buscó un cigarrillo mientras pensaba cuál de las barras de raciones comería para desayunar.

—Es... de noche.... ahora... en... el exterior... Amo... usted.... ha dormido... durante.... el día.

—No veo que haya ninguna diferencia aquí abajo. ¿Dónde está Mohs? —Lando había echado un vistazo alrededor, arriba y abajo del túnel y no había visto al viejo. Quizás él...

—¿Qué...amo?

—Parece que estamos teniendo alguna clase de dificultad entendiéndonos esta... er... tarde. Te dije ¿Dónde está Mohs, se ha ido a alguna parte?

—Amo...hay algo que debo decirle

Lando sintió una vaga alarma. —¿Qué es viejo crono de bolsillo?

—Creo... que usted está encogiéndose.

—¿Qué?

—Todo se encoge...el túnel se hace más estrecho a cada kilómetro... Usted ha encogido lo suficiente por lo que mi peso le causaba dolor... y por eso la velocidad de comunicación que utilicé era demasiado rápida. Nos acercamos al mismo tamaño y tiempo del otro.

—O lo mismo podría ser que eres tú el que está creciendo, ¿lo has pensado? —Lando examinó al diminuto droide en su mano. Veamos, él había estimado el tamaño de Vuffi Raa en quizás tres milímetros. Sí, no había duda, era casi dos veces ese tamaño y su minúsculo peso se había hecho perceptible en la mano de Lando.

—Si... lo he considerado... creo que es usted el que está encogiéndose.

—Bien, pues yo creo que eres tú el que está creciendo. ¿Qué hay de Mohs?

—¿Quién...Amo...Quién es Mohs?

—Vuffi Raa, ¡No me hagas esto! ¡Mohs, el Alto Vocalista de los Toka! ¡El viejo que nos trajo aquí! ¡Mohs!

Hubo una larga pausa. Debió de ser mucho más tiempo para el acelerado droide y finalmente:

—Amo, no recuerdo a Mohs... ¿Está seguro que se siente bien?

XVII

A medida que el túnel los llevaba de un lado a otro, discutían.

—¿A quién encontramos en el bar? ¿quién canta las canciones que nos condujeron a Rafa V?

—Amo, algo que Rokur Gepta le dijo le habrá dado la pista y usted lo adivinó. Una adivinación muy buena amo, digna de elogio.

—Bien, entonces, ¿qué hay acerca de aquel gentío en el espaciopuerto? ¿quién era el que dirigía el cántico?

—Nadie amo, era simplemente una comunidad cantando, un acto espontáneo por parte de los nativos.

—¡Arghhh! Bien, ¿por qué aterrizamos en la pirámide?, y sí, lo se: es el mayor edificio del planeta, pero dime, ¿si no existe Mohs, entonces quién nos emboscó, te lleno de agujeros y me arrastró a mí hasta un huerto vital para morir?

—Los nativos por supuesto, amo. Pero no había ningún jefe, hechicero o cualquier otra cosa. Los Toka no tienen la suficiente estructura social para eso.

—¿O para construir ballestas? Mira Vuffi Raa, yo no pude haberme inventado la parte en la que se comió un lagarto; simplemente no pude.

—¿Qué es lo que espera que diga amo?

—Espero que me digas que todo esto no es sino una elaborada broma pesada, que lo sientes y que a partir de ahora, serás un buen pequeño droide.

—Lando agitó el paquete plástico. Ya no quedaban cigarrillos—. La vida está llena de contrariedades estos días.

Vuffi Raa estaba en el suelo y a la altura de la rodilla de Lando. Tenía unos cinco o seis centímetros de alto y para ese entonces, se parecía mucho a una de esas arañas tropicales que comen las aves.

—Desearía poder hacer eso, —rechinó sin necesidad de codificar sus palabras en pulsos pero aún teniendo que hacer un esfuerzo consciente de reducir la velocidad de las palabras para su aún gigantesco amo—. ¿Por qué razón tendría que mentirle amo?

Lando aplastó el paquete comenzando a mover la mano para tirarlo. Entonces, mirando alrededor de él el túnel limpio y despejado se lo pensó mejor y lo metió dentro de su bolsillo. —No estoy diciendo que mientas Vuffi Raa. Uno de nosotros está equivocado, eso es todo. ¡Por el Eterno Núcleo, si puedo describirte al viejo con todo detalle; desde el arrugado tatuaje en su frente hasta la suciedad en sus pies!

Vuffi Raa no dijo nada. Simplemente yació donde estaba viendo a su maestro encogerse. Aquello era algo más en lo que no estaba de acuerdo con su amo pero se habían cansado de sus mutuos argumentos sobre ello.

También se habían cansado de preguntarse el uno al otro cuando acabaría aquel viaje. Lando sacó la baraja de fichas-carta de sabacc que siempre llevaba con él, y comenzó a barajarlas. Vuffi Raa se quedó mirando con interés.

—¿Sabes viejo pentaedro que estas cosas se utilizaron una vez para adivinar la fortuna? —Barajó de nuevo, cortó y comenzó a colocar las fichas-carta sobre el suelo.

—Altamente irracional y poco científico, amo.

—No me llames amo. Sé lo que quieres decir, pero a veces pueden ayudar a solucionar un problema simplemente mirándolas de un modo que no hayas pensado antes.

—Ya he escuchado ese dicho amo, pero también podría conseguir un gran dolor de cabeza mirando estímulos ocasionales.

Eso es, pensó Lando, lo que realmente necesito ahora es una máquina con la que bromear. La primera ficha-carta en salir era el comandante de Báculos, una carta con la que Lando siempre se había sentido identificado. Se produjo un aparentemente intento de cambio de apariencia en la carta, como usualmente solía ocurrir, lo que le hizo preguntarse si su "*análisis científico*" servía para todas las cosas.

—Ese soy yo, —explicó al droide—, un mensajero en una empresa descabellada. Veamos qué depara el camino. —Sacó una segunda carta, colocándola sobre la primera—. ¡Por el gran Gadfry! —exclamó.

—¿Qué es eso, amo?

—No qué, quién. Es él... el maligno. Me imagino que representa a Rokur Gepta. Espera un momento... está alterándose.

En el sabacc, las fichas-carta son propensas a cambiar cada dos por tres, y la segunda carta se transformó a sí misma en el Rey de Monedas, pero la imagen estaba boca abajo.

—¡Duttes Mer! —rió Lando—. ¡Un ser corrupto y malvado si es que alguna vez hubo uno! Bien, eso tiene sentido si bien no nos dice nada nuevo. Veamos qué más.

La tercera ficha-carta fue colocada sobre las otras. El cinco de Espadas, Lando explicó que representaba sus propias motivaciones conscientes, en este caso, su deseo de aliviar su débil y desprevenido agobio de su exceso de efectivo. Rió entre dientes colocando otra carta sobre las demás, indicando sus profundos y posiblemente subconscientes motivos. Gimió.

—El rey de Báculos. ¡No me digas que en el fondo soy un filántropo!

—Amo, esto es simplemente una distribución aleatoria de imágenes. No se las tome en serio.

Lando miró cautelosamente al pequeño droide. —Creo que acabo de ser insultado. Bien, la siguiente ficha-carta debería decirnos algo. Representa el pasado y cosas que están llegando al final.

Era el seis de Espadas. Lando la colocó a la izquierda.

—¡Oh-ho! Esto generalmente indica un viaje pero su colocación indica que el viaje está llegando a su fin. ¿Qué piensas de eso?

—Creo amo, que ese viaje puede acabar de muchas formas y no todas ellas agradables o productivas.

—Por eso te tengo a mí alrededor, para hacerme decaer cuando me siento demasiado bien y para recordarme que cada perspectiva consoladora tiene su nube. Dime, ¿Sabes que eres unos ocho, tal vez nueve centímetros más grande? Y tu voz también está cambiando.

El pequeño droide no contestó. Simplemente miró a Lando colocar la siguiente tarjeta a la derecha de las centrales.

—¡Llamas y hambruna! has estropeado la carrera, Vuffi Raa; ¡es la nave estelar destruida!

—¿Eso quiere decir que el *Halcón* sufrirá algún daño, amo?

—No me llames amo. Pensé que no creías en nada de esto.

—No pero, ¿Qué significa?

—Cambios catastróficos en un futuro cercano, la muerte y la destrucción. Puede ser la peor carta en una mesa. Tal vez. Una cosa que he aprendido de todo esto es que siempre hay una carta peor. Esta a continuación nos dirá qué ocurrirá y como reaccionaremos a ello.

—¡Nosotros, amo?

—Esta es donde te vuelves grande otra vez: La Estrella. Significa muchas cosas repugnantes que encontrarás bajo las rocas. En su mayor parte significa fraude, hipocresía y traición, —miró de cerca nuevamente al droide—, ¿estás tratando de engañarme mi acólito mecánico?

—Ahí amo es donde está el mayor peligro de estas búsquedas místicas. ¿Confiaba en mí antes de empezar a jugar con estas fichas-carta, verdad?

—Todavía lo hago, Vuffi Raa. La siguiente carta sobre La Estrella se supone que nos dirá que nos encontraremos después. Hmmm. Me pregunto qué significará.

La Rueda permaneció brillando en la ficha-carta; una imagen denotando suerte, buena y mala, el comienzo y el final de las cosas, riesgo ocasional, pero el resultado final no le dijo nada a Lando.

La tercera ficha-carta en aquel montón colocado en línea sobre La Estrella y La Rueda representaba obstáculos futuros. Lando se encogió de miedo cuando volvió a ver lo que había aparecido.

—¡Otra vez Gepta! Bien, supongo que es lo único lógico. ¿Quieres ver el final, viejo reloj? Bien, lo verás de todas formas. Ahí vamos.... Bueno, no es demasiado malo después de todo. Es el Universo. Quiere decir que intentaremos todo lo que queramos. Unirse al hombre y ver el mundo. Algo como esto.

—Amo.

—Sí Vuffi Raa, ¿Qué es?

—Amo, el seis de Espadas: ¿es como acabará el viaje?

—Eso que te dije puede significar otra cosa, con otro...

—Amo, nuestro viaje está acabando.

Y ciertamente así parecía ser. El piso redujo la velocidad a medida que se encontraron frente a una puerta de altura imponente de una cámara donde se podría estacionar toda una flota de naves espaciales. A lo lejos, algo parecido a un gigantesco altar se levantaba del suelo con todas las luces de la cámara enfocadas en él.

Incluso a varios centenares de metros, Lando sabía que era el *Arpa Mental* de los Sharu hiriéndole los ojos al mirarla.

XVIII

No era tan fácil después de todo.

Había otras cosas en el vestíbulo además del altar donde yacía el *Arpa Mental*, una copia gigante de la llave que Lando había utilizado en la pared de la pirámide y que allí se había quedado.

—¿Qué sacas de esto Vuffi Raa?

El droide, parado junto a la rodilla de Lando miró con atención hacia el extraño estrado iluminado lóbregamente que estaba al final del pasillo. La luz de un color ámbar parecía emanar del piso. La cámara, un vasto auditorio, estaba cubierta de cosas entre la escultura y la pintura o eso parecía y que hicieron al jugador recapitular sus sueños de la noche anterior.

Aquí, en la entrada, formas peludas y apenas erguidas caminaban arrastrando los pies a lo largo de las paredes en una marcha congelada. A medida que avanzaba la pared se iban irguiendo y creciendo hasta transportar cosas en sus manos, perdiendo el pelo y vistiendo ropas.

Lando y Vuffi Raa siguieron la pared de la derecha la cual se curvaba delicadamente en la vasta y circular cámara del *Arpa Mental*. Cuando las figuras en las paredes estudiaban motores de explosión y cohetes, Lando y Vuffi Raa sólo se habían internado unas pocas docenas de metros sin contar los miles de siglos de historia que pasaban por delante de ellos.

El droide no había hablado. Lando miró hacia abajo. Su ojo resplandecía de un modo extraño o quizás era por el peculiar alumbrado de la cámara.

—Vuffi Raa, ¿Me escuchaste?

—¿Que?...Sí, Lando, —dijo el droide pareciendo despertar de un corto sueño a la vez que caminaba—. ¿Qué saco de esto? Lo mismo que usted, que en cierto modo este es el centro de la cultura Sharu. Lo que dejaron atrás en cualquier caso. Que el *Arpa* es en cierto modo incluso más importante que todo lo que pensemos.

Lando no había estado pensando eso mismo. Lo que había estado pensando era que la cámara era algún lugar de culto donde las figuras en las paredes eran los Toka y cuyos murales les comunicarían la historia de cómo partieron de un extraño planeta viniendo al sistema Rafa. Que en algún sitio a lo largo de la pared la historia contase cómo se encontraron con los Sharu y descubrieron a sus maestros.

No quiso esperar. —Voy a ir a través de la cámara. Se acabó esta absurda clase de historia. ¿Vienes conmigo?

Vuffi Raa cambió de dirección siguiendo a Lando sin decir una palabra.

Sería un largo, largo paseo. Los Sharu había descubierto el mismo secreto que muchas otras culturas humanoides: que si pulías lo suficiente los suelos de un edificio público manteniéndolo encerado y resbaladizo, obligabas a las personas que caminaban por él a dar pequeños y melindrosos pasos que amplificaban las distancias y amedrentaban el espíritu tanto como los altos techos.

Lando no era cualquiera. Dio unos cuantos pasos y se deslizó a lo largo del piso.

—¡Wheee! ¡Esto es divertido! ¡Vamos viejo cacho de hojalata, inténtalo!

—¡Amo!, —dijo el droide con voz escandalizada—, ¿es que no tiene usted respeto?

Lando se detuvo dando al droide una sobria mirada. —Ni un grano, no cuando me es impuesto por la arquitectura.

Dio otra serie de largos pasos deslizándose varios metros esta vez. El droide tuvo que apresurarse para alcanzarle. Para aquel momento, su altura era casi la original.

—Lando, —dijo—, hablando de estructuras, hay algo muy extraño en este lugar.

Lando tuvo que detenerse para recobrar el aliento. Se sentó en el suelo.

—Eso es coherente con todo lo demás aquí. ¿Qué es esta vez?

—Bien, desde la entrada la cámara parecía circular con un techo en forma de cúpula alta y quizás unos mil metros de suelo entre la puerta y el altar.

Lando miró alrededor. —Eso me sigue pareciendo a mí.

—Y para mi vista también, pero chequeando con el radar y otros sensores adicionales la cámara tiene una configuración ovoide con un extremo grande y otro pequeño. El extremo grande es la entrada. El techo continúa uniéndose en el piso al final.

Lando tuvo otro destello de sus sueños. Algo que Vuffi Raa había dicho antes provocó el primero; algo sobre la idea de que no era él el que crecía sino Lando el que se estaba encogiendo. Aún si eso fuese cierto, el túnel que había parecido mantener el mismo tamaño durante los dos días que habían estado moviéndose por él habría tenido que encogerse. Al principio, a Vuffi Raa le parecía que Lando medía entre unos ciento diez y ciento veinte metros de alto. Ahora volvía a ser de nuevo del tamaño original. El corredor tenía que haberse encogido en consecuencia.

A ese paso cuando alcanzaran el *Arpa Mental*, Vuffi Raa sería más grande que Lando y ambos tendrían que gatear para alcanzar el artefacto.

—¡ALTO! —dijo una voz.

—¿Qué? —gritaron Vuffi Raa y Lando simultáneamente.

—NO ESTÁ PERMITIDO CRUZAR LA CÁMARA.

—¿Qué pasaría si lo hiciésemos? —inquirió Lando.

La voz hizo una pausa pareciendo confundida. —BIEN, NO ESTOY SEGURO. NADIE ME LO HA PREGUNTADO. PERO NO ESTÁ PERMITIDO.

Lando abrió la boca...

—¿Quién eres tú en cualquier caso? —dijo Vuffi Raa. Lando miró al droide agriamente. Odiaba que le robasen las palabras. Era exactamente lo que tenía la intención de preguntar.

—¿POR QUÉ? POR SUPUESTO, SOY LA CÁMARA. SE SUPONE QUE USTED TIENE QUE SEGUIR LA HISTORIA A MEDIDA QUE SE ACERCA AL OBJETO SAGRADO.

—¿Y es tu trabajo, —sugirió Lando—, asegurarte de que lo hacemos? Bien, pongamos las cosas claras, cámara: he sido arrastrado a través de todo lo que ha ocurrido hasta ahora. No voy a permitir que una cámara vacía me diga lo que tengo que hacer. Ahora contéstame con sinceridad: ¿Ocurriría alguna cosa mala o peligrosa si alguien no se arrastra a lo largo de la pared como una sabandija?

—NO, SUPONGO QUE NO.

—Entonces creo que seguiremos. No tendrás un cigarrillo ¿verdad?

—LO SIENTO, NO SE A QUÉ SE REFIERE.

—Pensaba que dirías eso. Vamos Vuffi Raa.

Continuaron a través de la ancha cámara con Lando deslizándose ocasionalmente sólo para demostrar su ánimo. Los apéndices de Vuffi Raa, brillaron intermitentemente en el extraño alumbrado. Lando tuvo una idea:

—¿Cámara?

—¿SÍ?, ¿HA DECIDIDO VOLVER A LA PARED?

—No, solamente me preguntaba: ¿Cuánto sabes de este lugar?

—¿SOBRE MÍ MISMO?

—No, sobre la pirámide y el túnel móvil en el que estábamos antes de llegar aquí.

El pasillo lo consideró. —MUCHO. ¿QUÉ LE GUSTARÍA SABER ESPECÍFICAMENTE?

—Bien, para empezar, ¿Qué tamaño tengo?

Se produjo una larguísima pausa. —¿EN QUÉ UNIDADES DE MEDIDA?

—Déjalo. Lo que realmente quiero saber es: ¿Era yo gigantesco kilómetros atrás o era mi amigo muy diminuto?

—¿TIENE IMPORTANCIA?

—Por supuesto que la tiene. ¿Lo preguntaría si no fuese así?

—Las entidades orgánicas parecen acoger con considerable fascinación las cosas sin un buen propósito, —ofreció Vuffi Raa—, pero en este caso, cámara, yo también estoy interesado en saberlo.

—Correcto, —dijo Lando con un suspiro—, así podremos comparar notas sobre la fragilidad del género humano. Actúa adecuadamente, Vuffi Raa, ponte cómodo en esta confortable cámara para que puedan hacer una llamada telefónica o algo.

—MUY BIEN. LOS CAMBIOS DE DIMENSIÓN SURTIERON EFECTO EN LAS FORMAS DE VIDA ORGÁNICA. ES UNA PARTE NECESARIA DEL PROCESO PARA CULMINAR CORRECTAMENTE EL VIAJE ALREDEDOR DE LA CIRCUNFERENCIA DE LA CÁMARA COMO USTED ESTA...

—Olvídate de los anuncios cámara, —dijo Lando—, y sigue con la explicación.

—MUY BIEN. ESTA INSTRUMENTACIÓN ES CAPAZ DE ALTERAR LAS PROPORCIONES DE LA MATERIA INANIMADA IGUALMENTE PERO TIENE QUE ESTAR PRÓXIMO A LA VIDA ORGÁNICA. DE OTRA MANERA ES ABSORVIDA POR LOS SISTEMAS DE MANTENIMIENTO.

—Vuffi Raa describió su viaje a través del laberinto azul y rojo. ¿Puedes decirme de qué va todo esto?

—CIERTAMENTE. LA PARED LE CONFUNDIÓ CON UN PEQUEÑO DISPOSITIVO DE ECONOMÍA DOMÉSTICA Y FUE LLEVADO ALLÍ PARA REPROGRAMACIÓN Y REPARACIÓN. ¿FUE REPARADO?

—No que yo sepa.

Lando rió. —¿Había alguna necesidad urgente de barrer y sacar la basura?

—Lando, esto es serio. ¡Quiero saber lo que sucedió!

—¡Touché! Bien lo acepto, crecí y me reduje, pero hay algo más: Mohs. La cámara dijo "*formas de vida orgánicas*", en plural.

—MUY CORRECTO, SEÑOR, SU FLORA INTESTINAL Y OTROS ORGANISMOS SIMBIÓTICOS, TODOS ELLOS FUERON ALTERADOS AMPLIANDO SU TAMAÑO DESPUÉS; DEVUELTOS DE NUEVO A SU TAMAÑO ORIGINAL COMO PARTE DE...

—¿Y que hay de Mohs, el otro humano que entró con nosotros? ¿qué le ha sucedido?

La cámara se calló denotando culpabilidad como nunca. Lando se dio cuenta repentinamente que las relaciones entre máquinas inteligentes no eran tan diferentes de las que se producían entre orgánicos.

—¿Y bien?

Más silencio.

Lando miró a Vuffi Raa. —Aquello te confundió con un insecto de mantenimiento y le hizo algo a tu memoria cuando trató de repararte. Por eso es por lo que no recuerdas a Mohs. Ahora deberías sentirte avergonzado.

Vuffi Raa miró a Lando. —Ciertamente eso espero amo, ciertamente lo espero. ¿Qué es lo que vamos a hacer una vez alcancemos el *Arpa Mental*?

—¡Shhhh! Las paredes tienen oídos. La usaremos de la forma que queramos llevándosela a alguien que sepa cómo y dejando que lo haga.

—¿Quiere decir el gobernador?

—¿Ese simio gordo? No, quiero decir Gepta. Él es el único que realmente puede permitirnos dejar este piojoso sistema.

Caminaron arrastrando los pies intentando ocasionalmente obtener de nuevo la atención de la cámara desde que obviamente se había desvanecido dejándolos ignorados. Finalmente, alcanzaron la base del altar donde el *Arpa Mental* yacía. No era tan malo como Lando había predicho: el techo era inferior a Vuffi Raa quien ahora tenía su viejo tamaño familiar, y la cámara siendo más pequeña aun imponía temor. Al igual que el altar.

Una docena de metros arriba había una losa perfectamente cortada de un material transparente que parecía ser un cristal vital. Era hexagonal en su sección transversal con unas esquinas que prácticamente podrían sesgar. Por otro lado, era suave y sin rasgos sobresalientes.

Sería una larga y difícil ascensión.

Lando se sentó a considerar el problema. El equipo de supervivencia no incluía cuerda, ventosas de succión, o antigravitatorios. Sus diseñadores se habrían anticipado pensando que estaría entre otros equipos en un paquete originalmente vendido para una brigada entera. No habían anticipado que el superviviente necesitaría hacer un robo.

—¿Alguna idea, Vuffi Raa?

—No amo. Si fuese pequeño otra vez...

—Tú nunca fuiste pequeño, ¿recuerdas? Discutimos sobre eso y ganaste.

—Oh, es verdad. Lo discutió tan persuasivamente que lo olvidé por un momento.

—Vuffi Raa, creo que es la primera cosa agradable que me has dicho hasta ahora.

—De nada amo.

—No me llames amo. —siguió pensando y de repente: —¿Cámara?

—¿PUEDO SERLE DE AYUDA?

—Eso espero. ¿Por qué no nos contestaste antes?

—LO SIENTO. PENSABA EN ALGO. ¿PUEDO AYUDARLE AHORA?

—Seguro. ¿Este altar se hunde en el piso o algo?

—NO, ME TEMO QUE NO.

—¿No tendrás una escalera a mano, verdad?

—NO SEÑOR. NO ESTOY TAN EQUIPADO.

Lando meditó por mucho tiempo. A pesar de su largo sueño estaba cansado y las raciones del chaquetón no eran todo lo que sus fabricantes afirmaban sobre ellas. De hecho, no eran nada de lo que sus fabricantes afirmaban exceptuando el hecho de que le mantendrían vivo.

—¡Oye! ¿Puedes hacerme grande otra vez?

—FELICITACIONES SEÑOR. HA PASADO LA PRUEBA. SI, PUEDO AUMENTAR SU TAMAÑO. ¿DESEA QUE COMIENCE AHORA?

—¿Puedes hacerme normal otra vez después? ¿Al tamaño que tenía antes de entrar en la pirámide?

—INMEDIATAMENTE A SU PETICIÓN SEÑOR.

Miró a Vuffi Raa. —Bien, ahí vamos otra vez.

—¿Nosotros amo?

—¡No empieces con eso! Bien Cámara, ¡Hazlo!

El tiempo fue perceptible. Lando miró la cámara y todo encogiéndose a su alrededor con Vuffi Raa haciéndose cada vez más pequeño al igual que el altar. Sólo le llevó unos momentos. —¿Cómo demonios funciona esto cámara? Pensaba que se suponía era imposible para mis rígidas funciones y huesos el soportar un peso incierto y todo lo demás. Por eso me figuraba que era Vuffi Raa el que había encogido y tenido todos esos problemas, creo.

—OH, NINGÚN PROBLEMA SEÑOR,- comenzó la cámara. Lando se dio cuenta de que su voz no estaba alterada por el cambio de escala. *Buenos ingenieros esos Sharu*—. ¿QUÉ ES USTED, SIN INTENCIÓN DE OFENDER SEÑOR, SINO UNA FORMACIÓN ORGANIZADA? ¿QUÉ IMPORTANCIA TIENE QUE TAN DENSAMENTE ESTÉ CONDENSADA ESA INFORMACIÓN? UN VIEJO LIBRO FINO PUEDE IMPRIMIRSE SOBRE PAPEL GRUESO Y CON LÍNEAS A DOBLE ESPACIO Y SEGUIRÍA SIENDO LA MISMA INFORMACIÓN, ¿O NO?

—¿Tratas de decirme que he sido en cierto modo dispersado? No estoy seguro de que me guste pensarlo. Bien, aquí estamos. ¿Vuffi Raa? Eso está bien, no tienes que replicar. Solamente ayúdame con esta cosa una vez la tenga y se convierta en más grande que nosotros.

En aquel momento, el *Arpa Mental*, descansaba sobre la superficie plana en lo alto del altar. Era una copia perfecta de la llave exceptuando el tamaño, y en su condición actual hizo sentir lo mismo a Lando que cuando tenía la llave. Se acercó para cogerla levantándola sin ninguna resistencia. Lando comenzó a meterla en su bolsillo...

—Amo... no... haga... eso.

—¡Cierto! Destrozaría mi chaquetón cuando comience a menguar, ¿verdad? Bien Cámara, devuélveme a donde pertenezco.

Silencio.

—¿Cámara? ¡Oye, se supone que me encogerías otra vez! ¡Vuelve!

No hubo respuesta.

—Mira, Cámara, si no me escuchas voy a coger este artefacto obsceno y...

—OH, LO SIENTO MUCHO, SEÑOR. ESTABA PENSANDO OTRA VEZ. TENGO UNA CRECIENTE TENDENCIA A ELLO A MEDIDA QUE TRANSCURREN LOS MILENIOS. ME IMAGINO QUE DESEA SER REDUCIDO OTRA VEZ.

—Imaginas bien.

Con eso, Lando comenzó a encogerse otra vez, con el *Arpa Mental* creciendo perceptiblemente en sus manos a medida que lo hacía. Se inclinó delicadamente colocando aquella cosa en el piso al lado de Vuffi Raa, se enderezó y cruzó sus brazos sobre su pecho.

El *Arpa Mental* era del tamaño de un brazo completo cuando Lando había recuperado su tamaño natural. Quizás de un metro en su extensión máxima e incluso más inquietante visualmente que el modelo diminuto con el que había jugado al principio.

—Vuffi Raa cógelo por un lado. ¿Cámara, como salimos de aquí?

—DETRAS DEL ALTAR SEÑOR, Y BUENA SUERTE.

—Bien, buena suerte para ti también. Tal vez algún día hagan conciertos aquí.

—CIERTAMENTE ESPERO QUE NO SEÑOR, PREFIERO LA PAZ Y LA TRANQUILIDAD.

Detrás del altar había una pared.

Incrustada en ella había una llave.

Quizás la misma llave y Lando pensó que a aquel edificio parecía que le gustaba hacer pequeñas bromas con ella. El asunto era como usarla. Se proyectaba en cierta forma de la pared. Soltó una mano del *Arpa Mental*, extendiéndola sobre su equivalente más pequeña.

Se produjo un destello y un hueco comenzó a abrirse en la pared, como el iris de una cámara antigua. Lando y Vuffi Raa dieron un paso a través de ella...

...y aparecieron en las ocupadas calles del día de Teguta Lusat.

XIX

—¡Oficial! —dijo Vuffi Raa convocando al primer guardia colonial que vio en la calle. El droide apuntó un tentáculo hacia Lando—. Arreste a este hombre inmediatamente. Órdenes del gobernador.

Lando se detuvo estupefacto. No habían dado siquiera tres pasos desde la ruina Sharu de la que habían emergido. Vio detrás de él la abertura que habían atravesado desapareciendo. Sujetó el *Arpa Mental* contra su pecho caminando hacia atrás un paso tras otro hasta que su espalda quedó contra la pared.

—¿Por qué? pequeño...

—Ya está bien, —ordenó el guardia—. No puedo arrestar a un hombre en nombre de una máquina. Tendré que hacer una comprobación con el cuartel general. —Tocó un lateral de su casco visor comunicándose momentáneamente por radio. Luego hizo gestos con sus manos para dispersar el pequeño grupo de gente que comenzaba a reunirse.

Lando dio un pequeño y tranquilo paso a un lado. Nadie pareció enterarse. Dio otro, luego otro. Sólo unos pasos más hacia la esquina y podría...

—¡Oficial!, —gritó Vuffi Raa—. ¡Está tratando de huir!

—¡Muchas gracias, soplón a energía atómica!

El guardia colonial sacó su bláster apuntando firmemente hacia el pecho de Lando. —¡Bien!, es la primera vez que tengo noticias de un droide con una acreditación de seguridad como esa, pero no obstante le apoyaré. Tendremos transporte en un minuto y luego, daremos un bonito paseo.

La oficina del gobernador parecía la misma que antes, incluso con la ausencia de Rokur Gepta, el hechicero de Tund. Con el *Arpa Mental* yaciendo a través del cristalino escritorio, Lando se preguntó si el hechicero no asistiría a reclamar el premio que había buscado tan ávidamente.

No se lo preguntó por mucho tiempo.

—Buenas tardes, —dijo Duttes Mer entrando por la derecha y dejándose caer en su silla—. Veo que tiene el objeto. Muy bien. ¿Podría decirme no obstante una cosa si no le importa?

Lando estaba parado entre dos guardias de nuevo. Esta vez, Vuffi Raa estaba presente, de pie junto a la mesa del gobernador.

—Cualquier cosa que quiera saber, —dijo Lando esforzándose por tener buen humor sin conseguirlo completamente.

—EXACTAMENTE, ¿DÓNDE HA ESTADO ESTOS ÚLTIMOS CUATRO MESES? —El gobernador se tranquilizó a sí mismo, enderezó el cuello de su camisa y parpadeó.

—¿Cuatro meses? —preguntó Lando tambaleándose ante el desconcierto del asombroso acontecimiento. *¡Así que era eso!* El diferencial de tiempo. *Lo que a él le dio la impresión que eran un par de días en realidad habían sido sesenta veces más*—. Gobernador, no me creería si se lo dijese. Pregúntele a su amigo el traidor. Él se lo dirá todo... salvo que es un mentiroso congénito.

—No sea demasiado duro con el droide capitán. Ejecutó lo que le fue programado: fingir que era el Emisario en parte para que los nativos le ayudasen a usted a encontrar el *Arpa*. También el dar parte en cuanto el *Arpa* estuviese en su poder. Parece ser que he tenido un golpe de suerte con eso sin embargo. ¿Cómo fue que viajó desde Rafa V hasta aquí sin que le recogiesen los sensores planetarios de defensa? Como sabrá tenemos un buen sistema y muy moderno.

—Díselo Vuffi Raa, de todas maneras eres un bocazas.

—Señor, —dijo el droide—, los Sharu parece que tenían algún sistema de transporte de materia. No estoy seguro de cuando ocurrió la transición y diría que perdió el rastro de mi telemetría en el mismo momento en que entramos en la pirámide en Rafa V. La conmutación del tiempo pudo haber sido más tarde, desde la pared interior de la pirámide hasta la abertura por la cual entramos a la calle aquí en Teguta Lusat.

El gobernador palmeó sus rechonchos dedos conjuntamente. —Bien, bien. Una bonificación tecnológica si podemos desentrañar sus secretos. Entre tanto y como dije, un golpe de suerte inesperada. Verá Capitán, mi er... colega orbita alrededor de Rafa V en estos momentos, esperando su resurgimiento allí.

—¡Haw, haw! Está usted aquí. Y tengo el *Arpa Mental*. ¿Parece que también soy un jugador bastante afortunado, no diría usted?

Lando se encogió de hombros indiferentemente. Aquello no iba a resultar bien; nada de lo que hiciese y no tenía ningún as que le diese al grasiendo patán alguna satisfacción.

—Vamos capitán, considérelo: Rokur Gepta contrató a un antropólogo con credenciales genuinas para investigar el sistema. El pobre tipo pensaba que estaba trabajando para mí lo cual nos dio la posibilidad de entregarle un cheque de fondos Imperiales como salario y mantener la discreción que Gepta quería para el tesoro y por su propio bien.

—Mientras tanto tendimos una pequeña trampa. A cambio de la oferta de un nuevo puesto una vez acabadas las investigaciones, el antropólogo fue a Oseon 2795 en busca de...pues bien, como decimos nosotros, un individuo apropiadamente ingenuo para hacer el trabajo por nosotros.

Interesado por el propio desafío, y consciente del deseo de Mer de ¿qué?, ¿aprobación?, podría mostrarle una salida del lío, Lando preguntó: —¿Y no contrató para usted mismo otro tonto para aprovecharse o permitió a su científico domesticado conseguir el *Arpa Mental* para usted? ¿Por qué yo? ¿Por qué esta maniobra en vez de simplemente venir y...

El gobernador rió. —Conoce las leyendas. Tenía que ser un aventurero errante del espacio, un desconocido para los Toka; alguien que ellos no hubieran visto fisgando, grabando sus cánticos y otras cosas. Y la verdad. Porque si hubiese usted sabido la verdad sobre el *Arpa Mental* podría haber asumido el control absoluto de todas las mentes en el sistema incluida la mía. Ese fue un error que mipreciado colega cometió. Por eso, buscamos un capitán de carguero con suerte y en Oseon 2795 es un lugar donde tenemos, err, la cooperación del personal local de aplicación de la ley. Le dejamos pensar que había ganado el droide y le colocamos en la situación en la que tuvo que escapar...

—¿Oh? —Preguntó el jugador alzando las dos cejas—. Bien, suponga que hubiese ido hacia el sistema Dela como tenía intención, o simplemente...

—Estaba el *"tesoro"* como incentivo además del hecho que reclamaría el valioso droide aquí. Y claro está, si usted no hubiese venido, entonces nuestro *Ottdefa* Osuno Whett simplemente habría encontrado un nuevo probable cliente. Usted fue el primero y estoy orgulloso de *Ottdefa*.

Lando negó con la cabeza resignadamente. —Entiendo. Por eso es que Vuffi Raa se quedó aquí: si usted hubiese perdido la oportunidad conmigo y yo hubiese tomado posesión de él en Oseon, entonces usted habría perdido un valioso aditivo que cualquier pobre hombre cogería como cebo.

—Precisamente. Me alegra que aprecie la sutileza del plan. Eso es todo. Guardias, llévenselo.

Lando no tuvo tiempo de protestar. Los guardias coloniales le arrastraron fuera de la oficina y a lo largo del corredor, bajándolo por un tramo de escalera, hasta un hovercrucero. Se movieron rápidamente a través de las calles hasta el borde de la ciudad donde entraron en un campo de fuerza alrededor de una serie de edificios plásticos.

—Háganle el procedimiento ordinario. —dijo uno de los anónimos guardias a un hombre gordo vestido con una túnica sucia—. Tendrás que hacer el papeleo por la mañana.

—Muy bien, —asintió el hombre. Era pequeño y con una grasienta mirada, pero el látigo neurológico en una de sus manos y el bláster en la otra añadía algo más a su personalidad. El hovercrucero tronó fuera.

—Bienvenido a la colonia penal de Rafa IV. —dijo el hombre sonriendo abiertamente.

Medianoche.

Escuchando los cánticos Toka, Lando yacía en un catre dentro de una celda de barrotes. Prisioneros de otros mundos ocupaban celdas al otro lado del corredor; los Toka compartían una perrera sin llave al otro lado. La situación de Lando era inusual ya que los otros tres catres de su celda estaban desocupados.

Se imagino que el gobernador no quería que hablara con nadie más hasta que fuese *"procesado"*, lo que quiera que significase aquello.

Decir que el canto nativo le estaba molestando habría sido un eufemismo desastroso. Por sí mismo, era lo suficientemente desagradable, pero además servía para recordarle a Mohs; el hombrecillo que no estaba allí. Si es que había existido. El asunto molestó tanto al jugador como su actual situación.

Quizás incluso más porque ya había estado encarcelado.

Menos quizás porque nunca se había enfrentado a una sentencia en los huertos vitales.

Y a diferencia de los otros convictos recién llegados en las celdas de alrededor, él ya sabía lo que significaba. Sabía lo que era que te absorbieran el cerebro los árboles de los cuales provenían los cristales vitales.

Sus recuerdos de Mohs eran claros; el cantar a través del pasillo no era de ninguna manera contrario a ellos. El lenguaje le era angustiosamente

familiar. Casi podía imaginarlo, entenderlo. No por primera vez, pensó que era algún dialecto degradado de alguna lengua que había escuchado hablar en algún lugar. Sí tan solo pudiese recodar...

—¡Muy bien, a levantarse!

El hombre gordo tenía amigos; al menos cinco y también armados con blásters y látigos. Iban de un lado a otro del pasillo por delante de los barrotes de las celdas gritando para despabilar a los prisioneros de otros mundos. Los Toka se habían marchado en algún momento de la noche.

Lando gimió y se dio la vuelta. Antes de ponerlo en su celda le habían quitado sus ropas reemplazándolas por un pijama de áspero tejido sin blanquear. Ahora le ordenaban que se quitara aquel mínimo atuendo.

Rápidamente se enteró de la razón. Dos de los guardias dejaron a un lado sus armas y cogieron una enorme manguera contra-incendios de su sitio entre las celdas y la conectaron. Lando fue empujado hasta el fondo de la celda donde se golpeó contra la áspera pared de yeso deslizándose por el piso y escudando sus ojos contra la explosión de agua. El chorro pasó de uno a otro y de celda en celda. Se levantó rígidamente, se puso de nuevo la camisa ya que no habiendo tenido tiempo de desvestirse completamente antes de que le alcanzase el agua y preguntándose qué sería lo siguiente.

No tuvo que esperar mucho tiempo.

—Muy bien prisioneros, —gritó el hombre gordo—. Vamos a abrir las celdas en un momento y darán un paso al exterior y prestarán atención a lo que se les diga. Luego se girarán a la izquierda y marcharán en fila india silenciosamente, hasta el vehículo que espera. Un paso fuera de la línea o una sola palabra y moriréis en donde estéis.

Afortunadamente, Lando no tenía un irritable despertar, estaba listo en cualquier caso.

La puerta se abrió con un sonido estridente. Dio un paso fuera de la celda y se mantuvo erguido temblando por los inicios de la brisa matutina. Tuvo su primera visión del complejo, y después de mirar a su alrededor decidió que no quería hacer de él su hogar. Cajas en las esquinas entre dos edificios plásticos Sharu de centenares de metros de alto e imposibles de dimensionar, el patio cercado entre otras de sus dos caras. Tierra desnuda, un puñado de bloques de celdas y un edificio de administración. Hogar, dulce hogar para el resto de su vida.

Como el infierno, pensó Lando. Volvería a ser libre. Tendría que decidir.

La orden fue dada. Dio la vuelta hacia la izquierda inteligentemente y caminó detrás de los prisioneros con otra media docena de ellos detrás hacia el vehículo; uno muy viejo y conducido por otro convicto. Su faldón estaba manchado y andrajoso. Sería un duro viaje esta mañana. Sería...

La tierra comenzó a moverse.

A través del combinado, la tierra firme ondulaba como las olas del océano levantando bloques de celdas y haciéndolos añicos, resquebrajando el edificio de administración construido aparte y volcando el hoverbus. El hombre en su interior gritó.

Varios convictos corrieron en ayuda del conductor atrapado. Los guardias les gritaron. Uno de los hombres uniformados abrió fuego, enviando a un prisionero en llamas que fueron disipadas por las que estallaron repentinamente en un canal de combustible en el extremo más alejado del patio.

Lando permaneció donde estaba pero decidió dejarse caer al suelo porque el temblor amenazaba en hacerlo por él y aparte porque tendría menos posibilidades de que le pegasen un tiro. Repentinamente, un guardia colonial de la ciudad con visera y todo su equipamiento se tambaleó hasta el celador o lo que quiera que fuese. Lando pudo escucharlos por encima del fragor, el estruendo y los gritos.

—¡Ese hombre debe volver a ser interrogado! —dijo el guardia apuntando un dedo acorazado hacia Lando. El celador y el guardia se apoyaron el uno contra el otro para mantenerse en pie.

—¡No tengo autorización! ¡Es mío! ¿No puede esperar?

—¡El gobernador le quiere inmediatamente!, —dijo con una sombra de amenaza la voz del policía—. ¡Algo acerca de un grupo de guardias coloniales que abandonó a su suerte en Rafa V hace cuatro meses!

—¡Entonces lléveselo. Yo... —fue todo lo que el hombre gordo tuvo que decir. Se bamboleó y cayó al suelo. El guardia se giró y fue a por Lando.

—¡Vamos!

Cogiendo a Lando por el cuello del pijama, el guardia le arrastró hacia un crucero que esperaba cerca de los bloques de celdas.

—¡Vamos!

Agarrando a Lando por el cuello del pijama, el agente colonial le condujo hacia un crucero en espera detenido junto a los bloques de celdas. —¡Entre!

Pasaron a través de la portilla que colgaba de sus goznes. No habría importado: La cerca de fuerza había caído, incluso su energía auxiliar aparentemente destruida por el temblor. El vehículo se mecía y estremecía, giró a la derecha y aceleró sobre la calle.

—¡Oiga, este no es el camino a Teguta Lusat! —gritó Lando. Se encogió cuando rodearon una esquina y fueron hacia el campo.

—¿Y eso qué? ¡Cállese y no se meta en lo que no le importa!

—¿Haría esto que me importase más?

El policía miró hacia lo que le presionaba a un costado. Era su propio bláster. Levantó su visera hacia el joven jugador.

—Muy bien. Adivino que usted no necesitaba un rescate tan malo después de todo. ¿Quiere regresar y quedarse usted con toda la gloria?

—¿De qué está hablando?, —demandó Lando—, detenga este vehículo y quítese el casco. ¡Quiero ver con quién estoy hablando!

El crucero aminoró la marcha de acuerdo a la imposición. Hicieron un alto a mitad de camino y esperaron a que pasara una réplica sísmica. Lando dirigió el bláster hacia la cara del agente. —Bien, quíteselo.

Las manos acorazadas se elevaron, cogieron el casco y lo levantaron. En el lugar donde debía estar la cabeza a través del cuello del traje había... ¡una serpiente! ¡Una serpiente cromada!

—¿Puedo quitarme el uniforme amo? Es muy incómodo.

—¡Vuffi Raa! Tú, pequeño... ¿Pero qué estás haciendo aquí? ¿Por qué estás rescatándome?

Se quitó el resto del uniforme del guardia colonial. Había estado caminando sobre dos tentáculos, usando otros dos como brazos y el quinto como cabeza, y adquiriendo su posición normal, tomó los mandos del vehículo.

—Amo, estaba programado para traicionarle desde el principio y no podía decírselo. Pero usted es mi amo Lando, y tan pronto como ese programa terminó, también mi labor. Y aquí estoy. Tenemos que salir de este planeta y de este sistema rápidamente.

—Lo se.

—¿Lo sabe? ¿Cómo?

—El sueño, los cantos que escuché anoche. El lenguaje de los Toka es el antiguo Alto Trammic. Estuve en Trammis III hace un par de años. Aún no puedo entender muy bien el lenguaje, pero mi subconsciente aparentemente ha hecho algo. Esta mañana me desperté sabiendo la verdad sobre el *Arpa Mental*, y se que tenemos que salir de este lugar ahora.

—¿Cómo es eso, amo?

—No me llames amo porque una vez que alguien empieza a hacer música con ella, este sistema nunca volverá a ser el mismo.

—Entonces debemos irnos ahora amo. Duttes Mer está usando el *Arpa Mental*. Eso es lo que provocó el terremoto.

XX

A diferencia de un villano de holovisión, Duttles Mer no se había regodeado o divulgado sus planes a Lando Calrissian. Simplemente le había despachado tan rápida y pulcramente como le fue posible.

Donde había cometido su primer error fue en la forma de tratar a sus sirvientes. Los sirvientes Toka eran virtualmente invisibles para él y sus cigarros puros simplemente aparecían cerca de su codo, y eso, pensaba él, era como debían ser las cosas. Después de todo, él era el gobernador. Los droides eran aún más invisibles.

Así fue como Vuffi Raa permaneció en la oficina del gobernador a la vez que realizaba una conexión hiperespacial a Rokur Gepta.

—Ahhh, es usted mi estimado hechicero. Tengo algunas noticias.

—¿Qué es, Mer? ¡Espero que sea algo bueno!

—¿Está disfrutando de su permanencia en órbita alrededor de ese planeta seco y desértico?

—Mi nave es mucho más confortable que ese montón de ladrillos a los que usted llama ciudad. ¡Vaya al grano gobernador, está comenzando a enfurecerme!

El gobernador cogió su comunicador, tiró de él por su cable retráctil y apuntó sobre su escritorio. —¿Ve algo que reconozca Gepta?

En la pantalla, los ojos del hechicero se abrieron completamente por el sobresalto, la admiración, la avaricia y la furia. —¡El *Arpa Mental*! ¿Como ha...

El gobernador rió entre dientes. —Sólo importa que lo hice Gepta y que usted está a millones de kilómetros de aquí. Verá, esa historia que le contó a Calrissian de que el *Arpa* era el "*último instrumento musical*" pudo haber sido suficiente para él, pero la historia que me contó a mí es que es un control maestro sobre todos los sucios Toka. Tal cosa tendría una considerable utilidad comercial, pero esto, —dijo indicando el *Arpa*—, es mucho, mucho más que eso.

—¿Qué quieres decir Mer?

—Yo también soy capaz de contratar investigadores mi querido ex-socio, y he tomado la decisión más sabia: utilizarle. Recuerde que tengo la virtud de revocar sentencias y ordenar absoluciones. Sé la verdad: que el *Arpa Mental* de los Sharu es un instrumento capaz de controlar cada mente dentro del sistema y posiblemente más allá de él. ¡Y es mía!

—¡No lo intente Mer, no sabe lo que está haciendo! —El pánico era evidente en la voz del hechicero.

—Al contrario mi estimado...

—¡NO! ¡No lo entiende! ¡El *Arpa Mental*...

El gobernador sonrió benignamente. —... me dará el poder absoluto incluso sobre usted. Le sugiero que si no quiere sentir ese poder, saque su nave de órbita y deje mi sistema. Haciendo eso comprará al menos algunos años.

—Mer, vuelvo a advertírselo otra vez: usted no tiene el conocimiento para asegurarse...

Click

Cuando surgió la oportunidad, la cual no fue hasta casi la media noche, Vuffi Raa se arrastró fuera de la oficina del gobernador, robó un uniforme de la lavandería, asaltó un crucero de la guardia colonial en el patio de mantenimiento y se fue a rescatar a Lando.

—Bien, aprecio eso Vuffi Raa, viejo criminal, pero confío entiendas los restos de escepticismo que me quedan al respecto.

Se movían de vuelta a la ciudad a una velocidad moderada, legal y poco notoria. Habían sentido varios temblores pequeños, pero nada como el primero.

—Lo entiendo, —reconoció Vuffi Raa—, y supongo que decirle que estaba programado para traicionarle es casi tanto lo mismo como el dicho de que un ser humano no puede ayudarse a sí mismo. Bien, fui a rescatarle como compensación.

Lando lo pensó. —Muy bien, y solamente para mostrarte mi buena fe debes saber que tanto Rokur Gepta como Duttes Mer están equivocados acerca del *Arpa Mental*.

Vuffi Raa detuvo el coche con un chirrido cuando se estaban acercando a las afueras de Teguta Lusat. —¿Qué?

—Es cierto. Tenemos que ir al espaciopuerto y robar algo que nos saque del sistema, pero rápido.

—Amo, estoy de acuerdo con que tenemos que irnos. No querrá que su mente sea controlada especialmente por alguien como el gobernador, yo... Créame, lo sé. Pero están equivocados.

—Será peor Vuffi Raa. Mi única pena es dejar el *Halcón* en Rafa V.

—Amo, han pasado cuatro meses. Mer trajo el *Halcón* de regreso. El cargamento de cristales vitales aún no ha sido descargado porque hasta que reaparecimos en Teguta Lusat, Gepta y Mer no sabían si tendrían que volver a negociar con usted.

—¿Qué? ¿Por qué no me lo has dicho? ¿No se le habrá ocurrido por casualidad reparar los motores verdad?

Se produjo una larga pausa y luego el droide contestó: —No amo, yo lo hice. Fue la primera cosa que hice de camino hacia Rafa V.

Lando no dijo nada. En ese momento se dio cuenta de la magnitud de la orden del droide, y también de que podrían haber salido corriendo y haberse ahorrado los últimos cuatro meses dentro de las ruinas Sharu. —Bien, —dijo irritadamente—, ¡Vamos al espaciopuerto!

—Sí, amo.

A bordo del desarmado crucero *Wennis* dejando la órbita del Rafa V, una decisión fue tomada. Rokur Gepta yacía en un sillón especial de aceleración donde, con su arnés de seguridad puesto se preparó para el viaje que le esperaba. El navío atracado en la bahía de botes salvavidas no era una de ellas, sino un viejo caza Imperial preequipado como nave exploradora. Podría hacer el viaje a Rafa IV en una tercera parte del tiempo que emplearía su nave anfitriona.

Si el ocupante podía aguantar la fuerza G que acompañaba al viaje.

Las precauciones de seguridad principalmente para el beneficio de la tripulación, reflexionó Gepta. Él no las necesitaba pero no debían saberlo. A medida que la última correa y el enganche eran colocados en su lugar y la portilla cerrada, se relajó, esperó el momento, y no movió ni un pelo cuando el empujón que podría haber herido seriamente un mero ser humano pasó sin posibilidad de daño alguno a través de su cuerpo.

Tenía que estar en Teguta Lusat en una hora.

Duttes Mer miró hacia el *Arpa Mental* sobre su escritorio temeroso de hacer un nuevo intento pero desesperado por dominar con maestría el extraño objeto ya que Gepta podría volver y hacerse con él. No se hacía ilusiones. Si no podía controlar esa mente junto con las otras millones de mentes del sistema estaba condenado. Colocó su pequeña mano sobre el cuadrado en el eje central del *Arpa* nuevamente, suprimió una oleada de miedo y trató de concentrarse.

—¡Amo!

Vuffi Raa se pegó a los mandos de dirección del vehículo a la vez que la carretera intentó sacarlos de ella como si fuesen un perro mojado. Lando atrapó los laterales de su cinturón de seguridad y trató de unirlos a medida que el vehículo policial se inclinaba y contoneaba.

—¡Esto no es bueno!, —gritó rindiéndose finalmente por el esfuerzo—. ¡Mira, tratemos de llegar a la carrera!

Las puertas del espaciopuerto estaban a unos pocos cientos de metros y ellos estaban conduciendo esa distancia bamboleándose de un lado a otro a través de la carretera. Lando cerró de un golpe la puerta abierta, salió y marchó hacia la entrada del espaciopuerto. Vuffi Raa, directamente detrás de él no perdió tiempo en alcanzarle.

Un guardia situado fuera de su garita cimbreada estaba detenido delante de la puerta de acceso. Apuntó un bláster hacia Lando.

—¡Alto! ¡Se disparará sobre todos los saqueadores!

—No soy un saqueador, —gritó Lando al guardia a medida que se acercaba. Ambos estaban suficientemente ocupados tratando de mantenerse en pie—. ¡Soy el capitán de aquella nave de allí, el *Halcón Milenario* y quiero sacarla de aquí antes de que sea destruida con todo en este planeta!

El bláster se alzó hasta la altura de los ojos de Lando. —Esa nave está bajo la custodia del gobernador. Usted no puede...

Lando dio un paso hacia él. El guardia disparó pero contoneándose como estaba sólo llegó a alcanzar con su disparo la carretera. Para ese entonces, Lando estaba lo suficientemente cerca como para agarrar el arma, levantarla y golpear al hombre en el pecho con su puño.

La armadura flexible era efectiva contra explosivos y rayos de energía, pero no era protección contra un hombre desarmado. El guardia se dobló sobre

sí mismo. Lando le quitó su arma y la añadió a la que había obtenido en el vehículo.

—¡Vamos!

Corrieron hacia el *Halcón* y a medida que se acercaban, la rampa de acceso descendió lentamente como dándoles la bienvenida. Cautelosamente Lando y Vuffi Raa caminaron por el plano inclinado.

En lo alto aguardaba un envejecido y arrugado Mohs, el Alto Vocalista de los Toka luciendo un elegante corte de pelo y un traje de negocios caro. Donde habían estado sus ojos destrozados brillaban ahora un par de cristales multicolores labrados en facetas como una psicodélica araña gigante.

Duttess Mer miró encolerizadamente el objeto alienígena sobre su escritorio. Dos veces había seguido el procedimiento mental que le habían comunicado los sociólogos cautivos de Gepta y había tratado de tomar el control del *Arpa Mental*, y aún así...

Cerró su puño y descargó un golpe sobre su escritorio que hizo saltar el objeto. No quería volver a intentarlo; todo lo que parecía hacer era causar temblores que amenazaban con destruir su edificio de administración. Qué pasaba, él no lo sabía; pero sí sabía una cosa: Rokur Gepta estaba en camino.

Los operadores del radar del espaciopuerto lo habían confirmado poco antes que las líneas de comunicaciones se hubiesen cortado. La pequeña y extremadamente rápida nave no tardaría más de veinte minutos en tomar tierra. Mer sospechaba que Gepta no necesitaría las instalaciones del espaciopuerto; había un espacio llano sobre el edificio de administración. Le serviría bastante bien para...

Golpeó el botón de llamada. —¡Póngame con el capitán de la guardia!

Al principio no hubo respuesta. Entonces, una secretaria aterrorizada dijo: —Señor, el contingente de guardias ha dejado el edificio por los temblores. Estaba a punto de marcharme, yo...

—¡Si se marcha, haré que le disparen! Convoque a los cuatro hombres que fueron a Rafa V y que están bajo arresto domiciliario aquí en el edificio. Dígales que suban al tejado y que... ¡Se lo diré yo mismo!

Una vez más, miró el *Arpa Mental*. Esta vez debería surtir efecto.

Rokur Gepta venía de camino.

—Espero que perdone mi dramática aparición capitán Calrissian,- dijo Mohs a medida que los conducía por el corredor curvo hacia la cabina del *Halcón*—, pero las cosas comienzan a ocurrir y estoy demasiado ocupado para ser todo menos dramático.

—Lo se, —dijo Lando tirándose al asiento izquierdo. Giró un conjunto de indicadores y ayudó a Vuffi Raa a hacer la comprobación de pre-vuelo. Era una lista muy larga; demasiado para su propio bienestar—. Lo se todo, pero ahora mismo tengo algo de prisa.

Mohs le miró desconcertado, luego se relajó y sonrió. —Ah, sí. Ha terminado el puzzle. Toda mi vida he sido el instrumento de mis ancestros dando las órdenes que las *Voces de los Dioses* enviaban aquí y allá en *Sus Designios*. Era espeluznante lo salvaje que era; por ejemplo, cuando me arrimé a una pared antigua aquella noche en Teguta Lusat y aparecí en un instante a cientos de leguas de distancia en medio de una congregación de mi gente. Me disculpo también por desaparecer en el túnel; su propósito era una educación elemental y como verá, me "*matriculé*" en un curso más alto. —Distraídamente pasó la punta de un dedo sobre sus extravagantes ojos—. La decisión fue tomada por mí, y yo...

—¿No tuvo ninguna elección? —preguntó Lando. Miró a Vuffi Raa—. Hay mucho de eso por los alrededores. ¡En nombre del cielo! ¿Qué es esa luz roja en el panel del soporte de vida? ¡Eliminémosla!

—Usted no está en peligro, —Mohs sonrió—. Ustedes dos me ayudaron y ahora yo les ayudare. No les haremos daño.

—Bien. ¿Puede usted mantener alejado al gobernador y a su amigo hechicero?

—Puedo decirle que el gobernador está solo y que está tratando de utilizar el *Arpa Mental* mientras Gepta viene de camino desde Rafa V. Él llegará en unos minutos pero no vendrá al espaciopuerto.

Lando se giró y miró al viejo que ya no estaba marchito y doblado. Aún seguía siendo viejo pero ahora demostraba dignidad y autoridad.

El tatuaje de la llave del *Arpa Mental*, Lando vio que ahora estaba oscuro, permaneciendo más abruptamente en la frente del viejo. Prácticamente resplandecía.

—¿Hay aquí alguno más como usted? —preguntó Lando.

—No capitán, yo soy el único. Soy todo lo que alguna vez hubo de mi era. Mi carga debía ser pasada a otro el próximo año, pero aquí estoy.

—Amo, ¿De qué está hablando?

—Tranquilo Vuffi Raa, ¡Mira la temperatura de ese reactor!

—Le aseguro capitán que todo está bajo control. Debería darse cuenta ya que usted verdaderamente sabe nuestro secreto.

—Se su secreto Mohs, créame. Nunca hubo colonos pre-republicanos aquí, ¿verdad?

—Eso es correcto capitán.

—Pero, ¿qué está usted diciendo amo? Si...

—Ni siquiera había realmente Tokas. O esas historias.

—Amo...

—¡Silencio! Su pueblo son los Sharu. Estaba escrito por todas las paredes dentro de la pirámide. Usted es un humanoide muy, muy avanzado. ¡No se que les asustó para optar por esa mascarada, y estoy dispuesto a apostar que usted tampoco lo sabe!

—Amo, podría explicar...

—Muy bien, muy bien. Mohs, corriáme algunos puntos. Apenas entiendo el contemporáneo Trammic, y mucho menos una versión antigua y completamente artificial, pero este es el meollo del asunto: algo realmente espeluznante amenazó a los Sharu. Algo que le gustaba alimentarse de culturas hiperavanzadas pero que no perdería el tiempo con salvajes.

—Entonces, un vasto sistema de ordenadores fue creado y que todos llamamos ruinas en este sistema. Los Sharu, antes de la amenaza vivían en ciudades no muy diferentes de las nuestras y las ocultaron también bajo las monumentales arquitecturas junto con la inteligencia de los Sharu. Déme esa lista de comprobación un momento.

—Muy bien capitán, muy bien.

—Ha apostado bien. Los huertos vitales no fueron creador para aumentar la inteligencia o la longevidad. Fueron creados para succionarla de la población. Apuesto que tres cuartas partes de la mente de todo el mundo en los planetas se guarda dentro de esa pirámide y otros edificios como ella. Por eso, las subsiguientes generaciones estaban disfrazadas de salvajes también. Pero cuando los cristales fueron separados de los árboles por los colonos, pequeñas briznas de inteligencia y fuerza vital absorbidas del ambiente se retroalimentaron en cualquiera que llevase puesto un cristal vital. Un efecto accidental e imprevisto.

El viejo inclinó la cabeza. —La recogida de cristales por parte de los colonos no produjo daños. Lo que realmente tiene valor se guarda en los edificios.

—Los edificios, —continuó Lando—, pueden ser el sistema de ordenadores más grande jamás creado. Cuando la colonia fue fundada, el ordenador buscó nuestros expedientes descubriendo una nave pre-republicana perdida y decidiendo utilizarla como historia de la coartada. Los Sharu se transformaron en los mismísimos salvajes y brutos Toka rompiendo su experiencia con su herencia Sharu.

—No me lo creo. ¿De qué tenían miedo los Sharu? ¿Cómo podían ser tan poderosos y no obstante...

—Aún no sé la respuesta a eso capitán, fue borrada de los registros por puro terror, creo. Me preocupa.

—Debe ser. ¿Preparado Vuffi Raa?

—Eso creo amo. Sí, estamos preparados.

Otro pequeño temblor meció la nave.

—Mer está tratando de utilizar el *Arpa* de nuevo. Chico, estará desilusionado. Es una trampa ¿Verdad Mohs?

—Eso me temo, —admitió el viejo gravemente—. Las leyendas circularon entre mi pueblo para seducir a los miembros de otras especies inteligentes a encontrar y utilizar el *Arpa*. De ese modo, sabríamos que era seguro salir de nuestros escondites.

—Su gigantesco sistema de computadoras vomitará todo eso que ha estado almacenando durante miles de años; las tapaderas de sus ciudades caerán y habrá mucho movimiento de tierra por aquí, ¿No es así?

—Por todo el sistema.

—Y cuando el polvo se despeje, los Sharu volverán a tener el control. Bien, considerando al gobernador y la naturaleza de esta colonia, no puede ocurrir demasiado pronto. Nos vamos. Sería mejor que bajase Mohs. Diría que ha sido un placer conocerle, pero odio ser utilizado por gobernadores, hechiceros o representantes de civilizaciones semiperdidas.

Rokur Gepta bajó rápidamente en el bloque de oficinas del gobernador. Como suponía, varios guardias estaban apostados por todo el campo de aterrizaje en miniatura.

Los quitó de en medio con unas ráfagas de los cañones de la nave, y ágilmente descendió sobre los restos humeantes. La tierra tembló nuevamente y esta vez ya no se detuvo. Gepta se apresuró hasta la oficina del sotechado.

Empujó la puerta a un lado y entró caminando bajo un resplandor. Gepta fue lanzado contra la pared del pasillo mientras la energía fluía alrededor suyo. Entrecerró los ojos utilizando inevitablemente otras protecciones y contempló brevemente el escritorio del gobernador.

El *Arpa Mental* resplandecía con un intenso brillo para los ojos; incluso para los del hechicero. Detrás de ella, con las manos grasientas colocadas sobre su base yacía el gobernador, con su boca y ojos abiertos de par en par, congelado, paralizado.

Y condenado.

Incluso a la vez que Gepta observaba, el gobernador y el *Arpa Mental*, comenzaron a derretirse y fundirse cubriendo la estancia y el vestíbulo de una radiación mortífera. Giró sobre sus pies y corrió hacia el tejado a medida que los temblores de tierra se redoblaban.

Era una escena infernal. Por todos lados, hasta el lejano horizonte, las gigantescas formas de los Sharu cambiaban de posición, fundiéndose o deritiéndose como la misma *Arpa Mental*, y ocasionalmente explotando espectacularmente. Alguna otra cosa se levantaba de entre los escombros; algo que Gepta no quiso ver.

Saltó hacia su nave exploradora pero fue sacudida del techo antes de que realmente comenzase a volar. En frente suyo, hacia el espaciopuerto, una forma de crustáceo desgarrado se elevaba de la pista de aterrizaje.

Gepta maldijo.

Colocó el explorador en un curso aproximado y fue directamente hacia el *Halcón Milenario*. Se acercó y pulsó el botón de disparo con sus rayos cruzando el casco del ingenuo carguero.

Dos cosas ocurrieron.

A bordo del *Halcón* otro pulgar apretó otro botón de disparo. La energía se movió a gran velocidad hacia el caza que Vuffi Raa había visto aterrizar sobre el tejado. Por otro lado, el radar del *Halcón* era bastante bueno y había dado el estado de alerta contra el explorador y los escombros orbitales.

Aún no soy un buen piloto, pero sí puedo disparar, pensó Lando.

Casi simultáneamente, un pequeño obelisco Sharu explotó bajo el explorador de Gepta dirigiendo fragmentos hacia la pequeña nave. La explosión tambaleó el explorador incapacitándola pero sacándola del curso del rayo de Lando.

Segundos más tarde, Rokur Gepta evadió los restos a la vez que el *Halcón Milenario* ascendía, seguro y con una preciosa carga: los últimos cristales vitales cosechados en el sistema Rafa. Lando sería muy, muy rico.

Gepta sacudió un puño hacia la nave que desaparecía.

Algún día...